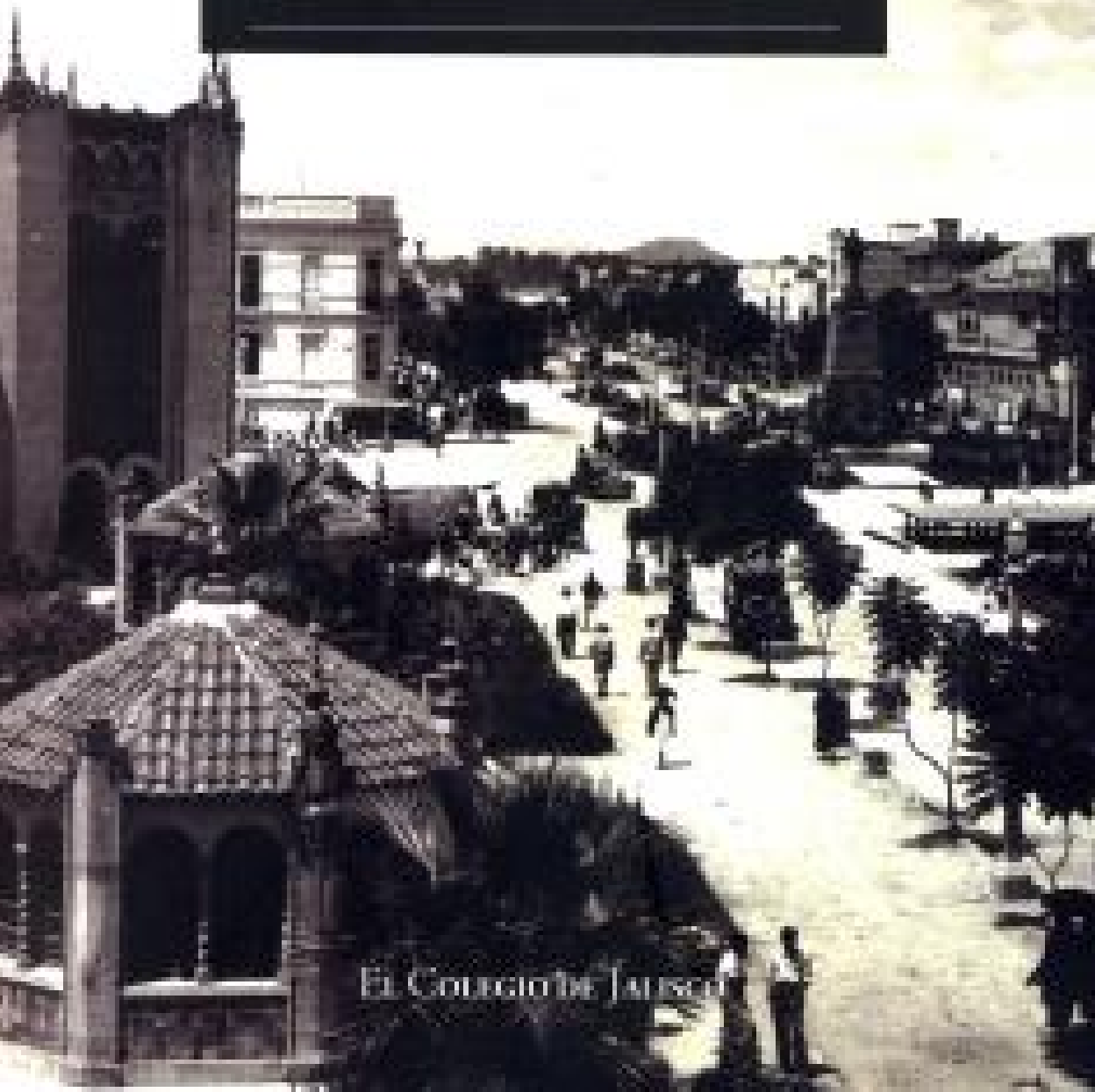
J. Jesús Gómez Fregoso

LA REVOLUCIÓN:
cien años después



El Colegio de Jalisco

LA REVOLUCIÓN: CIEN AÑOS DESPUÉS

FUENTES Y TESTIMONIOS

Asociados numerarios de El Colegio de Jalisco

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
Gobierno del Estado de Jalisco
Universidad de Guadalajara
Instituto Nacional de Antropología e Historia
Ayuntamiento de Zapopan
Ayuntamiento de Guadalajara
El Colegio de México, A.C.
El Colegio de Michoacán, A.C.
Subsecretaría de Educación Superior-SEP

José Luis Leal Sanabria
Presidente

María Alicia Peredo Merlo
Secretaria general

LA REVOLUCIÓN: CIEN AÑOS DESPUÉS

J. Jesús Gómez Fregoso

EL COLEGIO
de
JALISCO

900.92351 G569r
Gómez Fregoso, J. Jesús
La revolución : cien años después / J. Jesús Gómez Fregoso -- 1ª. ed. -- Zapopan, Jalisco: El Colegio de Jalisco, 2015.
104 p. ; 23x16.5 cm. -- (Colección Fuentes y Testimonios)

Contenido: Agradecimientos -- Prólogo / Elisa Cárdenas Ayala -- Nueva presidencia: nuevas ilusiones.

ISBN: 978-607-8350-21-6

1. México - Gobernantes - Historia - Primeras décadas de los siglos XX y XXI. 2. Presidentes - México - Periodos presidenciales. 3. Presidentes - México - Sucesión. 4. México - Política y gobierno - 1911-2011. 5. México - Condiciones económicas y sociales - Primeras décadas de los siglos XX y XXI. 6. México - Historia - Revolución, 1910-1917 - Campañas y batallas. 7. México - Historia - Revolución zapatista, 1911-1919. 8. México - Historia - Revolución villista, 1914-1920. 9. Historia comparada - Publicaciones periódicas.

La reproducción de los artículos incluidos en el presente libro cuenta con la autorización de Grupo Milenio.

© D.R. 2015, El Colegio de Jalisco, A.C.
5 de Mayo 321
45100, Zapopan, Jalisco

Primera edición, 2015

ISBN 978-607-8350-21-6

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ÍNDICE

Agradecimientos 11

Prólogo 13
Elisa Cárdenas Ayala

Nueva presidencia: nuevas ilusiones 15

I. 1908 17
1908 enero 2008 17
Hace exactamente 100 años 19
El que se fue y el que dijo que se iba 20
Panchito Madero y la prueba ENLACE 22
4 y 7 de octubre 24
Octubre de 1908 y 2008 26

II. 1909 29
¿Día de San Valentín en 1909? 29
Best seller de 1909 31
Finales de julio de 1909: ¿comienza la revolución? 33
Hace 100 años 34

III. 1910 37
Fox y Díaz, AMLO y Madero 37

Greg Sánchez y Panchito Madero: 18 de junio 39
3 de septiembre de 1910: revolución inminente 40
22 de octubre: el Plan de San Luis 42
20 de noviembre: nada que festejar 43
17 de diciembre: la familia Madero 45

IV. 1911 49
13 de febrero: Madero entra a México 49
25 de febrero de 1911 51
1 de abril de 1911 52
5 de mayo de 1911: Madero y Díaz 54
10 de mayo de 1911: Panchito Madero 56
21 de mayo de 1911: Panchito y Pancho 57
Hace un siglo: 27 de mayo 59
3 de junio de 1911 60
24 de junio de 1811 y 1911 62
Peña Nieto, Encinas y la sombra de Madero 64
Los "niños héroes" de Calderón 65
7 de octubre de 1911 67
A 100 años exactos del Plan de Ayala 69
2 de diciembre: 1911-2011 70
¿Presidente lector? 72

V. 1912 75
9 de marzo de 1912 75
De Madero a Peña Nieto 77
Fatiga de los diputados 78
Reforma laboral 80
De Madero a Ebrard, Moreira y Peña Nieto 82
Los 100 días 83

VI. 1913 87
22 de febrero de 1913 87
En plena tragedia 88

VII. 1914 91
El reloj agujereado 91
Memorable centenario 92
8 de julio de 1914 94
Los vándalos del 8 de julio 96
Guadalajara: 18 de julio de 1914 97
26 de julio de 1926 99
Guadalajara, agosto de 1914 101

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la amable atención del maestro José Luis Leal Sanabria que ofreció editar estas páginas en El Colegio de Jalisco.

Para la preparación del libro fue indispensable el trabajo de María Palomar y Alejandra Isabel Franco Ibarra, a quienes agradezco su amable y eficiente esfuerzo.

Agradezco también a la doctora Elisa Cárdenas Ayala su amabilidad para prologar estás páginas.

PRÓLOGO

Jesús Gómez Fregoso: la historia, la vida

Durante los últimos 25 años, el público de la prensa tapatía ha tenido la oportunidad de leer semanalmente en distintos diarios una columna firmada por Jesús Gómez Fregoso; un nombre bajo el cual quienes tenemos el privilegio de su amistad sabemos que está el padre Chuchín o El Abuelo. Se dice fácil, pero las cuentas obligan a revisar la rapidez de publicación y evidencia cómo el implacable paso del tiempo también puede medirse con el ábaco de las notas periodísticas: más de mil doscientos artículos de la pluma ágil, aguda y mordaz de este maestro jesuita, historiador, articulista reincidente. La columna gomezfregosiana ha tenido una vida más larga que algunas de las publicaciones que la han albergado.

De ese vasto conjunto de textos que generaciones distintas han disfrutado y en donde la historia siempre está presente, el autor ofrece en estas páginas una selección particular, una veta centrada en uno de sus temas predilectos, vitales: la revolución mexicana.

Fiel a su pasión de ir y de vivir a contracorriente, Gómez Fregoso ofrece un memorioso conjunto de textos que se detiene, a cien años de distancia, en aspectos humanos, políticos y sociales de una historia que nuestros gobernantes recientes hubieran con gusto refundido en el olvido y que procuraron desmemoriar en los deslucidos festejos oficiales del centenario.

Si el público, sin duda, pudo disfrutar estos artículos por entregas, el lector de la presente obra se percatará que esta comparación precisamente eso que incomoda a los promotores de la desmemoria: pensar críticamente la revolución mexicana –lo que fue y lo que no fue, lo que resolvió y lo que no

intentó siquiera resolver–; esto a su vez invita a pensar con el mismo ánimo crítico nuestro país actual: lo que es y lo que no es; las heridas que la indiferencia, la ignorancia y la desmemoria sólo ahondan.

Conforme se avanza en la lectura se manifiesta la tarea asumida por el autor: tener en cuento (que a cuentas es imposible), recordar, poner frente a los ojos del lector una y otra vez en este "país desmemoriado", como le llama, un pasado nada lejano (el de nuestros abuelos, nuestros padres, nuestros bisabuelos). Sin embargo, nunca se rememoran tiempos idos de manera idílica, sino con una mirada aguda y con una interrogación constante. Contra toda visión ingenua sobre los protagonistas y sucesos de la historia, Gómez Fregoso subraya los defectos, los vicios, los errores, la ignorancia, la senilidad, la prepotencia, el autoritarismo, la maldad y el consecuente dolor, sufrimiento y miedo con que se aderezó la existencia de las generaciones anteriores. Es así que se plantea la pregunta ¿todo tiempo pasado fue mejor?

De entrada, el autor advierte que este no es un libro acerca de la revolución. No obstante, es un tejido memorioso a partir de ella; es un ir y venir incesante entre el desgarrado México de los años revolucionarios y el México llagado de nuestros días; es la mirada aguda de un maestro de historia sobre el México deshilachado de nuestros tiempos. Duele observar el presente y duele recordar el pasado, pero la solución nunca será el olvido.

Gómez Fregoso va y viene en el pasado-presente de este país con presidentes que no leen y revolucionarios que conocen al dedillo sus clásicos latinos, al hilvanar paradojas con el sentido del humor que sus lectores siempre han apreciado. Además, con ingenio perfila la galería de personajes históricos cuyos predilectos son el ochentón dictador, don Panchito Madero, Felipe Ángeles y los villanos Diéguez, Obregón y Calles; en espejo esboza la muestra de figurantes del presente, cuya evaluación queda a juicio del lector.

El espacio en donde se encuentran esas historias es el de la vida de personas comunes de diversas generaciones. Por ese espacio el autor nos lleva a través de la mirada de sus padres biológicos, don Manuel y doña Francisca, de sus padres jesuitas, del infaltable Clavigero y de sus generaciones de alumnos. Cierto, no es un libro sobre la revolución, es un fragmento de vida.

Dejo al lector en muy grata compañía.

Elisa Cárdenas Ayala
Guadalajara, 5 de enero de 2015

NUEVA PRESIDENCIA: NUEVAS ILUSIONES

Mucho se dice y escribe especulando cómo será la presidencia de Felipe Calderón. Aunque ya han habido algunos indicios de lo que puede ser el sexenio, las dudas y preocupaciones abundan y las expectativas no son muchas; a diferencia de lo que ocurrió con Panchito Madero, cuando la nación pensó que se iniciaba una época totalmente diferente, que se estaba viviendo un verdadero parteaguas. Después del autoritarismo del Benemérito y de Porfirio Díaz, la gente soñaba con un México nuevo. Se esperaba que incursionaríamos en un verdadero federalismo; que el poder legislativo y el judicial funcionarían de acuerdo con la Constitución de 1857; que el ejército ya no actuaría como policía represora, sino como defensor del pueblo; en especial los zapatistas esperaban cambios radicales en el mundo agrario.

En las elecciones de 1911, después de que los rebeldes habían derrotado a las tropas de Porfirio Díaz, la población soñaba con el comienzo de un siglo de oro para México, y después de las elecciones nadie exigió que se contara voto por voto, casilla por casilla, porque la elección fue prácticamente por aclamación: los diversos partidos contendientes proponían a distintas personas para la vicepresidencia y para las diputaciones, pero todos, absolutamente todos los partidos propusieron a Francisco I. Madero como presidente. Sin duda, en toda nuestra época independiente nadie subió ha subido a la presidencia con mayor apoyo que Madero. Fue una elección absolutamente legítima y tranquila como ninguna otra. También las expectativas fueron inmensas e ilimitadas, pero casi desde el primer día brotó la desilusión, que fue aumentando semana a semana. En el caso de Calderón nada de esto ocurrió, la elección fue muy reñida y las expectativas fueron muy pocas. Volviendo a la historia de octubre de 1911, la elección de Madero, hay que señalar que, para comenzar,

el jefe de la revolución triunfante resultó que ni era jefe ni revolucionario: Pancho Villa y Pascual Orozco vencieron a los soldados de Díaz al desobedecer a Madero. Qué ironía: un caudillo que triunfa porque sus generales desobedecen. Luego, a las dos semanas de inaugurada la presidencia de Panchito, Emiliano Zapata se declaró en muy abierta rebelión, exigiendo tierras para sus soldados, puesto que el legalista y hacendado bondadoso triunfador de la revolución nunca había prometido repartir tierras; en el Plan de San Luis sólo se hablaba de revisar los expedientes agrarios en los que se registró el despojo de las tierras de las comunidades indígenas, pero nunca se mencionó el reparto de éstas. A los cuatro meses de que Madero asumió la presidencia, Pascual Orozco, el jefe norteño que junto con Villa había triunfado sobre las tropas de Díaz, también se insubordinó, exigiendo tierras para los campesinos y reformas laborales, en las que Panchito nunca había pensado.

Imagínese a Felipe Calderón con el Partido de Acción Nacional (PAN) y el Partido Revolucionario Institucional (PRI) en su contra, además por supuesto de la insubordinación de la gente de López Obrador. Así pues, el presidente por aclamación que había tenido total apoyo el día de la elección tuvo una caída en tobogán en cuanto hizo la protesta de gobernar y dijo aquello de "si no cumplo, que el pueblo me lo demande". La demanda fue más abierta y violenta según pasaban los meses. El desencanto, la frustración y el arrepentimiento fueron mayores que con Vicente Fox, lo cual ya es mucho decir. Se atribuye al ingeniero García Granados la frase "la bala que mate a Madero salvará a México". La historia le iba dando la razón a Porfirio Díaz cuando, al marchar al exilio, dijo lo siguiente: "Madero ha desatado al tigre". Y desde su retiro en París, el expresidente fugitivo vio cómo el Estado que él había consolidado comenzaba a derrumbarse. El único jefe de la insurrección de 1910 que permaneció fiel a Madero fue Pancho Villa: nunca desconfió de Panchito *El Chaparrito*, como solía llamarle. Empero, Villa, en ese momento, no tenía un ejército a su mando, y las tropas federales derrotadas por la revolución eran irónicamente las que apoyaban al presidente "revolucionario". Ahora, en 2006, no está por demás recordar que el primer acto de Calderón fue congraciarse con el ejército.

En resumen, al comenzar cada sexenio hay expectativas que, de no cumplirse, se van transformando en amargas desilusiones. ¿Cuáles son, amigo lector, sus expectativas del sexenio de Calderón?

I. 1908

1908 enero 2008

Hace un siglo, en enero de 1908, probablemente nadie en México se imaginaba que estaban en vísperas de una muy sangrienta guerra civil que luego se conocería como la revolución mexicana, aunque muchos estaban preocupados por la próxima sucesión presidencial de 1910 y la probable séptima reelección de Porfirio Díaz. El país ya llevaba muchos años, desde la época de Juárez, soportando un régimen autoritario en el cual el federalismo no existía, lo mismo que la división de poderes propuesta desde la Constitución de 1824: el ejecutivo dominaba por completo al legislativo y al judicial, como lo había denunciado Porfirio Díaz contra Juárez en el Plan de la Noria de 1871. En ese mismo plan, Díaz se quejaba de que la reelección del presidente de la república era ya una costumbre, de que las elecciones eran una farsa y de que el señor presidente ponía y quitaba gobernadores: en pocas palabras, que el señor presidente era un dictador que empleaba al ejército, "fiel defensor de nuestras instituciones", para reprimir al pueblo.

Lo "curioso" del asunto es que eso resultó con el tiempo una descripción del sistema político de Porfirio Díaz cuando se consolidó en el poder: se había reelegido seis veces y había logrado que el Congreso fuera un fiel servidor después de convertirlo en un asilo de ancianos, de suerte que cuando se proponía una ley y los viejitos cabeceaban de sueño, el presidente del Congreso, en lugar de contar cabeceadas somnolientas, contaba votos aprobatorios; es decir que las leyes llegaban perfectamente hechas al Congreso. Díaz, al igual que el Benemérito, ponía y quitaba gobernadores, además perfeccionó el sistema electoral juarista. Don Porfirio superó también a don Benito en el control de la prensa,

que cada día era más incapaz de criticar al señor presidente, y en emplear a "los defensores de la patria" contra el pueblo, como se vio especialmente en la matanza de Tomóchic. En 1908 el sistema porfirista, sobre todo en el aspecto político, estaba perfectamente aceitado con eficiencia infalible, y un chaparrito norteño, buena persona que había visto en Estados Unidos y en Francia sistemas democráticos, comenzó a externar entre sus amigos su inquietud y malestar al ver que México, una república federal con división de poderes, en realidad no era así. Parece indudable que el chaparrito hacendado y muy respetuoso del señor presidente no pensaba ni por equivocación que su nombre, Francisco Ignacio Madero, pasaría a la historia patria como el iniciador de una revolución, ya que su carácter nada de eso tenía; y aún antes de julio de 1910 no se le ocurrió que Porfirio Díaz dejara el poder, a lo más que llegó fue a pedirle que permitiera que el pueblo eligiera al vicepresidente.

Volviendo al sistema autoritario porfirista de 1908, no hay que ser un genio para ver que ese sistema fue básicamente el mismo que hemos padecido desde 1920, si no es que desde 1917, hasta el año 2000, aunque sin duda a partir de 1968 comenzó a agrietarse o descomponerse. Así pues, es conveniente revisar la historia política de nuestro país para observar que los cambios son muy lentos. Varios siglos de prehistoria prehispánica con tlatoanis y emperadores absolutos y tres siglos de completa dependencia en los que el Consejo de Indias y la Casa de Contratación de Sevilla reglamentaban toda nuestra vida impedían que, por arte de magia, con la Constitución de 1824 cambiara nuestra vida política; todos esos años de autoritarismo, de callar y de obedecer no eran la mejor preparación para un sistema político copiado de Estados Unidos, donde la vida era diferentísima de la de nuestros tatarabuelos y nuestros bisabuelos, quienes no tenían la menor idea de lo que era la democracia.

En 1908, nuestros bisabuelos no tenían la distancia suficiente para ver que el autoritarismo juarista, contra el que se rebeló Díaz, había quedado superado por el engranaje porfirista. Cuando se fundó el Partido Nacional Revolucionario (PNR), en 1929, y después se transformó en el PRI, supuestamente con un sistema opuesto al porfirista, nuestros abuelos no podían saber que el "nuevo" sistema era más perfecto aún que el que instauró el autor del Plan de la Noria. Cuánta razón tuvo Polibio, griego admirador del sistema romano, al hablar de la sucesión cíclica de los regímenes políticos.

El 17 de febrero de 1908 ningún habitante de la ciudad de México pudo imaginar que ese día ocurriría algo que cambiaría la historia del país. Ese día, Mr. James Creelman, reportero del *Pearson's Magazine*, entrevistó al presidente Porfirio Díaz. Fue una larga entrevista que, en cuanto se publicó en diversos diarios de México, provocó múltiples reacciones, porque Díaz declaró que en 1910 cumpliría 80 años y ya no se reelegiría. En todo el país surgieron grupos políticos: se hablaba de la renovación de los gobernadores, de quiénes podrían ser senadores, diputados y futuros colaboradores del nuevo presidente. Los acreedores de México preguntaron desde sus oficinas en Nueva York, París o Londres qué perspectivas políticas y económicas habría en el futuro, y los abogados de las compañías extranjeras se preocuparon por sus intereses en México. Después de 30 años de calma explotó la inquietud política.

A un siglo de distancia parece increíble que unas pocas frases hayan provocado semejantes reacciones. ¿Qué dijo Díaz? Algo muy simple: "no importa lo que al respecto digan mis amigos y partidarios, me retiraré cuando termine el presente periodo y no volveré a gobernar otra vez. Para entonces tendré ya 80 años". No era la primera vez que decía eso o algo semejante. Casi cada cuatro años, el viejo zorro "se resistía" a ser reelegido, pero ante las súplicas de sus partidarios "se sacrificaba por el bien del país" y aceptaba la reelección. Pero esta vez, en febrero de 1908, todo sería distinto.

Lo fundamental de la entrevista todos lo conocemos, sin embargo no es frecuente que hayamos tenido la ocasión de leerla completa. En 1963, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) publicó una edición facsimilar con excelente traducción, la cual ahora es factible que se consiga en Internet. Vale la pena saborear el texto completo, desde el título "El presidente Díaz, héroe de las Américas". Dudo que después se haya vuelto a hacer tal tributo por parte de un estadounidense a otro presidente latinoamericano. Aquí se transcribe la nota introductoria de la entrevista:

> En este artículo notable, el prócer del continente habla abiertamente al mundo a través del *Pearson's Magazine*. Por un arreglo previo, el señor James Creelman fue recibido en el castillo de Chapultepec y tuvo oportunidades extraordinarias de conversar con el presidente Díaz y obtener con gran precisión el dramático e impresionante contraste entre su severo, autocrático gobierno y su alentador tributo a la idea democrática. A través del señor Creelman el presidente anuncia su irrevocable decisión de retirarse del poder y predice un pacífico futuro para

México bajo instituciones libres. Es ésta la historia del hombre que ha construido una nación. El Editor.[1]

El artículo comienza con una descripción del Castillo de Chapultepec y de Díaz:

> No hay figura en todo el mundo ni más romántica, ni más heroica, ni que más intensamente sea vigilada por amigos y enemigos de la democracia, que este soldado, hombre de Estado, cuya aventurera juventud hace palidecer las páginas de Dumas y cuya mano de hierro ha convertido las masas guerreras, ignorantes, supersticiosas y empobrecidas de México, oprimidas por siglos de crueldad y avaricia española, en una fuerte, pacífica y equilibrada nación que paga sus deudas y progresa.

Obviamente a los gringos les encantaba eso de que México pagara sus deudas. La entrevista prosigue y Díaz hace una "evaluación" de sus años en la presidencia:

> A pesar de que yo obtuve el poder principalmente por el ejército, tuvo lugar una elección tan pronto como fue posible y ya entonces mi autoridad emanó del pueblo. He tratado de dejar la presidencia en muchas y muy diversas ocasiones, pero pesa demasiado y he tenido que permanecer en ella por propia salud del pueblo mexicano que ha confiado en mí […] Hemos preservado la forma republicana y democrática de gobierno. Hemos defendido y guardado intacta la teoría. Sin embargo, hemos también adoptado una política patriarcal en la actual administración […] con fe ciega en la idea de que una paz forzosa permitiría la educación, que la industria y el comercio se desarrollarían.

No sé qué opinarían los mexicanos después de leer eso de "política patriarcal" y "paz forzosa". El hecho es que en ese febrero de hace 100 años estábamos en vísperas de que terminara la "paz forzosa".

El que se fue y el que dijo que se iba

De la reprimenda que hizo Vicente Fox a Fidel Castro ("Comes y te vas") algo le quedó al líder cubano que ya se fue. "Gobiernas y te vas" le pudo

[1] James Creelman. "El presidente Díaz, héroe de las Américas". Pról. de José María Luján. *Entrevista Díaz-Creelman*. México: UNAM, 1963 (Cuadernos del Instituto de Historia, Documental, 2).

haber dicho Fox. Ahora, al recordar la víspera de la revolución, no puede uno dejar de pensar que hace un siglo, en febrero de 1908, mi general don Porfirio Díaz debió hacer lo que hizo Fidel Castro: irse. Es muy interesante comparar las declaraciones que hace unos días hizo Fidel con las que hace un siglo hizo Porfirio Díaz. Castro declaró en la edición digital de *Granma*, diario oficial del Partido Comunista Cubano (PCC): "no aspiraré ni aceptaré, repito, no aspiraré ni aceptaré el cargo de Presidente del Consejo de Estado y Comandante en Jefe". El 17 de febrero de 1908 Porfirio Díaz dijo a James Creelman, corresponsal de la revista gringa *Pearson's Magazine*: "no importa lo que al respecto digan mis amigos y partidarios, me retiraré cuando termine el presente periodo y no volveré a gobernar otra vez. Para entonces tendré 80 años".

Fidel Castro tiene 81 años, mantuvo el poder casi medio siglo y se dice que escapó a 638 planes de asesinato. Díaz mantuvo el poder por casi 35 años y escapó a varios intentos de asesinato. Dudo que el líder cubano cambie sus planes y se mantenga en el poder, mientras que Díaz no cumplió su palabra y de nuevo se reeligió.

Castro demostró elemental sensatez; Díaz creyó que eso de que la edad nos concede experiencia y colmillo era una fórmula sin límites. Hay un muy estrecho margen entre la sabia ancianidad de los mayores y la necia chochez de los vejestorios. No tengo idea de qué ocurrirá en el futuro de Cuba, sólo sé lo que ocurrió en México hace un siglo.

En este momento, las agencias noticiosas presentan varios nombres de posibles sucesores de Fidel: Raúl Castro, Ramiro Valdés, Carlos Lage, Felipe Pérez Roque, Abelardo Colomé y Esteban Lazo. Hace un siglo, poco antes de 1908, en México el viejo dictador mostraba indicios de que dejaría el gobierno, aunque no el poder. Las figuras indiscutibles de sucesión a la presidencia eran dos: José Yves Limantour, genio de las finanzas, y el jalisciense Bernardo Reyes, el gobernador modelo según los ideales porfiristas. Todo parecía encaminarse a una transmisión pacífica del poder, pero, lo reitero, la decrepitud y la soberbia senil prevalecieron contra la sabiduría que da la edad. Como bien dijo Daniel Cosío Villegas, "el necesariato" fue la doctrina que se impuso entre los "científicos" porfiristas, y aunque ya sabemos que todos tenemos algo que hacer en la vida, para algo estamos aquí, no es lo mismo pensar que somos necesarios: el mundo sigue caminando. Si bien existieron personajes como Fidel Castro, Martin Luther King o el mismo Porfirio Díaz que cambiaron la historia, no fueron "necesariamente necesarios": no es lo mismo.

Como dijo el maestro Luis González, al hablar del último sexenio de Díaz (1904-1910):

> Junto al jefe menguante, en los puestos visibles del aparador político pululaban otros ancianos no menos achacosos; eso sí, personas muy bien vestidas y barbadas que no podían ocultar con sus trajes y pelos las arrugas de la piel, el arrastre de los zapatos y los rechinidos de las articulaciones enmohecidas. Nada cubría ya sus vidas matusalénicas. La edad promedio de los ministros, senadores y gobernadores era de 70 años. Los jovenazos del régimen, apenas sesentones, constituían la cámara baja. Los de más larga historia, tan larga como la República, eran jueces de la Suprema Corte de Justicia. En otros términos, los báculos de la vejez del dictador eran casi tan viejos como él, y algunos más chochos.[2]

En ese México de 1908, cuando Díaz dijo que se iba, el analfabetismo era más de 90% y la expectativa promedio de vida era de 25 años. En Cuba, con la partida de Fidel Castro, la escolaridad es de 12 años y la expectativa de vida anda por los 70 años.

En este año en que estamos recordando la víspera del movimiento armado de 1910, cuyo término oficial es revolución mexicana, es conveniente reflexionar acerca de nuestra historia no oficial y de esa ¿revolución, revuelta o rebelión?

Panchito Madero y la prueba enlace

Nada parece indicar que en mayo de 1908 Francisco Madero pensara en encabezar una revolución. Al revisar mis papeles, encontré una copia de una carta fechada en mayo de 1887 del adolescente Panchito Madero. Ésta estaba en lo que quedó del archivo del Colegio de San Juan, en Saltillo, donde los hermanos Madero estudiaron uno o dos años de la enseñanza primaria. La publico en buena parte para animar a muchos niños y maestros de ahora que están angustiados por la famosa prueba o examen de Evaluación Nacional del Logro Académico en Centros Escolares (enlace). Sin hacer un análisis psicológico de la adolescencia de Panchito, quiero subrayar su ortografía a riesgo de quemar a sus maestros jesuitas de Saltillo. La carta la escribió Madero de su puño y letra en Estados Unidos, en un colegio de los maristas según creo.

[2] Luis González. "El liberalismo triunfante". *Historia general de México*. T. 2. México: El Colegio de México, 1981, p. 980.

Mount St. Mary's College, Express Ofice. Emmitsburg, Md. Mayo de 1887, al R. Padre Spina, Colegio de San Juan, Saltillo

Mi muy estimado prefecto:
Desde hase mucho tiempo que tenia deseos de escribirle, pero que lo hago, lo hago con muchísimo gusto el que nunca me faltara, para escrivirles a Uds., y ademas que me creo obligado ha haserlo, y a haserlo con mas prontitud.

Le doy a Ud. muchísimas gracias por haverle dado al Señor Alveleri una medalla de la Congregación para que me la diera, me causo muchísimo gusto recivirla y que le dije de la medalla, lo único que deseava saber era el modo de poderla recompensar porque no dise nada de si se le pierde a uno la medalla.

Por carta del señor Alveleri, supimos la muerte de nuestro estimado P. Brisak al que envidiamos por haber pasado ya ante el tribunal de Dios, y como era tan bueno, seguramente alcanzo la felicidad bienaventuranza y estara ya rogando por todos los de esa Santa Compañía y de todos nosotros.

Ernesto, Manuel, José y Gustavo le mandan saludes a todos Udes. Y de mi parte si me hase el favor saludeme cariñosamente al P. Saton, al señor Arroyave, al señor Arguelles, al señor Alveleri y demas de la casa. Y Ud., estimado e inolvidable prefecto encomiendeme a nuestra querida Madre María Santísima, pues yo nunca me olvidaré de U. ya en esta vida ni en la otra si acaso nos vamos al sielo.

Fco. Madero.
Al señor Alvereli que muchas gracias por los corazonsitos y que pronto le contestare su amable cartita.

Es evidente que la pésima ortografía no es un impedimento para ser presidente. En el mismo archivo existía otra carta dirigida al padre Spina SJ, en Roma, fechada el 15 de junio de 1912, no manuscrita sino a máquina y en papel membretado como "Correspondencia Particular del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos". En ésta le agradecía al padre Spina una tarjeta fechada en Roma y añadió lo siguiente: "siempre que vienen personas de allá me he informado de usted con interés, pues conservo muy gratos recuerdos del tiempo que permanecí en el colegio de San Juan […] Me repito su antiguo discípulo y amigo que mucho lo aprecia. Francisco Madero". El señor presidente tenía un buen secretario que escribía sin faltas de ortografía, quien sin duda de niño habría pasado la prueba de ENLACE.

Ignoro cuál fue el destino final de ese archivo, ojalá se conserve en alguna parte. Yo lo consulté allá por 1972, y recuerdo que también estaban dos hojas

manuscritas muy interesantes, de cuando los niños Panchito y Gustavito Madero hicieron su consagración a la Virgen María el día último de mayo en alguna ceremonia oficial del colegio. Las cartas las transcribí a mano y no tuve el cuidado de fotografiarlas. No recuerdo si en 1972 existía la fotocopia; probablemente no, porque en caso contrario hubiera sido muy fácil fotocopiarlas. Para terminar estos recuerdos acerca de aquel colegio de Saltillo, reitero algo que escribí en otro momento: en ese mismo verano de 1972 entrevisté a un carrancista noventón y muy sordo, a quien las nietas tenían que repetir a gritos mis preguntas: el general Jesús Dávila Sánchez, exalumno del Colegio de San Juan y jefe del Estado Mayor de Carranza en agosto de 1914, cuando los constitucionalistas entraron a la ciudad de México. El simpatiquísimo sordo y viejo carrancista decía que Vito Alessio Robles, exalumno también, afirmaba que "el Colegio de San Juan dio a la revolución muchos más generales que el Colegio Militar".

4 y 7 de octubre

La semana pasada se publicó la noticia de que un joven, en una solemne ceremonia, le gritó "espurio" al presidente Felipe Calderón. La guardia presidencial se encargó de sacarlo del recinto y, después de hora y media, lo liberó. Hablar contra la autoridad nunca ha sido novedad en México ni en ningún lugar del mundo desde que el hombre es hombre. Otra cosa es cómo reaccionó el mandamás o mandatario insultado. En México corre el mito, originado en una novela del doctor Joublanc, de que Victoriano Huerta mandó cortar la lengua del senador Belisario Domínguez, quien había pensado gritarle "espurio" o algo parecido al usurpador y asesino de Madero. Según cuentan las historias, dicho senador, el 24 de septiembre de 1913, iba a pronunciar un discurso ante la Cámara acusando de usurpador a Huerta, pero el presidente de la Cámara, en cuyas manos había caído el discurso, impidió que se pronunciara, por lo cual el senador lo imprimió y lo distribuyó entre sus colegas; después, el 7 de octubre, Belisario Domínguez fue asesinado. Luego surgió el mito de que el doctor Urrutia le había cortado la lengua. En este momento invito a los lectores a que asistan el domingo 30 de noviembre a las 7 de la tarde a la Feria Internacional del Libro (FIL), donde se presentará una biografía del doctor Urrutia en la que, entre otras cosas muy interesantes, se demuestra que una novela de los años 20 escrita por el doctor. Joublanc, abuelo de mis amigos Angelita y José Luis Kramis Joublanc, fue el origen de ese milagrito que le cuelgan a Urrutia. El libro en cuestión es de una muy querida exalumna de la

Maestría en Historia de México de la Universidad de Guadalajara, quien ganó con este trabajo el premio de Historia del Instituto Dr. José María Luis Mora.

Así pues, a Belisario Domínguez le fue peor que al joven de la noticia de la semana pasada: la guardia presidencial, o como se hayan llamado los esbirros de Huerta, asesinó al infeliz senador chiapaneco por pensar en decirle espurio al presidente, que de paso nadie cuestiona que lo fue ya que subió a la silla presidencial, como todos sabemos, con una maniobra "legal" o legaloide, pero a todas luces era ilegítima e injusta. Nadie duda que la presidencia de Huerta era absolutamente fraudulenta, ni que habría sido imposible contar "casilla por casilla" y "voto por voto" aunque hubiera aparecido un Andrés Manuel López Obrador (AMLO) que lo promoviera. De modo que sigan diciendo que "todo tiempo pasado fue mejor".

El asesinato de Domínguez ocurrió en estos primeros días de octubre, aunque de 1913. Y el día 4 del mismo mes, pero de 1808, asesinaron a otro muy ilustre mexicano quien, en forma más elegante, le dijo espurio al gobernante en turno. Me refiero al licenciado Francisco Primo de Verdad y Ramos, a quien deberíamos recordar y honrar mucho más de como lo hemos hecho hasta ahora. En agosto de 1808, el valiente abogado hidrocálido tuvo la entereza y la lucidez de decir en el ayuntamiento de la ciudad de México que, ante la ausencia del rey, quien era prisionero de Napoleón, la soberanía había vuelto al pueblo. El gobernante por lo tanto era espurio y no era legítimo, y el pueblo debía formar un gobierno provisional, según las leyes establecidas. Verdad dijo que "este gobierno provisional proveería a la subsistencia del virreinato". Después de esta declaración, la guardia virreinal tomó prisionero al valiente y patriota pensador y lo refundió en un calabozo. El día 4 de octubre de 1808 amaneció muerto en su celda.

No mucho antes, en junio de 1767, el virrey marqués de Croix prohibió cualquier crítica al gobierno, y en el decreto con el cual expulsó de México a los jesuitas escribió una frase lapidaria: "sépanse desde hoy y para lo venidero todos los súbditos de el gran Monarca que ocupa el trono de España que nacieron para callar y obedecer y no para opinar en asuntos de gobierno". En forma muy distinta y en diversas circunstancias, el joven de la noticia, los jesuitas de 1767, Belisario Domínguez y el licenciado Francisco Primo de Verdad y Ramos tuvieron la mala ocurrencia de opinar sobre asuntos gubernamentales.

Y los lectores, ¿qué opinan?

Para los mexicanos que eran jóvenes en 1982 las palabras devaluación, crisis e inflación resultan familiares; los que ya éramos viejos comenzamos a aprender esas nuevas palabras. Yo, nacido en 1933, sólo recuerdo que hacia 1947 estaba en la secundaria y el peso se devaluó de 4.50 a 8.50 frente al dólar. Me acuerdo también de la devaluación en tiempos de Ruiz Cortines (12.50). La inflación resultó otro descubrimiento. No soy experto en temas financieros, sólo quiero señalar que en un estudio que hice acerca del periodo de 1920 a 1940 el salario mínimo no variaba: 2.50 pesos al día, y los precios tampoco cambiaban. Los mexicanos del tiempo de Porfirio Díaz no conocían la inflación o devaluación: la primera, creo, fue en 1905, cuando el peso, que estaba en paridad con el dólar, resultó ser 50 centavos del billete estadounidense. Por supuesto que el hecho de que el peso estuviera en paridad o que se necesitaran 2 pesos para comprar 1 dólar, a diferencia del cambio actual, no significaba que el nivel de vida del mexicano fuera bueno: en 1910 se compraba 1 dólar con el trabajo de una semana.

Sin embargo, en estos días en que se habla de crisis, *débâcle* financiera y devaluación, no está por demás recordar que entre las causas de la caída de Porfirio Díaz estuvieron la devaluación de 1905 y la crisis financiera de 1908. Para octubre de ese año, la crisis pegaba con fuerza desusada y el descontento era cada día mayor. En ese bienio de 1908-1909, el país daba tropiezos muy serios: al igual que ocurrió hace pocos años, en algunas regiones padecían inundaciones y en otras la sequía era catastrófica; hubo temblores; heladas terribles en el norte; la producción de maíz, de por sí insuficiente, bajó más aún y nuestra gente del campo, la inmensa mayoría de la población, padeció hambre, que siempre ha sido muy mala consejera. El hambre venía con su muy indeseable compañía: la enfermedad. Según datos fidedignos, en esos años la producción industrial se estancó en 419 000 000 pesos y la rama manufacturera se derrumbó de 206 000 000 a 188 000 000 pesos; sin olvidar que no había remesas de dólares ni barriles de petróleo. Por si esto fuera poco, el precio de la plata, una de las más importantes exportaciones, se desplomó también. La producción de zinc, que había sido muy importante en 1906 y 1907, se fue a pique. La importación se redujo enormemente y los productos exportables, como el henequén, disminuyeron en 10%. La balanza comercial bajó como nunca y, como siempre, los más afectados fueron los pobres, pues los hacendados no dejaron de viajar a Europa y las hacendadas siguieron comprando sus vestidos, sombreros, corsés, ropa interior y zapatos en París,

mientras la gente del campo y los pobres de la ciudad con dificultad tenían una muda de ropa.

Poco antes, en septiembre de 1906, los empresarios de las 93 fábricas textiles que habían en el país se habían adherido al Centro Industrial Mexicano de Puebla y Tlaxcala, el cual para el mes de noviembre impuso a sus trabajadores un reglamento que, entre otras cosas, prohibía recibir en las casas la visita de amigos y parientes y la lectura de libros y periódicos que no hubieran sido previamente censurados por la empresa. Los obreros se rebelaron y se pusieron en huelga el 4 de diciembre, ante lo cual el señor ministro Limantour propuso a los empresarios que cerraran todas las fábricas. Finalmente, el 7 de enero de 1907, un día después de la fiesta de los santos reyes, ordenó que se abrieran todas las fábricas en los estados de Puebla, Veracruz, Jalisco, Querétaro, Tlaxcala y el Distrito Federal.

Eso ocurría en nuestro país exactamente un siglo después de que el virrey Iturrigaray había sido depuesto y de que varios ayuntamientos, como el de Guadalajara, se preguntaban a qué autoridad debían obedecer y si tenía sentido depender del gobierno peninsular desgobernado por los fieles servidores del invasor francés. La inseguridad era un problema insoluble al parecer y los poderes públicos estaban igualmente desconcertados, como los de México en octubre de 2008.

II. 1909

¿Día de San Valentín en 1909?

En 1909 no se celebraba en México el día de la amistad y del amor, como la mercadotecnia lo ha impuesto; concretamente en Guadalajara, no había la menor preocupación por festejar esa fecha. En cambio, un grupo de jóvenes inquietos, en el que estaba Roque Estrada, comentaba la novedad bibliográfica: *La sucesión presidencial en 1910*, escrita por un desconocido llamado Francisco I. Madero, hijo de una acaudalada familia de hacendados coahuilenses. Según señaló el mismo Roque Estrada, varios estudiantes se reunían para comentar el libro (entre febrero y marzo de 1909), al cual juzgaban poco serio y que manifestaba "el carácter sentimental de su autor y su poca solidez en el análisis y en el estudio histórico. Como sentimental, la imaginación obra en él de una manera preponderante y le hace desatenderse de las cuestiones de carácter trascendental, que son las que deben preocupar a los historiadores".[3]

Hay que recordar que Guadalajara no era muy afecta a Porfirio Díaz, a quien tachaban de haber ordenado el asesinato de Ramón Corona, ídolo jalisciense de la Reforma y de los años del Benemérito. Entre las hazañas de Corona estaba la Batalla de Coronilla, donde venció a Manuel Lozada *El Tigre de Álica*. Porfirio Díaz iba cada año a Chapala a pasar sus vacaciones, pero no se dignaba visitar la ciudad; no fue sino hasta finales de 1908 cuando obsequió a los tapatíos con su visita. En febrero de 1909, en la Perla de Occidente comenzaba a fraguarse, y con mucha fuerza, la idea de postular a Bernardo Reyes a la presidencia de la república en cuanto las circunstancias lo permitieran. Reyes, exitoso gobernador de Nuevo León,

[3] Roque Estrada. *La revolución y Francisco I. Madero*. Guadalajara: Imprenta Americana, 1912.

era la única personalidad originaria del estado de Jalisco que ocupaba una posición relevante en el ámbito nacional. Además estaba emparentado con las familias Ogazón y Vallarta, de indiscutible prestigio. Volviendo al tema del libro de Madero, uno de los párrafos que más molestaban a Roque Estrada era el retrato que el coahuilense hacía del dictador:

> El General Porfirio Díaz es de estatura alta […] parece que encierra un gran misterio, que oculta cuidadosamente en el fondo de su alma un pensamiento, una idea fija, que sólo se manifestará incidentalmente por hechos trascendentales, pero que normará los actos de su vida toda […] Hemos visto cuáles son las grandes virtudes del estadista de quien nos venimos ocupando […] procuremos ahora descifrar el misterio que oculta bajo su aspecto de esfinge; la idea fija que nos revela su semblante, su mirada.[4]

Al respecto, comentó lo siguiente:

> En el señor Madero, como sentimental, tiene mucha influencia lo desconocido, lo invisible […] el misterio; pretende descubrir un carácter en una mirada y aun determinar la conducta de un hombre por su aspecto. Esto mismo demuestran la superficialidad a que nos hemos referido y la carencia de observación profunda y psicológica del autor […] La descripción que en esta parte leemos del señor General Díaz no es el estudio serio de un historiador, de un sociólogo o siquiera de un psicólogo, sino que más bien parece el esbozo de un personaje de una novela antigua.[5]

Hay una afirmación muy interesante que resume el pensamiento de Estrada sobre el chaparrito coahuilense: "El autor de *La sucesión presidencial* demuestra que no le agrada enfrentarse a los problemas trascendentales y que prefiere las transacciones aun tratándose de intereses sociales".[6]

Roque Estrada no fue el único joven inquieto en aquella Guadalajara de febrero de 1909. Entre otros jóvenes inconformes con la reelección indefinida estaba Rafael Buelna, inteligente y combativo, quien en 1923 sería un factor decisivo en la rebelión delahuertista.

[4] Francisco I. Madero. *La sucesión presidencial en 1910*. San Pedro de las Colonias: 1908, pp. 112 y 116.

[5] Estrada, *op. cit.*, pp. 61-62.

[6] *Ibid.*, p. 67.

Quién habría dicho entonces que el joven Estrada, crítico del autor de *La sucesión presidencial*…, sería con el tiempo aliado de Panchito Madero, su compañero de prisión en San Luis Potosí, coautor del Plan de San Luis y luego secretario particular del presidente. Además de que combatiría contra Huerta en las filas carrancistas y sería secretario del Varón de Cuatrociénegas. El 8 de julio de 1914, al lado de Obregón, participaría en la toma de Guadalajara, hecho decisivo en la victoria carrancista.

Best seller de 1909

Cuando manejo por lo común escucho la radio, pero últimamente la propaganda del Instituto Federal Electoral (IFE), que ya me tiene harto, ha hecho que prefiera poner algún disco para oír música sin los engorrosos y aburridos promocionales de nuestro máximo orden electoral. Hace un siglo, a finales de abril de 1909, en vísperas de la revolución, desde luego que no existía la radio, y quienes leían periódicos ciertamente no sufrían con la propaganda electoral que ahora nos tiene de mal humor. Para esas fechas ya se había agotado la primera edición de *La sucesión presidencial en 1910*, de Panchito Madero; este fue tal vez el primer *best seller* de nuestra historia editorial mexicana. No se trataba de una obra literaria o de un análisis político excepcional; simplemente, en un estilo sencillo exponía diversas ideas acerca del absolutismo de la ya prolongada dictadura de Porfirio Díaz, quien pisoteó la Constitución de 1857 y en su casi totalidad repitió los excesos autoritarios de Benito Juárez, que años antes el mismo Díaz había censurado de su paisano de Oaxaca. Madero insistía en que las leyes eran letra muerta y que el poder legislativo no existía, además subrayaba la ausencia de una prensa independiente. Según el libro, era notorio que el pueblo mexicano estaba harto de la simulación democrática y ansioso de recuperar sus derechos. El chaparrito hacendado coahuilense, hombre bueno y compasivo con sus peones, proponía que el mexicano se transformara de vasallo en hombre libre, "los mercaderes y viles aduladores, en hombres útiles a la patria y en celosos defensores de su integridad y de su Constitución". El pueblo mexicano estaba obligado a la lucha electoral por un sufragio efectivo y contra la reelección, para impedir que se prolongara la dictadura.

El *best seller* era un libro mal escrito, con análisis históricos superficiales; en ocasiones se contradecía y en general se expresaba con respeto y aún admiración por Porfirio Díaz; sin embargo, en aquellos años sin crítica política libre, manifestaba las inquietudes y preocupaciones de la clase

media. Sin duda demostraba patriotismo y sinceridad. Madero no creía en las promesas que había hecho Porfirio Díaz un año antes, en la famosa entrevista Díaz-Creeleman. En cambio, creía en la capacidad del pueblo para cambiar las cosas. Proponía que se creara un partido antirreeleccionista y terminaba con un llamado directo a Porfirio Díaz: "usted no es capaz de encontrar un sucesor más digno de usted […] que la ley". En cualquier otro país, el libro en cuestión apenas habría tenido eco; pero en México, después de años de dictadura y sumisión, fue una verdadera bomba.

No deja de ser interesante recordar los títulos de los capítulos del libro: "El militarismo en México", "El general Díaz, sus ambiciones, su política, medios de que se ha valido para permanecer en el poder", "El poder absoluto", "El poder absoluto en México", "¿A dónde nos lleva el general Díaz?", "¿Estamos aptos para la democracia?", "El partido anti-reeleccionista", y "Conclusiones". De este último apartado conviene señalar la conclusión 11, que resume las aspiraciones del plan "revolucionario" del coahuilense:

> Cuando el Partido Antirreeleccionista esté vigorosamente organizado, será muy conveniente que procure una transacción con el General Díaz para fusionar las candidaturas, de modo que el General Díaz siguiera de Presidente, pero el Vicepresidente y parte de las Cámaras y de los Gobernadores de los Estados, serían del Partido Antirreeleccionista. Sobre todo, se estipularía que en lo sucesivo hubiera Libertad de Sufragio y si posible fuera, desde luego reconvendría en reformar la Constitución en el sentido de la no reelección.

No deja de sorprender la timidez de las aspiraciones del futuro caudillo de la revolución de 1910: supone que Díaz seguirá en la presidencia y que el Partido Antirreeleccionista compartiría en algo el poder. En la segunda edición del libro, probablemente de abril de 1909, escribió un añadido:

> proponemos que el pueblo haga un esfuerzo para salir de su apatía, reconquiste sus derechos y acabe con la dictadura […] proponemos que el pueblo nombre sus representantes en las Cámaras, los Estados sus Gobernadores y la Nación entera al Vicepresidente […] Como afortunadamente ha desaparecido de entre nosotros el espíritu revolucionario, creemos que la inmensa mayoría de la Nación se conformaría con una transacción […] antes de verse envuelta en una guerra civil.

Finales de julio de 1909: ¿comienza la revolución?

En estos días de finales del mes de julio, los mexicanos estamos tomando un respiro después de la machacona y tediosa campaña de los partidos políticos y del IFE que nos invitaba a emitir el voto: ¡qué descanso poder respirar tranquilamente! En cambio, hace un siglo en Guadalajara, la prensa porfirista mostraba su preocupación e indignación por los hechos del 25 de julio, cuando los tapatíos partidarios de Bernardo Reyes se manifestaron contra los jóvenes porfiristas venidos de la capital para hacer propaganda a favor de Porfirio Díaz y de su candidato oficial Ramón Corral. El periódico *El Porvenir* el 1 de agosto no podía contener su indignación:

> La sociedad de Guadalajara fue sorprendida el domingo próximo pasado por una de las algaradas de los reyistas, quienes se amotinaron según su costumbre solamente porque vinieron a esta ciudad los delegados del Club Central Reeleccionista de México […] Vamos a hacer algunas consideraciones acerca del suceso a que nos referimos […] reiterando la indignación que nos causó dicho escándalo, el cual ha puesto en berlina a Guadalajara, que siempre ha merecido con razón ser considerada como una de las ciudades más cultas de la República […] Organizaron, alentaron y sostuvieron ese motín algunos malos jaliscienses, secundados por muchachos irreflexivos, alborotadores, que sin calcular las funestísimas consecuencias de sus actos, en situaciones dadas, agitan a las multitudes y las arrojan contra el Gobierno y la sociedad, quienes tienen que repeler la fuerza con la fuerza […] No hubo motivo justificado siquiera para disculpar el criminal y sangriento escándalo a que nos venimos refiriendo, porque la venida de diez ciudadanos, que llegaban a ejercer pacíficamente el derecho de hablar de sus opiniones, no es, no puede ser motivo para que se levanten las turbas contra todos los ciudadanos honrados y pacíficos, ni contra esos hombres que no atropellaban el derecho de nadie, que no insultaban a ninguno, que se condujeron correctamente, hasta el grado de pronunciar, al despedirse, estas palabras: "No llevamos impresión desagradable de la sociedad de Guadalajara, que es ilustrada, justa, honrada y amante de la libertad verdadera; y comprendemos que el movimiento que con profunda extrañeza hemos presenciado, no ha sido producido por esta sociedad que merece nuestro cariñoso respeto, sino por un grupo de alborotadores, de ésos que aprovechan cualquier oportunidad para saciar su avidez de escándalo" […] Si en rarísimos casos la policía hizo fuego sobre los amotinados, fue porque éstos lo obligaron a ello. Que ni el gobernador ni el jefe político ordenaron que se fusilara a la multitud es una cosa evidente; pues si tal orden hubieran recibido los gendarmes, sus descargas hubieran sido constantes

> en todas partes y habrían quedado las calles y plazas de la ciudad sembradas de muertos y heridos; y evidente es también que en los casos especiales en que se hizo fuego, los gendarmes no recibieron orden de nadie, sino que obraron apremiados por la necesidad […] La sociedad comienza ya a experimentar los efectos desastrosos producidos por los que se llaman reyistas. Ayer gozaba México de una paz dichosísima, anhelada durante más de sesenta años, y la Nación, llena de crédito, de vitalidad y de honores, erguía su noble frente, circuida de fulgores; hoy está volviendo México a ser el ludibrio de todos los pueblos civilizados […] Ya lo veis, señores; no se tiene confianza en vosotros, ni vuestro candidato os acepta.

Como se constata, la prensa gobiernista estaba muy asustada por la oposición juvenil tapatía a la probable imposición del candidato oficial; por eso se entiende la afirmación de Nemesio García Naranjo de que la revolución mexicana no comenzó el 20 de noviembre de 1910, sino el 25 de julio de 1909, en la conservadora y católica Perla de Occidente.

Por otra parte, adelantándonos un poco a los hechos, habrá que decir que precisamente cuando expresaban su rechazo los tapatíos jóvenes, a los que la prensa oficial trataba de "malos jaliscienses, irreflexivos, alborotadores", el general Bernardo Reyes muy cobardemente renunció a ser candidato a la vicepresidencia: ¡pobre México que, igual que ahora, carecía de líderes y caudillos aptos para la ocasión! Porque el hombre bueno que era Panchito Madero resultaría muy chaparrito para la ocasión que se veía venir.

Hace 100 años

Hace exactamente un siglo, el viernes 3 de diciembre de 1909, *La Gaceta de Guadalajara* daba cuenta de una protesta del pueblo de Ojuelos, Jalisco, porque el gobierno dictó un impuesto de 25 centavos para pagar el servicio de rondas. Al señor presidente municipal le pareció muy mala tal protesta y mando aprehender y procesar a don Félix E. Martínez, vecino de la población, por el delito de sedición, "que se hace consistir en haber dicho el quejoso que tal impuesto era inconstitucional, supuesto que con él se violaba el artículo quinto del Pacto Fundamental de la República, que prohíbe la prestación de servicios personales sin la debida retribución y sin pleno consentimiento del interesado". El señor juez de distrito ordenó, desde luego, que se pidiera al presidente municipal de Ojuelos el informe con la justificación que marcaba la ley. En el mismo número de *La Gaceta de Guadalajara* se informó que el general

don Ignacio A. Bravo, jefe político del territorio de Quintana Roo, había llegado a Guadalajara y comentó que eran falsas las alarmantes noticias que se habían publicado, afirmando que en Yucatán los indios mayas habían asaltado a las tropas federales. Curiosamente, ese 3 de diciembre, Panchito Madero, desde Tehuacán, Puebla, donde el chaparrito coahuilense tomaba sus baños medicinales, escribió a José María Pino Suárez: "confirmo mis anteriores de fecha 17 y 24 del pasado y 1º de actual; la presente tiene como objeto manifestarle que por el *express* remito a la dirección que usted me ha indicado un bulto en que van unas dos mil proclamas para los yucatecos, a fin de que vean que no están solos".

A un siglo de distancia, es interesante leer algunas noticias como las publicadas por *El Correo de Jalisco*: "muchos hijos del estado, a quienes los revolucionarios habían arrojado a territorio de los Estados Unidos, han vuelto; muchos extranjeros han llegado y llegan diariamente a establecerse entre nosotros y muchos nativos de otros estados de la Confederación, especialmente de Sinaloa, se han avecindado en Sonora". La nota publicada en Guadalajara parece estar redactada por el corresponsal en Sonora, y sorprende la palabra "revolucionarios", que intriga por el alcance real del término en vísperas de la revolución mexicana. En otro artículo de *El Correo de Jalisco* se publicó una nota de la Prensa Asociada desde Nueva York dando a conocer la opinión de Mr. Arnold Shamklin, cónsul general de Estados Unidos en México, acerca de la situación de la política mexicana: "la situación política de México es estable y no hay motivos para esperar que surjan desordenes de parte de los que se oponen al gobierno del General Díaz. Yo opino que México no corre peligro de una insurrección o revolución interior". *El Correo de Jalisco* agregó lo siguiente:

> parece mentira que un extranjero muestre mejor perspicacia y mejores ojos para observar los hechos que algunos mexicanos que, más o menos acaloradamente, pretenden descubrir "puntos negros" en una situación que no arroja el menor pretexto para llevar acabo un intento de rebelión contra el poder público. La labor perturbadora de una media docena de politiquerillos danzantes, que gusta mucho de "revolveríos" para ver de pescar algo, ha acabado por estrellarse en la indiferencia del pueblo, de ese pueblo al que con tan malas artes trató de agitar tumultuariamente la camarilla.

El articulista sigue hablando de una pandilla opositora al gobierno, refiriéndose sin duda a los antirreeleccionistas quienes se resistían a que Porfirio Díaz gobernara, acompañado por Ramón Corral. Continúa el autor:

> por fortuna, la Nación tiene de sobra elementos sanos para hacer contrapeso a la pandilla; un cuarto de siglo de meditación y labor la han enseñado que el avance de su innegable prosperidad actual y el desarrollo de la futura han sido y deben seguir siendo el resultado de una acción orgánica, y que no es por medio de trastornos y de sacudidas como se llegara un día al final del camino: al funcionamiento armónico de todas las energías nacionales dentro de las instituciones.

Estos son algunos comentarios de los observadores políticos en vísperas de la revolución. Es interesante comparar lo que pasaba en México entre los antirreeleccionistas de 1909 y los conspiradores de Valladolid y Querétaro en 1809, por no hablar de los opositores al gobierno de Calderón en este 2009.

III. 1910

Fox y Díaz, amlo y Madero

Todos recordamos que la campaña presidencial de López Obrador la realizó exitosamente Vicente Fox, cuando trató de desaforar al antiguo gobernador del Distrito Federal. Algo así ocurrió hace un siglo cuando Porfirio Díaz encarceló a su oponente Francisco I. Madero: le hizo, en pocos días, una campaña presidencial efectiva y publicitada.

Hace exactamente un siglo, a principios de junio de 1910, el candidato antirreeleccionista, el educado e idealista hacendado norteño Francisco I. Madero, era ya noticia diaria y una figura preocupante para el general Porfirio Díaz, aspirante a una séptima reelección y en vísperas de cumplir 80 años. Él sí encarnaba el ideal de la república romana, que confiaba los destinos públicos a los más ancianos: a los seniores, llamados *senatores*. Por lo común, se habla de Madero como un idealista; aunque ciertamente también era práctico, sin que en esta línea fuera tan fuerte como en sus ideales; en otras palabras, era más Quijote que Sancho Panza, y ¡cómo le hubiera ayudado tener mucho más de Sancho que de Quijote!

A principios de junio, Madero, después de una gira por el sur, andaba por los rumbos de San Luis Potosí y Monterrey. El día 6 de ese mes, los regiomontanos se dirigieron en masa a la Estación del Nacional a esperar el tren de Saltillo, donde venía el candidato antirreeleccionista. La policía, reconcentrada en los andenes y en las calles adyacentes, sufría por contener a los manifestantes. Numerosos grupos de rurales andaban por todas partes y sólo dejaron pasar a la familia de Madero, que esperaba ya en Monterrey a Panchito. Al llegar el ferrocarril, Madero bajó con su esposa Sarita, el licenciado Roque Estrada

y otros acompañantes entre los aplausos y gritos entusiastas. Los viajeros abordaron unos automóviles que avanzaron lentamente entre la multitud entusiasta; pero, a las dos cuadras, un piquete de policía impidió a la multitud que acompañara a los automóviles y, entre golpes e insultos, disolvió a los manifestantes que se agolpaban en las calles aledañas. Con dificultad los automóviles llegaron a la casa de los Madero, donde desde uno de los balcones Francisco habló virilmente a la multitud. Declaró que en todas partes las autoridades lo habían recibido "más o menos bien", pero que lamentablemente bastó haber venido a su propia casa para ser ultrajado de la manera más cínica y odiosa. Los aplausos frenéticos lo interrumpieron y luego comenzó su discurso Roque Estrada, a quien se acercó el jefe de la policía, Ignacio Morelos Zaragoza, para decirle "en nombre de la ley y de la autoridad, le suplico que se retire". Estrada flageló a esas autoridades que "en nombre de la ley impiden que hable un ciudadano, y en cambio a unos cuantos metros de distancia de la manera más cínica la están violando". El discurso continuó entre los gritos de la policía y los relinchos de sus caballos que cargaban sobre la multitud. Ante esto, Madero decidió salir rumbo a su casa de San Pedro de las Colonias; acompañado de su esposa, de los demás miembros de su familia y el licenciado Estrada salieron en varios coches a las 9 de la noche para dirigirse a la estación. Al llegar, unos veinte policías vestidos de paisanos se arrojaron sobre Estrada, pero Madero se interpuso y pidió a los aprehensores que mostraran la orden escrita que los autorizaba a obrar de esa manera. Sorpresivamente Estrada escapó y se introdujo en una casa, pero dos policías lo siguieron y, sin importarles las protestas de los dueños, se metieron, empujaron a la mujer de Madero, hirieron a una joven y golpearon a varias personas. Como pudo, el candidato abordó el tren hacia Coahuila, éste se puso en marcha, y Morelos Zaragoza, pistola en mano, obligó al maquinista a detenerse, mientras otro policía participaba a Madero que tenía la "orden superior" de que, en caso de no encontrar a Estrada, se diera por preso. Después lo condujeron a la comandancia de policía y luego a la penitenciaría, donde lo acompañó doña Sarita, quien se empeñó en pasar con él el resto de la noche.

Igual que Fox y AMLO, Porfirio Díaz inició la convincente campaña de Francisco I. Madero a la silla presidencial. Como dice el libro *Proverbios*: "nada hay nuevo bajo el sol".

A un siglo de distancia, resulta que hay una situación idéntica aunque con muchas diferencias. Mi frase "algo idéntico con muchas diferencias" no creo que resulte nueva, si recordamos algunos absurdos como aquello de la revolución institucionalizada o lo que decía Aldo Moro de las diferencias entre la Democracia Cristiana (DC) y el Partido Comunista Italiano (PCI): según Moro, se trataban de "divergencias paralelas". Ahora, en junio de 2010, resulta que Greg Sánchez no puede contender en las elecciones por estar en prisión, aunque algunos especialistas en derecho como Raúl Carrancá afirman que no está excluido de la contienda electoral; hay que recordar que en estos mismos días de junio, en 1910, Francisco I. Madero estaba en prisión en Monterrey, Nuevo León, y por lo tanto era incapaz de contender en las elecciones que se verificarían la siguiente semana. Por lo tanto, nos encontramos con que a un siglo de distancia, después de miles de muertos, revoluciones y rebeliones, en algunos aspectos, nuestro mundo político nada ha cambiado.

El 15 de junio de 1910 Madero escribió una carta al presidente de la república:

> Sr. General Porfirio Díaz, México, D.F. Muy señor mío: en su carta del 27 de abril próximo pasado me decía usted: "en la ley encontrarán, tanto las autoridades como los ciudadanos, el camino seguro para ejercitar sus derechos" […] A pesar de ello, la ley, aunque observada por mis partidarios, ha sido frecuentemente violada por los de usted que ocupan puestos públicos […] [pero resulta que] usted y sus partidarios rehúyen la lucha en el campo democrático, porque comprenden que perderían la partida y están empleando las fuerzas que la Nación ha puesto en sus manos para que garanticen el orden y las instituciones no para ese fin, sino como arma de partido para imponer sus candidaturas en las próximas elecciones. Pero no tienen ustedes en cuenta que la Nación está cansada del continuismo, que desea un cambio de gobierno, pues desea estar gobernada constitucionalmente y no "paternalmente" como usted dice que pretende gobernarla. La Nación no quiere ya que usted la gobierne paternalmente, ni mucho menos que la gobierne el señor Corral. Usted me dijo que "era cierto que está muy desprestigiado el señor Corral, pero que ese desprestigio era injustificado". Pues bien, ese desprestigio no es injustificado, como lo demuestra la política de que se está valiendo para imponer su candidatura, cometiendo toda clase de atentados contra las garantías individuales […] Si usted y el señor Corral se empeñan en reelegirse a pesar de la voluntad nacional y, continuando los atropellos cometidos, recurren a los medios en práctica hasta ahora para

hacer triunfar las candidaturas oficiales y pretenden emplear una vez más el fraude para hacerlas triunfar en los próximos comicios, entonces, señor general Díaz, si desgraciadamente por ese motivo se trastorna la paz, será usted el único responsable ante la Nación, ante el mundo civilizado y ante la historia. Publique usted un manifiesto en el que haga a sus partidarios la misma indicación que yo les hago y ponga de su parte todo lo posible para que las autoridades cumplan con su deber, respetando la ley, y habrá hecho a su patria el mayor bien, consolidando para siempre la paz. En cuanto a mí, desde este encierro en donde me tiene usted recluido, no puedo hacer más que publicar mi manifiesto aludido y tranquilo espero sus consecuencias. Sé muy bien que con jueces obedientes a la consigna y superiores poco escrupulosos en darlas cuando se trata de beneficiar a su partido, mi suerte está en sus manos y se me podrá procesar y condenar por los mayores delitos: ¡Qué así sea!, pero tengo la conciencia de servir a mi Patria con lealtad y honradez, y los mayores peligros personales no me han de arredrar para servirla. Soy su atento servidor. Francisco I. Madero.

Y mientras Madero continuaba en la prisión, era cada vez más claro que el descontento contra Díaz iba creciendo. Así, el 4 de junio se levantaron en armas los campesinos de Valladolid, Yucatán; el 9 de junio, en Torreón, la policía encarceló a varios antirreeleccionistas; y el 12, en Sinaloa, apresaron al antirreeleccionista Gabriel Leyva. Sin embargo, no creo que se hablara en México de que se estaba en vísperas de una revolución.

3 de septiembre de 1910: revolución inminente

El 3 de septiembre de 1910 la capital del país vivía una etapa de intensa actividad diplomática: las delegaciones extranjeras llegaron para participar en los festejos del centenario de la independencia. La víspera, el día 2, llegaron los embajadores de Estados Unidos, Japón, Italia, Alemania, Chile y Brasil, pero el más apreciado fue el de Nicaragua: nada menos que el poeta Rubén Darío. El día 1º se inauguró el manicomio de La Castañeda, obra magna con la que el régimen porfirista emprendía una serie de estrenos fastuosos para celebrar el centenario. Madero seguía en San Luis Potosí porque tenía esa ciudad como cárcel: andaba por las calles y mantenía una nutrida correspondencia con sus amigos y partidarios.

Sin duda, lo más memorable del 3 de septiembre de 1910 fue la reaparición del periódico *Regeneración* de Flores Magón, quien el 1 de agosto había sido liberado de la cárcel del condado de Los Ángeles, junto con Librado Rivera y Antonio I. Villarreal, después de tres años; sin embargo, se les condenó a 18

meses de prisión en Yuma y en Florence, Arizona. Al respecto tiene especial sabor el artículo de Flores Magón, a un siglo de distancia:

> A los proletarios: Obreros, escuchad: muy pronto quedará rota la infame paz que por más de 30 años hemos sufrido los mexicanos. La calma del momento contiene en potencia la insurrección del mañana. La revolución es la consecuencia lógica de los mil hechos que han constituido el despotismo que ahora vemos en agonía. Ella tiene que venir indefectiblemente, fatalmente, con la puntualidad con que aparece de nuevo el sol para desvanecer la angustia de la noche […] La revolución tiene que efectuarse irremisiblemente, y, lo que es mejor todavía, tiene que triunfar […] Sabedlo de una vez: derramar sangre para llevar al poder a otro bandido que oprima al pueblo es un crimen, y eso será lo que suceda si tomáis las armas sin más objeto que derribar a Díaz para poner en su lugar un nuevo gobernante […] La revolución es inminente: ni el gobierno, ni los oposicionistas podrán detenerla […] pretender oponerse a que la revolución estalle es una locura que solo puede cometer el pequeño grupo de interesados en que no suceda tal cosa […] Tened en cuenta, obreros, que sois los únicos productores de la riqueza […] Tejéis las telas, y andáis casi desnudos; cosecháis el grano, y apenas tenéis un miserable mendrugo que llevar a la familia; edificáis casas y palacios, y habitáis covachas y desvanes; los metales que arrancáis de la tierra sólo sirven para hacer más poderosos a vuestros amos, y, por lo mismo, más pesada y más dura vuestra cadena. Mientras más producís, más pobres sois y menos libres, por la sencilla razón de que hacéis a vuestros señores más ricos y más libres, porque la libertad política sólo aprovecha a los ricos […] La libertad política requiere la concurrencia de otra libertad para ser efectiva: esa libertad es la económica; los ricos gozan de libertad económica y es por ello por lo que son los únicos que se benefician con la libertad política […] La libertad política debe ir acompañada de la libertad económica para ser efectiva. Por eso se exponen en el programa los medios que hay que emplear para que el proletariado mexicano pueda conquistar su independencia económica […] Así pues, obreros, es necesario que os deis cuenta de que tenéis más derechos que los que os otorga la Constitución política de 1857, y, sobre todo, convenceos que por el solo hecho de vivir y de formar parte de la humanidad, tenéis el inalienable derecho a la felicidad. La felicidad no es patrimonio exclusivo de nuestros amos y señores, sino vuestro también y con mejor derecho de vuestra parte, porque sois los que producís todo lo que hace amena y confortable la vida […] Proletarios: tened presente que vais a ser el nervio de la revolución; id a ella no como el ganado que se lleva al matadero, sino como hombres conscientes de todos sus derechos. Id a la lucha; tocad resueltamente a las puertas de la epopeya; la gloria os espera

impaciente de que no hayáis hecho pedazos todavía vuestras cadenas en el cráneo de vuestros verdugos.[7]

Se puede comparar este artículo con el muy tibio Plan de San Luis, promulgado mes y medio después, el cual sin embargo fue el que desencadenó la lucha armada.

22 de octubre: el Plan de San Luis

El 22 de octubre de 1910 Francisco I. Madero reunió a sus íntimos en San Antonio, Texas, para dar los últimos toques a su plan revolucionario. No hay certeza sobre el día en que se firmó y quedó listo para la imprenta; algunos señalan como fecha el día 25. Por el muy citado libro de Roque Estrada *La revolución y Francisco I. Madero*, se sabe que desde que llegó a San Antonio, el apóstol se dedicó a redactar el plan con la asesoría del propio Roque Estrada, Juan Sánchez Azcona, Francisco González Garza, Enrique Bordes Mangel y Ernesto Fernández. En la casa de éste se reunían para la redacción del documento, que se tituló Plan de San Luis, en recuerdo de la ciudad que se le dio como cárcel a Madero durante varias semanas; se le puso la fecha del 5 de octubre por ser el último día en que estuvo en la capital potosina. El plan insiste en la idea de derrocar a Porfirio Díaz y terminar con la reelección. Para cualquier lector inteligente queda claro que de revolucionario nada tiene, pues no hay ninguna propuesta de cambio y no digamos de revolución en los aspectos agrario, obrero o económico, el único cambio político consiste en lo dicho: derrocar a Díaz y terminar con la reelección. Se ha llegado a afirmar, sin que a mí me conste, que Emiliano Zapata y su gente habían insistido en que tocara aspectos agrarios, y ciertamente en el artículo 3° del plan hay una tímida alusión al campo. Recuérdese que, desde la época de don Benito y de Lerdo de Tejeda, se propició la ocupación de terrenos abandonados en aquel México de enormes extensiones sin propietario: el gobierno adjudicaba la propiedad a quien denunciara la existencia de un terreno baldío, y durante el régimen porfiriano abundaron los casos en que los hacendados y otros influyentes denunciaban tierras que en realidad pertenecían a pueblos de indios. El artículo 3° del Plan de San Luis establece lo siguiente: "siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus antiguos

[7] Ricardo Flores Magón. *Regeneración*. México, 3 de septiembre de 1910.

propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos". Contra lo que muchos afirman de que Madero proponía restituir terrenos a los indios, al leer atentamente el plan queda claro que Panchito sólo declaró que se iban a revisar los procesos de adjudicación "de baldíos" a terceros. No hay aquí ninguna propuesta de reforma agraria. Reitero lo dicho: se trataba de derrocar a Porfirio Díaz, sin ningún plan de nación ni de revolución para un verdadero cambio del México injusto de aquellos días.

Al comparar el Plan de San Luis con otros documentos que en el siglo XX propiciaron una revolución, resulta que nuestro apóstol de la democracia era tremendamente tímido y sin ningún fundamento que lo acreditara como revolucionario; pero en honor a la verdad nadie le puede quitar el mérito de haber puesto en marcha un movimiento que obligó a dejar el poder a un viejo zorro de los campos de batalla, y sobre todo de la política, como era Porfirio Díaz. Cada vez me convenzo más de que Francisco I. Madero no se imaginó que encabezaría una revolución triunfante. No fue sino hasta principios de julio de 1910, ante el muy evidente fraude electoral de Díaz, cuando el buen hombre, generoso hacendado, altruista y muy educado comenzó a pensar en un movimiento que derrocara al señor general Porfirio Díaz. La lectura de los dos tomos de su correspondencia para nada insinúa o presagia la lucha armada contra el presidente de la república del momento. No obstante, el libro *La sucesión presidencial en 1910* deja muy claro el hecho de que Díaz era un usurpador.

El Apóstol de la Democracia quería hacer una revolución respetuosa, educada, civilizada, amable y cortés; proponía algo tan absurdo como eso de ser revolucionario institucional. Por eso, al terminar su lucha armada, con la toma de Ciudad Juárez, en mayo de 1911, despidió educadamente a sus tropas victoriosas y se quedó con el ejército vencido. Como buen admirador de lo francés, Madero quería hacer una revolución versallesca, según las reglas de etiqueta del Rey Sol.

20 DE NOVIEMBRE: NADA QUE FESTEJAR

El 20 de noviembre es una fecha importante en el calendario oficial de México; sin embargo, en esa fecha, pero de 1910, no ocurrió algo digno de festejarse. Días antes, en San Antonio, Texas, Panchito Madero, tal vez recordando al generalísimo de América, el señor cura Miguel Hidalgo, se adjudicó el título de presidente provisional. Si alguien ve alguna semejanza con el "presidente legítimo" actual, es mera coincidencia. Siguiendo la narración de los hechos

descritos por Roque Estrada en *La revolución y Francisco I. Madero*, Panchito estaba seguro de que el 20 de noviembre, al sur del Río Bravo, habría miles de combatientes bien armados y decididos que lo llevarían en una marcha triunfal hasta la capital del país. Comenzó a pensar en nombrar a los miembros de su gabinete. El Apóstol de la Democracia decidió que su primer acto como presidente provisional sería tomar Ciudad Porfirio Díaz, que en la actualidad es Piedras Negras. Para esto, ya había comprado un buen número de armas y cartuchos en San Antonio. Al sur de la frontera, según los planes del presidente, se encontraría con don Catarino Benavides, a quien Madero trataba de "mi tío", y en la madrugada del 20 de noviembre estaría al frente de 400 hombres perfectamente armados. Panchito estaba seguro de que el día 20 por la tarde podría despachar en como presidente provisional en Ciudad Porfirio Díaz. Una circunstancia muy elocuente del momento es que con las tropas revolucionarias irían la señora Sara Pérez de Madero y la señorita Ángela Madero, como enfermeras. Esto habla de que Panchito estaba seguro de que la campaña sería un paseo triunfal hasta Chapultepec. En la madrugada del día 20, Madero atravesó la frontera y se llevó la primera sorpresa: en lugar del batallón comandado por el tío Catarino sólo encontraron algunas vacas que buscaban agua en el río. El generalísimo Madero encendió una fogata para que el tío Catarino lo encontrara, y efectivamente, pronto llegó el tío pero no con 400 hombres, sino con sólo 10, quienes en total llevaban cuatro carabinas y algunas pistolas con muy escasa dotación de municiones. En vista de lo ocurrido, Panchito se despidió del tío Catarino y regresó a Eagle Pass. Madero comunicó a Roque Estrada que la revolución había fracasado, y que por lo tanto lanzaría un manifiesto reconociendo al general Díaz, puesto que el pueblo así lo había hecho, y suplicaría al gobierno que perdonara a sus partidarios. El fracasado militar dijo que saldría para La Habana a fin de esperar ahí que en México se verificara un movimiento serio. Por su parte, Gustavo Madero, el principal financiero de la familia, se hallaba en Nueva York en busca de dinero para fomentar el movimiento. Roque Estrada reprodujo la conversación que tuvo con el apóstol derrotado:

> la revolución ha fracasado, el pueblo acepta resignada o servilmente el gobierno del General Díaz y no hay esperanza de que responda a nuestros deseos. Mi situación es difícil, porque por mi causa muchos sufren en las cárceles. Yo no puedo menos que doblegarme ante los hechos; pero antes lanzaré un manifiesto reconociendo el gobierno del General Díaz, ya que el pueblo lo reconoce, y le suplicaré que perdone a todos mis partidarios. Así podrá regresar usted pronto

> a la Patria […] ¿Ha pensado usted bien eso? -le dije-, la revolución no ha fracasado: la chispa está en Chihuahua y juzgo más que temeraria la resolución de usted […] nuestro deber está en México […] no, –me replicó–, no hay remedio.[8]

La mayor parte de la familia Madero tenía el propósito de establecerse en Europa, pero Francisco Ignacio se proponía vivir en La Habana. Roque Estrada aseguró que procuró disuadir a Madero de la poca digna resolución que había tomado, recordándole la obligación que había contraído con México y haciendo presente que había recibido de Chihuahua noticias favorables acerca de la revolución; pero el decepcionado apóstol viajó a Nueva Orleans, con la intención de embarcarse ahí para Cuba. En la ciudad de México no se publicaron noticias sobre lo ocurrido en Piedras Negras, en buena parte porque, como se dijo, nada había sucedido, a excepción de la "noticia" de que en la madrugada, como durante todo el día, las vacas habían ido a tomar agua al río.

17 de diciembre: la familia Madero

Después del 20 de noviembre, la familia Madero vivía en desconcierto: Panchito, en Nueva Orleans, estaba convencido de que sus intentos democráticos habían fracasado; su fiel esposa, doña Sarita, sufría lo indecible; y Gustavo Madero, en Nueva York, se sentía desesperado porque los créditos de la familia se habían derrumbado. Empero, los más preocupados eran Francisco Madero padre y el abuelo Evaristo, amigo nada menos que del influyente José Yves Limantour, el genio de las finanzas porfiristas. En sus *Apuntes sobre mi vida pública*, el legendario financiero reprodujo alguna de su correspondencia con don Evaristo Madero, quien escribió lo siguiente:

> […] si a todo esto agrega usted, mi buen amigo, todos los dolores de cabeza que nos han causado las malhadadas cuestiones políticas, y en las que por fuerza quieren las altas personalidades del Gobierno hacernos pasar por revolucionarios, o cuando menos sostenedores de la revolución, sólo porque el visionario de mi nieto Francisco se ha metido a querernos redimir de nuestros pecados, como dice el catecismo del Padre Ripalda, y todo ello dizque por revelaciones de los espíritus de Juárez o de no sé quién, comprenderá usted que nuestra situación sea tan angustiosa y que ella afecta la salud de una persona que, como yo, ha estado tan lleno de reliquias. Desgraciadamente esta situación no parece que lleve trazas de componerse […] lo que sí puedo asegurarle bajo mi palabra

[8] Estrada, *op. cit.*

de honor es que nosotros no hemos dado un solo centavo, como dije antes, y que lejos de simpatizar con tal movimiento, lo reprobamos enérgicamente, baste que seamos personas de negocios y que no podamos resentir más que muy serios perjuicios.

En su respuesta a don Evaristo, Limantour aludió a "las locuras de su nieto, que, como dice usted muy bien, al meterse a redentor ha sacrificado a todo el mundo".

No está por demás recordar que en esos momentos, en diciembre de 1910, el presidente Porfirio Díaz, de 80 años, llevaba 33 años como presidente de la república. El Secretario de Relaciones, Ignacio Mariscal, de 83 años de edad, llevaba en su puesto 26 años; el Secretario de Justicia, Justino Fernández, tenía 83 años; el general Manuel González Cosío tenía 79 años; y el Secretario de Fomento, Olegario Molina, tenía 75 años. También entre los gobernadores abundaban los ancianos: el de Tlaxcala, Próspero Cahuantzi, andaba en los 80 años de edad y llevaba 26 años de gobernador; el general Abraham Bandala, de Tabasco, tenía 78 de edad y 22 de gobernador; Aristeo Mercado, de Michoacán, tenía 77 de edad y 24 de gobernador; finalmente, Mucio Martínez, de Puebla, tenía 75 de edad y 18 en la gubernatura. Según Francisco Bulnes en su libro *El verdadero Díaz y la revolución*, Porfirio Díaz, Enrique Creel, Justino Fernández, Olegario Molina, Ramón Corral y Limantour eran multimillonarios, y entre los gobernadores de los estados abundaban los millonarios.

No deja de ser curioso que el iniciador de la revolución, Francisco Ignacio Madero, perteneciera a una familia de ricos hacendados y que todos los jefes de la revolución, incluido el movimiento armado que comenzó Carranza, fueran de posición económica desahogada o por lo menos de clase media alta. Hay que recordar que Emiliano Zapata, a quien apoyaron los campesinos pobres y miserables de Morelos, era un ranchero acomodado y había sido caballerango de Ignacio de la Torre, yerno de Porfirio Díaz. Pancho Villa, aunque de extracción humilde, cuando se lanzó a la revolución ya era un hombre de clase media acomodada, puesto que poseía varias carnicerías; además, algo de lo más irónico de la historia, murió como un hacendado próspero y protegido por el gobierno de Adolfo de la Huerta, sin olvidar que según Friedrich Katz los mayores opositores del reparto agrario fueron los villistas, quienes preferían recibir un salario fijo que desgastarse cultivando la tierra. Estas observaciones dan pie a una serie de preguntas sobre la revo-

lución mexicana, que la historia oficial durante muchos años definía como eminentemente popular y agraria.

Volviendo al asunto de la edad de los gobernantes porfiristas, recuérdese que la Cámara de Senadores era prácticamente un asilo de ancianos y que, al cabecear durante las sesiones, el Secretario del Congreso consideraba cada cabeceada como un voto a favor del régimen.

IV. 1911

13 de febrero: Madero entra a México

Che Guevara no es una figura única en el mundo, siempre ha habido personajes comprometidos luchando en territorios alejados de la patria. La Fayette en la lucha independentista estadounidense, Javier Mina en la independencia mexicana y las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil Española son algunos ejemplos de lo que digo. Algo de esto experimentó Panchito Madero el 13 de febrero de 1911 cuando cruzó la frontera al occidente de El Paso, Texas, para encabezar el movimiento armado que, sin él, había comenzado desde el 20 de noviembre. Madero encontró a un grupo de estadounidenses que lo apoyaban y se alió a Giuseppe Garibaldi, nieto del caudillo de la unificación italiana, quien estaba deseoso de apoyar la insurgencia mexicana.

Retrocediendo un poco en la narración, recordemos que Madero, en la madrugada del 20 de noviembre, no encontró las tropas mexicanas con las que soñó para emprender la lucha contra Díaz, por lo que se fue muy decepcionado a Nueva Orleans, donde alguien le aconsejó que no se desesperara y después volvió a San Antonio, donde permaneció varias semanas. Por fin, el 3 de febrero, a instancias de Abraham González, llegó a El Paso, resuelto a ponerse al frente de sus partidarios armados; ahí ordenó que se realizara una junta revolucionaria y el día 8 leyó el plan de guerra, que por cierto no gustó a los concurrentes; sin embargo Madero, calificado de presidente provisional, comenzó a dar órdenes y esa misma noche envió a México a varios miembros de su grupo. El día 11 Abraham González pasó la frontera. Madero anunció que él mismo cruzaría el Río Bravo en la madrugada del 13 de febrero, y a las 3 de la mañana de ese día, él fue uno de los primeros "mojados" en atravesar

el río, pero en sentido inverso. Esta vez sí había un grupo esperándolo; la escena, según recordaban algunos testigos, pudo ser motivo para un bello cuadro o una secuencia cinematográfica, con el sol naciente iluminando a los insurgentes enchamarrados, con bufandas y sombreros para protegerse del frío invernal.

Después de abrazos y gritos de alegría, Madero, quien ya se sentía general, empezó a dar órdenes y designó a Garibaldi como jefe de una columna de 25 hombres, nombramiento que disgustó a la mayoría: ¿por qué privilegiaba a un extranjero? Nombró a Emilio Vázquez como comisionado de gobernación, y confirmó como su representante en Washington a Francisco Vázquez Gómez. Luego montó a caballo y, seguido de Abraham González y su Estado Mayor, emprendió la marcha acompañado de 132 hombres, incluyendo a siete estadounidenses. De este conjunto sólo 50 personas iban armadas y con municiones. Al día siguiente, llegó al Rancho Guadalupe, Chihuahua, donde los magonistas anarquistas habían hecho destrozos; ahí se le unió el jefe liberal Prisciliano Silva con más de cien insurrectos, pero hizo saber a Madero que no estaba dispuesto a obedecerle porque "el jefe de la revolución es Ricardo Flores Magón. Yo sólo obedezco a la Junta del Partido Liberal". Madero ordenó que arrestaran a Silva, y en medio de insultos los maderistas lo sometieron y permitieron que vadeara el Río Bravo para que regresara a Estados Unidos. Según Flores Magón, "Madero es un millonario que ha visto aumentar su fabulosa fortuna con el sudor y con las lágrimas de los peones de sus haciendas. Su partido lucha por hacer efectivo el derecho de votar y fundar una república burguesa como la de los Estados Unidos".

Regresando al asunto de Garibaldi, al percatarse Madero de la impopularidad del italiano les espetó a los aprendices de guerrilleros una clase de historia:

> el hecho de ser extranjero no es motivo para privarnos de los servicios del señor Garibaldi, puesto que ninguna ley nacional ni internacional se opone a ello y el hecho está sancionado por la historia: La Fayette luchó para conquistar la independencia de los Estados Unidos; el general venezolano Miranda militó en el ejército francés en tiempo de la revolución del 93; el gran poeta Byron fue de los millares de extranjeros que fueron a ayudar a los griegos en su esfuerzo por sacudir el yugo otomano; en México, uno de los héroes cuya memoria honramos es Mina, súbdito español que luchó en las filas de los insurgentes mexicanos.[9]

[9] José C. Valadés. *Historia general de la revolución mexicana*. T. I. México, pp. 250-256.

25 de febrero de 1911

El 25 de febrero de 1911, hace exactamente un siglo, mi general Porfirio Díaz Mori, ochentón ya, todavía andaba bajo los efectos de los fastuosos festejos del centenario de la independencia, en 1910, mientras en el norte de Chihuahua Panchito Madero aprendía el complicado y peligroso arte de la guerrilla en aquel frío invierno. Las fotografías de Casasola de finales de febrero muestran a los guerrilleros enfundados en abrigos, sarapes y cobijas, usando sombreros de diversas formas para protegerse del viento y del frío. Durante ese mes, los guerrilleros al mando de Pascual Orozco demostraron que el movimiento armado comenzaba a tomar forma. Ya a principios de enero Orozco había intentado ocupar Ciudad Juárez, pero fue derrotado con grandes pérdidas humanas; lo mismo ocurrió el 5 de febrero en un enfrentamiento contra las tropas federales más experimentadas, las cuales dispersaron a los audaces orozquistas obligando a no pocos a cruzar el Río Bravo, mientras huían despavoridos. Ese mismo día por la tarde, el general Rábago ratificó su posición de triunfador indiscutible y, desde este lado, presionó a las autoridades estadounidenses contra Madero, por lo que Panchito decidió cruzar la frontera hacia México el día 13. El 22 de febrero llegó a Villa Ahumada y el 28 a San Lorenzo, al mismo tiempo que Pascual Orozco sufría su tercera derrota al intentar de nuevo tomar Ciudad Juárez.

Mientras todo esto ocurría en el norte de Chihuahua, Porfirio Díaz continuaba su vida esplendorosa con celebraciones y exposiciones, y el 26 de febrero asistió a un espectáculo nunca visto en la ciudad de México: una exhibición aérea. Las fotografías de Casasola también muestran al octogenario presidente, con un traje negro y un elegante bombín, llegando a los Llanos de Balbuena y acompañado de señoras, quienes lucen las últimas galas parisienses, y de niños, como los que yo en la infancia admiraba en algunos de mis primeros libros de lectura. La ropa de los niños bien pudo inspirar la vestimenta de Quico, el hijo de doña Florinda de la serie de televisión *El chavo del 8*, con su traje de marinerito y su sombrerito. Las niñas ciertamente nada tienen que ver con la Chilindrina ¡qué va!, si parecen que están paseando por las más elegantes avenidas de París. Sabemos por Alfonso Taracena que Porfirio Díaz, en esa fecha, padecía ya avanzada sordera y arterioesclerosis. No es de extrañar que comenzara a molestarle la dentadura, pues cuando mi general se embarcó en el Ypiranga, el 31 de mayo, padecía muy dolorosas postemillas que Carmelita trataba inútilmente de aliviar, según los consejos de los médicos más sabios del momento. Probablemente el anciano dictador sufría ya los achaques

que padeció cuando se embarcó en Veracruz. Sus últimas noches en territorio mexicano fueron un verdadero calvario, a pesar de los cuidados de Carmelita.

Regresando al espectáculo del 26 de febrero de 1911 en la ciudad de México, los aviadores Garros, Simon, Barrier y Audemar tomaron parte en los vuelos diversos que los capitalinos nunca habían visto. Según la prensa,

> el primero en demostrar sus habilidades fue el más joven de los pilotos extranjeros, René Simon, tripulando un aparato del tipo Blériot en el que se elevó describiendo una parábola sobre el campo; luego enfiló hacia el norte, regresando poco después, planeando frente a las tribunas donde el público lo aclamaba. El vuelo de Simon duró 14 minutos. Mr. Young, gerente del espectáculo, condujo al joven piloto a presencia del señor presidente Díaz, que se encontraba en las tribunas acompañado de los señores secretario de la guerra, gobernador del Distrito y de varios altos jefes del ejército, para recibir las felicitaciones del Jefe del Ejecutivo, que cuando le estrecho la mano le dijo que era un hábil piloto.

Nadie habría podido prever que, pocos años después, el avión sería el arma más novedosa en la rebelión delahuertista y en la Cristiada. No hay que olvidar que cuando Álvaro Obregón atacó a las tropas huertistas en Guaymas, en 1913, fue probablemente la primera vez en la historia mundial que el avión se utilizó en una guerra.

Al extremar la comparación, hay que decir que en México ocurrió algo semejante a lo que pasó en París en 1789, cuando la muchedumbre tomó La Bastilla, mientras el rey Luis XVI andaba de cacería con sus amigos.

1 de abril de 1911

En vísperas del 1 de abril de 1911, un profesor de la recién inaugurada Universidad Nacional de México analizaba con sus alumnos un párrafo del libro octavo de la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides, donde se comentaba cómo los atenienses discutían sobre las ventajas y desventajas de la democracia, la oligarquía, la plutocracia y la aristocracia. El anciano maestro, enterado de la situación del país en esos días con la revuelta maderista cada vez más fuerte en el norte y los zapatistas que hacía una semana se habían apoderado de Chinameca, comentó que si Tucídides hubiera vivido en México en abril de 1911, habría batallado mucho para definir el sistema político mexicano de ese momento: supuestamente era, según la Constitución, una república federal y representativa con división de poderes, cuando

en la práctica, según decía el viejo maestro, nunca había sido federal, sino tremendamente centralista y los poderes para nada eran representativos de la población; en cambio, se podía hablar de una oligarquía y de una plutocracia.

El viejo profesor afirmaba que en México mandaban unos pocos, es decir, los más ricos. Se resistía a afirmar que se trataba de una aristocracia, porque ciertamente no gobernaban los mejores, y de ningún modo se podía hablar de democracia en un régimen tremendamente autoritario, muy cercano a la monarquía y a la tiranía. El viejo maestro dejó como tarea a los alumnos enterarse del informe presidencial que el 1 de abril pronunciaría don Porfirio Díaz Mori en la solemne apertura del segundo periodo de sesiones del XXXV Congreso General. El informe anual del presidente serviría también para inaugurar el flamante edificio de la Cámara de Diputados en la calle Donceles. Más de un alumno se acercó a la fachada del nuevo edificio para presenciar la llegada del presidente y, de ser posible, escuchar el informe. El ochentón presidente, disimulando hasta donde podía su dolor de muelas, llegó a la plataforma del edificio entre los aplausos de los "acarreados", precursores del futuro apogeo presidencial de Miguel Alemán, Ruiz Cortines y López Mateos. Porfirio Díaz en su informe se refirió a "la revuelta en mala hora promovida por algunos mexicanos lamentablemente equivocados o perversamente engañados" y a las medidas que debían tomarse, entre ellas el cambio de ministerios para que se llevara al terreno de la práctica la renovación del personal político y dar así entrada a nuevas energías en la dirección de los negocios públicos. Aludió al "principio de la no reelección de los funcionarios del Poder Ejecutivo que derivan del sufragio popular", sobre lo cual "el Ejecutivo aprovecha la oportunidad para manifestar su absoluto acuerdo", a tal grado que, si se formula una iniciativa

> en el sentido de la periódica renovación de los funcionarios aludidos, dicha iniciativa contará con su decidido apoyo. Íntimamente ligada con la aceptación del principio de no reelección –añadió– se halla la reforma de las leyes electorales, pues si se cree que a los defectos de esta legislación puede atribuirse en parte la larga permanencia en el poder de algunos funcionarios, es indispensable revisar cuanto antes las leyes de la materia para asegurar la participación electiva de los ciudadanos que sean considerados capaces de emitir su voto con plena conciencia.

El anciano dictador, héroe de mil batallas durante la Guerra de Reforma y contra el imperio, tal vez recordó que él mismo en el Plan de la Noria, en 1871, se había indignado ante la manía reeleccionista del Benemérito y había

terminado su plan con la frase "que ningún ciudadano se reelija ni se perpetue en el ejercicio del poder y está será la última revolución". Por supuesto que la palabra revolución, escrita en 1871, tenía sus semejanzas y sus diferencias con el significado que se le dio el 1 de abril de 1911 en el pensamiento del mismo firmante del Plan de la Noria. Sería interesante que, a pesar de los indudables cambios en el sistema político mexicano de 2011 comparado con el de 1911, el lector se planteara la pregunta del viejo profesor que comentaba a Tucídides: ¿el sistema político mexicano es democrático, oligárquico, plutocrático, republicano, federal o representativo? Como en los exámenes en mis tiempos de secundaria, tache usted con una cruz la respuesta correcta.

5 de mayo de 1911: Madero y Díaz

El 5 de mayo de 1911, los maderistas frente a Ciudad Juárez firmaron un armisticio con los federales. La gravedad del momento no impidió que los contendientes festejaran con la solemnidad posible la fecha del triunfo contra Francia, "el ejército más avanzado del mundo", durante la guerra de intervención, por lo que se organizó una comitiva para acudir a la ceremonia conmemorativa. Al frente de ésta avanzaba don Francisco I. Madero; aunque aún estaba convaleciente de las heridas que había recibido en Casas Grandes, no podía ocultar su aire de triunfo. Hay fotografías en las que se ve en traje de civil y con la cabeza descubierta. A su izquierda marchaba el licenciado Federico González Garza y por detrás le seguían una multitud de gente y oficiales, entre los que destacaban don Abraham González y Raúl Madero. Una banda pueblerina ejecutó el himno nacional después de la marcha de honor. Los maderistas, la mayoría norteños de Chihuahua, con sus rifles 30-30 presentaron armas en la valla que hicieron a Madero quien llegó cerca de una casa gris donde tomó asiento y comenzó el programa que recordaba los combates de los fuertes de Loreto y Guadalupe. Banderitas tricolores ondeaban por todas partes. Francisco Villa, con dos cananas cruzadas sobre el pecho, estaba atento al desarrollo del programa, y Pascual Orozco, vestido de civil con un traje negro, presenciaba también la ceremonia. Luego el presidente provisional y Juan Sánchez Azcona tomaron la palabra.

El archivo Casasola contiene una serie de fotografías de lo ocurrido frente a Ciudad Juárez, sin que falte la femenina y serena presencia de doña Sara Pérez de Madero, fiel esposa y compañera digna de su marido. Después de la ceremonia, prosiguieron las pláticas entre los delegados maderistas y los enviados del ochentón presidente Porfirio Díaz, quien sufría un dolor de muelas

y ya estaba convencido de que su gobierno iba a caer. Por parte del jefe de la revolución negociaron el doctor Francisco Vázquez Gómez y el licenciado José María Pino Suárez, gobernador provisional de Yucatán, quienes después entregaron al licenciado Francisco Carvajal en El Paso las instrucciones de Madero. El documento es bastante largo y en su parte medular daba por cierto que Porfirio Díaz renunciaba

> dando un ejemplo que prestigia a nuestra Patria ante el extranjero, tanto el general don Porfirio Díaz, como don Francisco I. Madero y don Ramón Corral renunciarán al gobierno de la República. Quedará como Presidente Interino, mientras se convoca a elecciones generales, el C. Licenciado Francisco León de la Barra, Ministro de Relaciones, quien según lo prescribe la Constitución debe ocupar ese puesto vacante la primera magistratura […] parece conveniente no insistir en que el retiro del poder del general Díaz sea inmediato.

En aquellos lejanos tiempos sin teléfonos celulares y con sólo el telégrafo para comunicarse a larga distancia, pasarían dos días para que el presidente respondiera con la negativa de dejar el poder. Madero se mostraba renuente al ataque por temor a que las balas pasaran más allá de la frontera; sin embargo, el día 8 de mayo, por un incidente menor, los defensores de Ciudad Juárez y los rebeldes comenzaron a tirotearse, por lo cual los revolucionarios decidieron realizar un asalto general contra la población fronteriza, que el día 10 cayó en poder de la revolución al rendirse el general Juan J. Navarro con su Estado Mayor y 400 soldados. Ese mismo día, que todavía no aparecía señalado en el calendario nacional mexicano como la fiesta del día de la madre, el periódico católico *El País* publicó una "Carta del cabecilla Zapata" dirigida al teniente coronel Fausto Beltrán, defensor de Jojutla, en la que lo exhortaba a conferenciar con él ante la noticia de haberse celebrado un armisticio en el norte. Zapata señala lo siguiente:

> es necesario que desechen esa farsa ridícula [de que yo propongo la paz] […] pues deben saber ustedes que las negociaciones de paz se alegan con los ciudadanos Presidente y Vicepresidente de la República, señores Francisco I. Madero y doctor Francisco Vázquez Gómez, que son la cabeza y los únicos encargados de arreglar la paz, y no conmigo que soy un simple elemento en mi categoría de general […] Ruego a usted y a todos sus secuaces se dirijan a la cabeza y no a los pies, para los arreglos de paz.

La escena de la película *El padrino II*, con Robert de Niro y Al Pacino, en que vemos la entrada triunfal de las tropas de Fidel Castro al vencer su revolución, describe de forma muy realista lo que ésta debió ser. Sin duda, la revolución francesa contra la monarquía absoluta tuvo su culminación aquella mañana del 21 de enero de 1793, cuando se abrieron las puertas de la prisión en del Temple para dar paso a Luis Capeto (Luis XVI), quien con las manos atadas por detrás subió penosamente a una carreta cubierta la cual recorrió las calles que conducían a la plaza ubicada frente a las Tullerías, actual Plaza de la Concordia, mientras los tambores redoblaban y la multitud callaba, so pena de muerte contra quien hablara a favor del depuesto rey, el último monarca de Francia y heredero de Carlomagno y del Rey Sol. Subió al cadalso para que Samson, verdugo oficial de la revolución, colocara su cuello en el lugar apropiado para que la guillotina hiciera su oficio.

Se podrían citar otras escenas semejantes que marcaron el fin de una revolución o algún importante movimiento político; pero en el caso de la insurrección que derrocó a Porfirio Díaz, "el hombre más grande del continente" según había dicho tres años antes el periodista James Creelman, fue algo muy diferente, casi insignificante e indigno del personaje derrotado: me refiero a la toma de Ciudad Juárez el 10 de mayo de 1911 por los guerrilleros que comandaba un chaparrito totalmente ignorante de los asuntos militares, convertido en presidente provisional de México. Lo digo así porque ese lugar era poco más que una ranchería polvorienta y sucia. La Ciudad Juárez que presenta la película *Gringo viejo* de Gregory Peck no debió ser muy diferente al poblacho fronterizo en mayo de 1911. Lo más irónico de este suceso es que el "generalísimo" Panchito Madero se había opuesto al combate y se inclinaba por dirigirse hacia el sur y tomar la ciudad de Chihuahua, mucho más importante que la ranchería fronteriza, en parte por temor de que las balas mexicanas pasaran la frontera y ocasionaran desperfectos en el país vecino. Pancho Villa y Pascual Orozco desobedecieron las órdenes de Madero y, literalmente, por sus pistolas, el 7 de mayo comenzaron a tirotear hacia Ciudad Juárez, cuidando que su ataque fuera del norte hacia el sur, a espaldas del Río Bravo. Después Madero no tuvo más remedio que autorizar el ataque, de suerte que ganó la batalla contra las órdenes terminantes que él mismo había dado. Ciudad Juárez, en el ámbito nacional, no representaba ningún objetivo importante. Es probable que Porfirio Díaz sensatamente, a pesar de la poca relevancia del poblado fronterizo, tuviera muy presente el peligro de una invasión estadounidense al

territorio mexicano, puesto que había tropas estacionadas en la frontera. Para completar el cuadro surrealista del triunfo de Madero, mucho se ha escrito acerca de lo ocurrido horas después de que los federales se rindieron. Orozco y Villa amenazaron a Madero porque se negaba a fusilar al general Navarro, defensor de la plaza que semanas antes en forma cruel había ordenado que mataran a prisioneros maderistas a bayonetazos. El caballeroso Panchito, ante la rabia de Orozco y Villa, llevó personalmente al derrotado Navarro a la orilla del puente internacional para ponerlo a salvo. Friedrich Katz, biógrafo de Pancho Villa, y otros historiadores, discuten y discrepan sobre estos hechos, pero no hay duda de que Madero estuvo en peligro de morir a manos de sus propios generales y que mostró enorme entereza y valor para sobreponerse a los indignados guerrilleros, ganándose así la aclamación de sus tropas.

En contra de la historia oficial, hay que subrayar que el Plan de San Luis, con el que Madero inició la revolución, no tenía absolutamente nada de revolucionario, es decir, de cambios radicales en el sistema político mexicano más allá de la muy clara determinación de derrocar a Porfirio Díaz; además, si analizamos los Tratados de Ciudad Juárez con los que terminó el movimiento armado maderista, El Apóstol de la Democracia demostró que él tampoco era revolucionario. Sin embargo, tratando de ser justos, nadie le puede quitar a Francisco Ignacio Madero González la distinción de haber derrocado al "hombre más grande del continente".

21 de mayo de 1911: Panchito y Pancho

Sólo un novelista con exceso de imaginación podría narrar que Lenin, al triunfar sobre Nicolás II, conservara al ejército zarista para proteger la revolución socialista; o que Fidel Castro, al derrocar a Fulgencio Batista, escogiera al ejército derrotado para implantar el programa revolucionario, sin modificar la estructura política y militar de los vencidos. Sin embargo, en nuestro México surrealista, eso ocurrió el 21 de mayo de 1911, cuando Francisco Ignacio Madero firmó la rendición del ejército federal de Porfirio Díaz. Lamento haber perdido un casete que contenía la grabación de un anciano excombatiente, entrevistado por una de mis alumnas, quien con enorme sentimiento y resentimiento contaba la rabia que sintieron los maderistas al enterarse de que El Apóstol de la Democracia, después de apoderarse de Ciudad Juárez, les agradeció sus servicios y los envió a sus casas. El presidente provisional prefirió que el ejército porfirista se mantuviera intacto para conservar el orden y proteger a las instituciones oficiales.

Todos conocemos el texto de los Tratados de Ciudad Juárez que realizaron entre Madero y los representantes de Porfirio Díaz:

> Artículo 3: que por ministerio de la ley el señor licenciado don Francisco León de la Barra, actual secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno del señor General Porfirio Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Nación y convocará a elecciones generales dentro de los términos de la Constitución. Artículo 4: […] Las dos partes han acordado que […] desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del gobierno del General Díaz y las de la Revolución, debiendo éstas ser licenciadas a medida que en cada estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la tranquilidad y el orden público.

De suerte que la revolución triunfante dejó en la presidencia al segundo de a bordo del gobierno porfirista, y el mismo movimiento victorioso permitió que los soldados triunfantes regresaran a sus casas a contar a sus nietos sus éxitos militares, pero dejando intacto al ejército federal del dictador vencido: no se puede concebir ingenuidad y torpeza militar y política mayores.

Panchito Madero, hombre bueno y buen hombre, fue un hacendado compasivo y preocupado por los demás. Sus raíces familiares y su experiencia estudiantil en países extranjeros lo ilustraron en los caminos de la justicia y la democracia. De acuerdo con sus principios, quería una "revolución" tranquila, respetuosa y educada, sin molestar a nadie y sin conflictos con la autoridad y con los seres humanos del mundo real, muy alejados de su ideal del hombre bueno. El triunfo de su movimiento se alcanzó gracias a la toma de Ciudad Juárez, que se logró en contra de sus órdenes: Madero ganó porque Orozco y Pancho Villa lo desobedecieron, y, al vencer a los federales, estuvo a punto de que sus oficiales rebeldes lo asesinaran. No conozco ninguna revolución de otro país o éxito de algún movimiento militar importante que ocurrieran como el de Madero contra el gobierno de Porfirio Díaz. Nunca me ha gustado la historia que se autonombra tribunal y juez del pasado; no obstante, la actitud de quien inició la revolución mexicana no deja de sorprender a cualquiera que incursione en el análisis de la caída de Porfirio Díaz, hecho que tradicionalmente marcó otra etapa en la historia de México.

Las paradojas en nuestra historia nacional abundan: la conquista del imperio azteca realizada por los pueblos indígenas que apoyaron a un grupo de españoles; la independencia de la Nueva España de la vieja España conseguida fundamentalmente por los criollos, hijos de españoles; el despojo de

las tierras de los indígenas decretada por el indio don Benito; la revolución iniciada por un plan que nada tenía de revolucionario, consumada por una desobediencia a Madero quien premió a sus soldados enviándolos a sus casas y dejó intacto al ejército vencido.

Los pueblos indígenas se liberaron del imperialismo azteca para ser súbditos de quien diría "recuerden los súbditos de el gran Rey que gobierna el trono de España que nacieron para callar y obedecer". Logramos la independencia de España para ser dependientes de Estados Unidos, y derrocamos al régimen autoritario de Porfirio Díaz para padecer durante 70 años la "tiranía perfecta" emanada de la revolución.

Hace un siglo: 27 de mayo

Hace exactamente un siglo, el 27 de mayo, Porfirio Díaz estaba en el puerto de Veracruz con un pie en el estribo del barco que lo llevaría a Francia para nunca más volver; a no ser que en el futuro algún régimen se anime a repatriar sus restos con honores de presidente: en París, durante sus últimos meses de vida, El Héroe del 2 de Abril repitió sus deseos de que sus restos se depositaran en la Basílica de Nuestra Señora de la Soledad, patrona de Oaxaca. Hasta la fecha, la tumba de Porfirio Díaz está en el panteón de Montparnasse; para encontrarla hay que caminar por la derecha al entrar y poco después girar a la izquierda. Ésta es una pequeña capilla de cantera, en su interior hay un ánfora con tierra de México y un poco más abajo están los restos del hombre derrocado por Madero.

La salida de Díaz a Veracruz la narra estupendamente uno de sus descendientes, Carlos Tello Díaz, en *El exilio, un relato de familia*. No creo que el autor me reclame por copiarle este largo párrafo:

> Durante la noche del 25 de mayo, sin avisar a nadie, acudieron a Cadena 8 varios automóviles para llevar a Porfirio Díaz con los suyos a la estación de San Lázaro. Estaban allá todos los objetos personales del general, entre ellos los ocho baúles que guardaban sus archivos. Don Porfirio salió poco después con Carmelita en el Mercedes negro que los esperaba afuera de Cadena. Al pasar por la Plaza de Armas, que alumbraron mal sus faros de acetileno, vio por última vez la silueta del Palacio de Gobierno. En la estación lo esperaban a la entrada, junto al resto de su familia, el general Fernando González y el teniente coronel Armando I. Santacruz. Estaban también el inspector Celso Acosta y el ingeniero Gonzalo Garita. Díaz llevaba un traje de casimir claro debajo del abrigo de lana. No tuvo

tiempo aquella noche ni siquiera de mudar de ropa. A las 4:15 de la madrugada del viernes salió por fin el tren hacia Veracruz. Amada permaneció con Ignacio de la Torre por algunos minutos más en el andén de San Lázaro. El convoy de Don Porfirio comprendía una escolta que comandaban, en la vanguardia, el coronel Joaquín Chicharro y, en la retaguardia el general Victoriano Huerta. Dos años después ambos estarían involucrados del modo más atroz en el asesinato de Madero. El tren atravesó el valle de Anáhuac y llegó a los llanos de Apan al quebrar el alba. Inició su descenso hacia la costa bajo el sol de mediodía, entre los peñascos de las cumbres de Maltrata. Durante su trayecto fue asaltado cerca de Tepeyahualco, por lo que la locomotora tuvo que detener la marcha para que los bandoleros fueran dispersados por la guardia del convoy. Al llegar a Veracruz en el anochecer, don Porfirio fue recibido por John P. Bodey, encargado de la dirección de obras en el puerto, quien lo condujo con su mujer hasta la casa de madera que puso a su disposición por instrucciones de Cowdray. El general Díaz había solicitado ese favor de la comunidad inglesa el día anterior: temía que los propios mexicanos lo recibieran mal en Veracruz.[10]

En la víspera de la salida de Díaz, Francisco I. Madero envió un telegrama a don Gabriel Fernández Somellera, presidente del recién fundado Partido Católico Nacional (PCN), que publicó la prensa de El Paso, Texas: "Considero la organización del Partido Católico de México como el primer fruto de las libertades que hemos conquistado. Su programa revela ideas avanzadas y el deseo de colaborar para el progreso de la paz de la Patria de un modo serio y dentro de la constitución. Francisco I. Madero".

Mientras tanto, en Ciudad Juárez, el grupo triunfante sufría los primeros acomodos del nuevo régimen que, como mencionó alguien, "se había sacado la rifa del tigre"; otros decían que los niños no sabían qué hacer con el juguete nuevo, es decir, con el poder, después del interminable gobierno porfirista, el cual Cosío Villegas, con su habitual humorismo malicioso, calificó como *porfiriato*, término que se ha hecho oficial en la historia de México. La palabra, según el viejo e ingenioso historiador, rememora regímenes autoritarios como el califato y el emirato.

3 de junio de 1911

Hace un siglo, el 3 de junio, Porfirio Díaz navegaba por el océano Atlántico rumbo a Europa desde la Villa Rica de la Vera Cruz, fundada por Hernán

[10] Carlos Tello Díaz. *El exilio, un relato de familia*. México: Ediciones Cal y Arena, pp. 23-24.

Cortés el Viernes Santo de 1518, el día de la Verdadera Cruz. La Heroica Veracruz (con H mayúscula porque es título oficial) resistió la triple invasión de Francia, España e Inglaterra después de la Guerra de Reforma, fue testigo de los intentos de Miguel Miramón por apoderarse de don Benito y, en 1914, fue invadida por los marines estadounidenses, entre los que se encontraba el cadete Douglas McArthur; de suerte que en 1911 Porfirio Díaz escogió para despedirse del país un lugar altamente histórico.

El puerto de Veracruz es sin duda una de las ciudades mexicanas con más reminiscencias históricas puesto que era el puerto de entrada de quienes llegaban de Europa: virreyes, obispos, misioneros, comerciantes, esclavistas, aventureros, políticos, piratas, entre otros. No recuerdo si Iturbide salió por Veracruz hacia Liorna; aunque ciertamente Su Alteza Serenísima, don Antonio López de Santa Anna, emprendió varios viajes desde el puerto jarocho. La infeliz María Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina se embarcó ahí desesperada, al ver el derrumbe de su imperio. Don Venustiano Carranza trató de llegar a Veracruz para huir de los esbirros de Álvaro Obregón y Pablo González. El amable embajador cubano Márquez Sterling trató de rescatar a Panchito Madero de las garras de Huerta y sacarlo del país por el puerto de Veracruz. Porfirio Díaz, después de renunciar a la presidencia, llegó a Veracruz el 25 de mayo a las 8 de la noche, y lo recibió el gobernador Teodoro Dehesa con todos los honores debidos. El pueblo veracruzano fue muy cortés y se portó de la manera más correcta, sin que hubiera un solo grito o manifestación hostil. Al día siguiente de su llegada, se presentó ante el general Díaz una delegación del ayuntamiento, a fin de demostrarle su respeto y su deseo de que tuvieran un feliz viaje tanto él como sus acompañantes. Zarpó del puerto jarocho el último día de mayo de 1911: la película *México de mis recuerdos*, con los actores Joaquín Pardavé y los hermanos Soler, idealiza esa escena cuando las bandas del puerto tocan *Las golondrinas* al presidente fugitivo; no obstante, en realidad lo despidieron con los acordes del himno nacional, y el viejo militar saludó con la gallardía que le permitían sus más de 80 años, afectado además por una postemilla que le molestaba desde hacía varios meses y que los mejores médicos de la capital no pudieron aliviar. Años después, el asesino Victoriano Huerta tuvo también que huir del país, pero no pudo hacerlo por Veracruz, sino que tuvo que embarcarse en un puerto de la costa oaxaqueña.

Así pues, el 7 de junio Porfirio Díaz navegaba por el océano Atlántico, huyendo de la triunfante rebelión maderista. Pisó el territorio francés en El Havre para finalmente llegar en tren a París, a la estación Saint Lazare, y establecerse

provisionalmente a media cuadra del Arco del Triunfo, en la avenida Victor Hugo, 35, en una zona residencial. Mientras tanto, en Ciudad Juárez los maderistas preparaban su viaje a la capital por ferrocarril, pasando por Chihuahua, Torreón, Aguascalientes, Irapuato y Querétaro. Estos días de principios de junio de 1911 eran muy distintos de los del año anterior, cuando el gobierno porfirista preparaba los festejos del centenario de la independencia, en lo que parecía el apogeo de su régimen. En realidad era un simple oropel en los momentos en que el gobierno estaba a punto de derrumbarse. Fue una situación parecida a los años del imperio romano en que Salustio, Livio, Tácito y Suetonio festejaban las glorias del "más grande imperio de todos los tiempos", cuando simultáneamente la descomposición era más que notoria.

Cuando el Ypiranga navegaba ya hacia Europa, el diputado Diódoro Batalla, quien había estado en la cárcel catorce veces por oponerse al dictador, expresó en un brillante discurso que si el general Díaz hubiera dejado el poder a tiempo, "apenas el Popocatépetl hubiera sido pedestal digno de su gloria"; pero la historia fue otra, de suerte que el decepcionado y agobiado expresidente murió en el destierro como tantos otros políticos desorientados o abandonados por la fortuna, para ser pronto olvidados por los mismos que habían prosperado al calor de la protección que les habían ofrecido.

24 de junio de 1811 y 1911

Hace dos siglos, el 24 de junio de 1811, don Miguel Hidalgo continuaba encarcelado en Chihuahua en espera de su juicio; pero hace un siglo, el 24 de junio de 1911, Panchito Madero, en la ciudad de México, comenzaba a "saborear" las amarguras de su triunfo porque los zapatistas, orozquistas y otros descontentos manifestaban su desacuerdo. Mientras tanto, a miles de kilómetros de distancia, más allá del Atlántico, el derrocado Porfirio Díaz estaba recién desempacado en París para huir de los maderistas. La capital francesa fue el lugar donde pasaría los últimos años de su vida y donde aún descansan sus restos mortales. Semanas antes, el 31 de mayo, se había despedido de las tierras mexicanas en Veracruz, y después de escalas en La Habana, Vigo y Plymouth, el 20 de junio por la tarde el Ypiranga llegó al puerto de El Havre, donde lo esperaban los representantes del gobierno de Francia acompañados de algunos mexicanos de la alta sociedad. Luego tomaron el tren rápido de las 8:40 de la noche, y tres horas después llegaron a París, a la estación Saint Lazare. Ahí, Díaz se alojó en la casa de don Eustaquio Escandón, a media cuadra del Arco del Triunfo, cuya fachada se conserva hasta el día de hoy y a

la que acuden los mexicanos admiradores de Porfirio Díaz, como mi amigo el doctor Manuel Fajuri Ibarra, a quien vi hace tres años saludar ahí militarmente al difunto oaxaqueño, presente en la mente de mi amigo facultativo. El expresidente permaneció dos semanas con don Eustaquio y siguió atendiéndose su postemilla y sus dolores de muelas, los cuales lo aquejaban desde hacía varios meses. Ya muy recuperado de sus achaques, salió con su fiel Carmelita hacia Suiza, y para finalizar su convalecencia viajó después al balneario de Nauheim, en el centro de Alemania. Regresó a Francia y visitó la fábrica de armas de Saint-Chaumond, a la que su gobierno había solicitado 10 000 fusiles último modelo para combatir a los maderistas.

Poco después realizó uno de los mayores deseos que tenía al llegar a Francia: visitar la tumba de Napoleón en el Palacio Nacional de los Inválidos. El 20 de junio por la tarde, acompañado de don Guillermo Landa y Escandón, se presentó en el edificio, y al día siguiente el periódico *Le Nouveau Monde* publicó una crónica de la visita: el anciano expresidente fue recibido en la sala de mariscales por el general Gustave Niox, encargado del lugar. Casi 45 años antes ambos se habían visto, cuando el francés era capitán en los ejércitos que llegaron a México con Maximiliano. Los dos ancianos militares recordaron las peripecias de la segunda intervención francesa. También estaban presentes otros militares, entre ellos el general Charles Lanes quien había participado en el sitio de Oaxaca bajo las órdenes del mariscal Bazaine. Díaz recordó con admiración al comandante Henri Testard, muerto el 3 de octubre de 1866 en Miahuatlán y a quien el oaxaqueño ordenó sepultar con honores en la cañada de Los Nogales. Según recordó Díaz, el perro guardián del difunto no permitía que se acercaran al cadáver, y fue necesario apaciguarlo para recoger la espada del valiente militar, que después Bazaine hizo llegar su la familia.

El momento cumbre fue cuando el custodio de la cripta, un inválido condecorado, entregó a Díaz las llaves para que por su mano abriera la puerta de bronce del mausoleo de Napoleón. Don Porfirio descendió los escalones hasta llegar a la tumba, frente a la cual inclinó la cabeza por unos instantes. Niox, en un gesto único, puso en las manos del oaxaqueño la espada que Napoleón había llevado en Austerlitz: "mi general –le dijo–, en nombre del ejército francés os ruego que toméis esa espada, que no puede ser puesta en mejores manos".

Díaz pasó los últimos años de su vida en París, donde murió el 2 de julio de 1915. Las exequias religiosas tuvieron lugar el 6 de julio por la mañana, en un templo ubicado en la Plaza Victor Hugo, Saint-Honoré d'Eylau, donde

permanecieron los restos del presidente exiliado, y años después fueron trasladados al cementerio de Montparnasse.

Peña Nieto, Encinas y la sombra de Madero

El triunfo de Peña Nieto, la derrota del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y la *débâcle* del PAN en el Estado de México, por no hablar de las demás elecciones del domingo pasado, han puesto en primera plana el tema de la vida política. No está por demás recordar que hace exactamente un siglo la revolución andaba en andanzas no muy distintas. La historia nunca se repite, aunque sí se reiteran los "ciclos del poder" de los que hablaba Polibio hace más de veinte siglos.

Para quien haya leído algo acerca del mundo político del pasado de nuestro país no resulta novedoso que hace exactamente un siglo, a finales de junio y principios de julio de 1911, los maderistas, quienes aún festejaban su triunfo sobre Porfirio Díaz, andaban en aventuras semejantes a las de nuestros políticos de moda de estos días de julio de 2011. En ese tiempo no existía la guerra contra la Familia Michoacana y diversos cárteles; los pocos mexicanos que se interesaban en la política estaban desconcertados, mientras que la inmensa mayoría de nuestro pueblo era analfabeta, y no tenía radio ni televisión, por lo que con trabajos se enteró que en la silla presidencial ya no estaba don Porfirio. Es abundante la bibliografía sobre ese mes de julio de 1911. Sin meternos en lo que pensaban y declaraban Pascual Orozco, Pancho Villa y Emiliano Zapata, los caudillos militares vencedores del antiguo régimen, el 9 de julio Francisco I. Madero decidió "reorganizar al antiguo Partido Antirreeleccionista" y estableció el Comité Central del Partido Constitucional Progresista para

> vigilar la correcta realización de los principios sostenidos por el Partido Antirreleccionista y de la Revolución, y preparar la lucha electoral. Por tal motivo, nunca me cansaré de recomendaros que sigáis luchando sin descanso, siendo nuestros nuevos campos de batalla las urnas electorales y nuestra arma más poderosa: el voto. Sufragio efectivo. No reelección.

Es interesante para el lector moderno examinar las luchas internas del grupo maderista en vísperas electorales; es decir, si cambiamos los nombres de las personas y de los grupos de esa época por otros más actuales, podemos observar que el mundo político mexicano en algunos aspectos no ha cambiado

después de un siglo de accidentadas campañas, tendencias, programas políticos y diversas mentalidades de los que aspiran a llegar al poder. Adelantándonos un mes a los acontecimientos aquí narrados, hay que mencionar que Emilio Vázquez Gómez, uno de los principales personajes del maderismo, renunció por incompatibilidad de caracteres, o más bien de ideas y aspiraciones, mientras Madero advertía a los poderosos que ya no contaran "con la impunidad de que en otros tiempos gozaban los privilegiados de la fortuna, para quienes la ley era tan amplia como lo era estrecha para los infortunados". Prometía también que la justicia se haría según las leyes, no según las influencias, y sólo iba a hacer a las clases privilegiadas las concesiones compatibles con el interés público. Curiosamente, las declaraciones de Madero, lejos de alcanzar el objetivo deseado de conciliar a los diversos grupos, asustaron a los partidarios del antiguo régimen con sus tendencias reformistas y convencieron a los antirreeleccionistas más radicales de que Madero era un conservador. Si en tiempos de El Apóstol de la Democracia ya ocurría esto entre sus seguidores más leales, nada es de extrañar que después de un siglo, y en años en que, según muchos, estamos estrenando democracia, las discrepancias sean mayores entre las variadas fuerzas políticas que se han formado en el país después de la revolución y del presidencialismo priísta. No sé qué dirán los libros de historia al explicar los acontecimientos de estos meses del 2011, pero no se puede negar el hecho de que Madero resultaba conformista y en extremo conciliador y que los maderistas triunfantes exigían que se cumpliera el Plan de San Luis, el cual, leído con ojos actuales, es increíblemente tímido, sobre todo en asuntos sociales y económicos, por lo que una vez más se plantea la reiterada pregunta ¿hubo revolución?

Los festejos, aunque muy tímidos, del centenario de la revolución deberían privilegiar las preguntas que los políticos apenas esbozan: ¿el poder sirve para qué?, ¿hay que llegar a los altos puestos del gobierno para qué? Tal vez en esas cuestiones se plantea por enésima vez la afirmación que hizo Tomasi di Lampedusa en *El gatopardo*: las cosas cambian para que todo siga igual.

Los "niños héroes" de Calderón

El domingo pasado, el presidente Felipe Calderón debió pasar una tarde muy agradable al ver cómo los nuevos "niños héroes" alegraban a los más de cien mil mexicanos del Estadio Azteca y a los de muchos rincones del país. Los adolescentes, casi niños, se portaron muy bien. Después, el mismo Calderón los recibió en Los Pinos, no muy lejos de donde los cadetes indisciplinados

en 1847 encontraron la muerte. La entrevista de Calderón con los modernos "niños héroes" fue mucho más alegre y fácil que la que tuvo con el escritor Javier Sicilia hace poco tiempo; mucho más cordial que la que hubiera podido tener con AMLO, Marcelo Ebrard, Fabio Beltrones, la maestra Elba Esther o Miguel Ángel Yunes, por sólo citar algunos nombres, sin olvidar a los capos de los cárteles, como Los Zetas, y demás grupos altamente incómodos y amenazantes. Digo esto porque hace exactamente un siglo, a mediados de julio de 1911, el presidente interino León de la Barra tenía que entrevistarse con otros especímenes, no sé si "menos peores" o "más mejores" que aquellos con los que se podría entrevistar Calderón ahora. Para comenzar, hay que aclarar que León de la Barra era el presidente legítimo, aunque interino, y nadie lo llamó espurio, como le ocurrió a Calderón con el "presidente legítimo". Pero León de la Barra, a quien nadie le discutía su legitimidad, tenía el problema de que la gran mayoría de los mexicanos pensaban que el presidente en funciones era Francisco Ignacio Madero, quien hacía mes y medio había derrocado a Porfirio Díaz. De la Barra no tenía problemas de cárteles y otros semejantes, sin embargo, aunque los periódicos, en tiempos en que no había radio ni televisión, no hablaban de inseguridad y violencia, sí reseñaban muchos incidentes violentos y sangrientos, sobre todo en Chihuahua, provocados por los guerrilleros de Villa y Orozco quienes habían dado el triunfo a Madero y, oficialmente ya licenciados, seguían teniendo armas 30-30 en sus manos. Digo "oficialmente licenciados" no porque hubieran obtenido una licenciatura en alguna universidad, sino porque Panchito les dio licencia de irse a sus casas. Poner en paz a quienes habían ganado la revolución no era fácil. Ningún testimonio existe que cortaran cabezas o abrieran narcofosas, pero el hecho era que la población sufría y todos los no excombatientes que podían se iban más al norte, más allá de la frontera. La situación, en cierto modo, era peor en el sur, donde Zapata no aceptaba licenciar a sus tropas.

En ese entonces, el ejército en pleno, bajo las órdenes de Victoriano Huerta, combatía en los campos y en las calles de Cuautla, Cuernavaca, Chinameca, Yautepec, Yecapixtla y otras poblaciones del rumbo, mucho más que ahora en julio de 2011. A falta de AMLO, Ebrard, Beltrones, la maestra Elba Esther, Yunes y otros, tanto León de la Barra como Panchito Madero tenían que lidiar con los hermanos Vázquez Gómez, García Granados y Bernardo Reyes, recién desempacado de Europa y de Cuba, quienes inquietaban a los hombres del presidente interino y de Madero, "presidente efectivo" para mucha gente. Victoriano Huerta había emprendido una guerra clara y abierta de

exterminio en el estado de Morelos y no existía ninguna comisión de derechos humanos u organización no gubernamental (ONG) que pudiera levantar la voz. Un personaje como Sicilia era absolutamente impensable, aun para las más avanzadas imaginaciones sobre los años futuros. Para complicar las cosas, no existían las telenovelas, los concursos de Miss Universo, ni algo que distrajera a la población. El futbol apenas nacía con los ingleses en Pachuca y en la Perla Tapatía, con el Club Deportivo Guadalajara, a 40 años de comenzar a conocerse como las Chivas Rayadas. En la capital del país, las operetas y otras obras de teatro, florecientes en los años felices de don Porfirio con don Susanito Peñafiel y Somellera, dormitaban temerosamente en espera de tiempos más felices; en la ciudad de México no se padecía como en el norte o como en Morelos, pero las "buenas familias" y la gente común y corriente se sentían inseguras. Claro está que nadie imaginaba lo que ocurriría dos años después y en años posteriores: los horrores de la Decena Trágica de 1913 y las calamidades de la ocupación carrancista en 1914.

Una vez más, me pregunto ¿todo tiempo pasado fue mejor?

7 DE OCTUBRE DE 1911

En estos días de principios de octubre de hace un siglo, nuestros bisabuelos sabían ya de sobra que durante el siguiente periodo estarían gobernados por Francisco Ignacio Madero y José María Pino Suárez, triunfadores en las elecciones del día 1º, con amplia ventaja sobre sus oponentes. El panorama preelectoral, igual que ahora en 2011, había sido bastante complicado: no existía el fantasma del terrorismo, ni los secuestros al orden del día; no había atentados en los casinos de apuestas (que no existían), ni descabezados que aparecieran bajo los puentes o restos humanos encajuelados en diversas partes del país. Por supuesto que el erario federal no despilfarraba millones de pesos en apoyar a los diversos partidos políticos; tampoco había autodestapes y autorrenuncias como las de Emilio González Márquez y otros personajes semejantes. El país tenía apenas cuatro meses de haber visto a don Porfirio Díaz, el 31 de mayo, al compás de las notas de *Las golondrinas*, embarcarse en Veracruz para nunca más volver. Desde el 1 de junio, cuando se suponía que el país estaría en paz después del triunfo del movimiento revolucionario, casi no habían habido semanas sin sobresaltos: la principal fuente de temores eran los zapatistas, inconformes con el modo como se había negociado la paz, sin resultados visibles para los campesinos. Los intentos del presidente interino, León de la Barra, de poner en paz al Caudillo del Sur habían sido infructuosos y

complicados. Para dificultar más las cosas, la torpeza y el salvajismo de Victoriano Huerta habían creado una imagen negativa de la presidencia interina y del propio Panchito Madero: los morelenses habían sido víctimas de atropellos por parte de Huerta, quien en lugar de una campaña de pacificación y desarme, había realizado una verdadera guerra de exterminio contra los antiguos aliados de Madero. Huerta propició que Zapata, antiguo aliado de Panchito, se convirtiera en un adversario. Los meses de agosto y septiembre, previos a las elecciones presidenciales del 1 de octubre, habían sido momentos de complicadas negociaciones entre los políticos para presentar candidatos. No es fácil analizar si las negociaciones eran igual o más complicadas que las actuales entre Manuel Ebrard y AMLO, entre Peña Nieto y sus oponentes, entre Josefina Vázquez Mota y Ernesto Cordero o Santiago Creel.

En 1911 Panchito Madero, triunfador sobre Porfirio Díaz, estaba perdido entre sus antiguos colaboradores: los hermanos Vázquez Gómez y Pino Suárez. De la Barra, por su forma de tratar con los zapatistas, no gozaba de autoridad moral ni inspiraba confianza en la sociedad todavía inconsciente de que el general Porfirio Díaz ya no gobernaba. En este 2011 en que apenas estamos estrenando democracia, no nos resulta fácil entender que en la sociedad las ideas tardan mucho en llegar a toda la población. Se trata de procesos que duran siglos. Por poner un ejemplo, hablemos de Francia, de la que nadie duda que sea una nación democrática: tuvieron que pasar siglos de diferentes tipos de monarquía para llegar al rompimiento decisivo, sin marcha atrás, de la revolución francesa, con sus titubeos, retrocesos e incongruencias. Después de decapitar al infeliz Luis XVI y a *Madame déficit*, María Antonieta, los franceses vivieron meses de terror y "gran terror", en los que diariamente la multitud gozaba del bárbaro espectáculo de la guillotina que funcionaba desde el amanecer. Robespierre, el señor del gran terror, acabó también bajo la "cuchilla refrescante" de la guillotina. Irónicamente, la revolución popular y democrática culminó con algo peor que la monarquía: el imperio de Napoleón Bonaparte, quien sembró el terror en toda Francia, Italia, Austria y Polonia hasta llegar a Moscú, donde el invierno lo obligó a regresar vencido con su ejército, cada día más empobrecido y hambriento, a París. No hay que olvidar que la invasión napoleónica fue un factor que influyó en la independencia de las colonias Americanas, comenzando por Nueva España. Mucho habría que añadir del siglo XIX y XX de Francia para llegar a la democracia francesa actual. Lo que quiero decir es que las naciones europeas que ahora admiramos tuvieron que sufrir durante siglos, tentaleando aquí y allá, para llegar a las democracias

actuales, y México tendrá que experimentar todavía mucho para llegar a ser una nación humana y democrática. ¿Asunto de siglos?

A 100 años exactos del Plan de Ayala

Nadie quisiera estar en los zapatos de Felipe Calderón después de que por segunda vez en su sexenio desapareció de manera trágica su Secretario de Gobernación. Algo parecido, si no es que peor, le ocurrió a Panchito Madero por estos días de hace un siglo: no acababa aún de sentarse en la silla presidencial cuando uno de sus aliados más importantes se le echó encima.

El 25 de noviembre de 1911 apareció el Plan de Ayala, firmado por los zapatistas, en abierta rebelión contra el presidente electo. El plan era mucho más violento de lo imaginado, pues acusaba a Madero de no haber cumplido sus promesas de reforma agraria a favor de los pueblos indios de Morelos y de todo el país. En realidad los zapatistas no sabían leer muy bien (aunque en su defensa hay que decir que no pocos historiadores y políticos han demostrado que tampoco saben leer inteligentemente). Es cierto que en el Plan de San Luis Madero reconoce que hubo abusos contra los pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, y que es de justicia "restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario"; pero nunca dice que esas tierras se fueran a devolver, sino simplemente afirma que "se declaran sujetas a revisión tales disposiciones". Madero proponía revisar los procedimientos con los que mucha gente adquirió en forma injusta terrenos de los pobres y de los indígenas; de manera que, leyendo atentamente dicho plan, en ninguna parte afirma Madero que su gobierno vaya a repartir tierras o a legislar a favor de los campesinos. Miles de veces en mis clases hago que mis alumnos, en el pizarrón, analicen detenidamente los términos del Plan de San Luis: reitero que Panchito sólo se comprometió a "revisar" los procedimientos de enajenación de terrenos.

Zapata es para mí el caudillo revolucionario más respetado y más coherente, pero creo que Emiliano entendió algo diferente de lo escrito por Madero. Desde mis primeros días de maestro, he insistido en alabar y elogiar todo lo que implica el Plan de Ayala: sus raíces indígenas y nacionalistas, su sentido de arraigo a la tierra, su sentido de la historia. Sobre esto último, John Womack escribió lo siguiente:

> la mayoría de los demás planes contemporáneos tienen pocas raíces en el pasado mexicano, y éstas se hunden únicamente en el pasado inmediato. En el Plan

de San Luis, por ejemplo, hay sólo una mención tardía del pasado, de las disposiciones antirreeleccionistas de los planes revolucionarios porfiristas de La Noria (1871) y de Tuxtepec (1876), pero en el Plan de Ayala una de las acusaciones principales contra Madero es la que tiene como motivo su "profundo desacato al […] inmortal código de 57, escrito con la sangre de los revolucionarios de Ayutla".[11]

No puedo dejar de hacer notar que, a diferencia de los jacobinos norteños como Carranza, Villarreal, Orozco y otros, en el plan zapatista aparece también el sentido religioso del pueblo: "teniendo en cuenta que el llamado jefe de la revolución libertadora de México, Don Francisco I. Madero, por falta de entereza y debilidad suma no llevó a feliz término la revolución que gloriosamente inició con el apoyo de Dios y del pueblo".

No hay que olvidar que junto a Zapata estaban varios maestros rurales, incluso el párroco de Villa Ayala, quien no sólo prestó su máquina de escribir, sino que él mismo completó la versión definitiva del plan. No es un escrito meramente político, como sería después el Plan de Guadalupe, de Carranza, ni parecido a los diversos planes y proclamas de los norteños, a quienes los tapatíos, años después, mediante la pluma de Anacleto González Flores, llamarían "los intrusos".

El Plan de Ayala también tiene algo de demagogia barata, muy al estilo de los maestros rurales. No obstante, nadie puede negar su sentido popular y muy mexicano de apremiante reclamo de las tierras que por siglos, desde tiempos de las Leyes de Indias, fueron propiedad de los pueblos indígenas. No está por demás recordar las primeras líneas de este documento: "Plan Libertador de los hijos del estado de Morelos afiliados al Ejército Insurgente que defiende el cumplimiento del Plan de San Luis, con las reformas que ha creído conveniente aumentar en beneficio de la Patria mexicana".

2 de diciembre: 1911-2011

Los ejecutados, los decapitados y todo lo que se refiere a inseguridad, junto con los movimientos preelectorales, han acaparado nuestra atención durante los últimos meses. Nuestros bisabuelos se sentirían aliviados porque hace exactamente un siglo las noticias eran más alarmantes que ahora, aunque hacía pocos días que Madero, después de una elección muy limpia y legítima, le arrebató el poder al avejentado Porfirio Díaz, quien, por esas fechas, ya en

[11] John Womack. *Zapata y la revolución mexicana*. México: Siglo xxi, 2004, p. 392.

París, había dejado la casa de don Eustaquio Escandón y, desde principios de diciembre, vivía en el Hotel Astoria, sobre la avenida Marceau, cerca de la avenida Campos Elíseos. Díaz pagaba 4 500 francos al mes por sus habitaciones. Recibía muchas cartas de adhesión que le mandaban de México. Carlos Tello Díaz en *El exilio, un relato de familia* cita algunas, como la de Agustín Pérez Rea, dueño de una tienda de licores, quien le escribía para "demostrarle por la presente que en mi pecho late un corazón agradecido". Juan Fuentes, veterinario, le manifestaba la esperanza de tener "el placer de que algún día usted regrese a su querida patria". Mientras tanto, de este lado del océano las cosas seguían su curso, y así, Bernardo Reyes en Texas afirmó que no pretendía inmiscuirse en la política; pero todo mundo, mexicanos y texanos, temía que el viejo jalisciense, antiguo gobernador de Nuevo León, irrumpiera en el país al mando de alguna fuerza armada, porque el 18 de noviembre lo habían acusado de conspiración y fue llevado a San Antonio por un agente a la corte del distrito, de donde salió después de depositar una fianza de 5 000 dólares que pagó su amigo Francisco Chapa, un rico farmacéutico y amigo del gobernador de Texas. Durante las semanas siguientes, el 20 de noviembre, en Laredo, arrestaron al *sheriff* Amador Reyes, Antonio Magón y al capitán Juan Mérigo, quien confesó que era gente reyista y denunció a sus compañeros. El gobernador de Texas se rindió ante las pruebas federales y ordenó que los revolucionarios reyistas abandonaran el estado en 48 horas o de lo contrario se les deportaría. En la primera semana de diciembre fueron arrestados catorce reyistas en San Antonio y otros cuatro en Laredo, entre los cuales se hallaban Samuel Espinoza de los Monteros e Ismael Reyes Retana, hermano de David, secretario de Reyes. Así pues, la insurrección reyista quedó derrotada antes de nacer.

Por su parte, las tropas de Zapata luego de una semana de publicado el Plan de Ayala, estaban dispuestas más que nunca a tomar las armas contra el flamante presidente Madero, quien iniciaba su mandato bajo los peores augurios. Por esos días de principios de diciembre, probablemente por consejo de su hermano Gustavo, Madero envió una comisión para que se entrevistara con Emiliano en un campamento en los límites de Puebla y Morelos, pero los comisionados no llevaban un nuevo ofrecimiento. Al jefe a quien Madero había dado un abrazo en Cuautla durante la crisis de agosto, en los peores días de una época de mentiras y de promesas incumplidas, al jefe a quien Madero había calificado como "integérrimo general", no podía darle garantías de una amnistía y de un perdón si deponía las armas. La única garantía que le podían

ofrecer era la de un viaje seguro al exilio. Por su parte, Zapata, al recordar los largos meses de luchas en los que él y Madero se habían esforzado juntos, expresó su resentimiento: "yo he sido el más fiel partidario del señor Madero; le he dado pruebas infinitas de ello; pero ya en estos momentos he dejado de hacerlo. Madero me ha traicionado, así como a mi ejército, al pueblo de Morelos y a la Nación entera". Los comisionados maderistas preguntaron: "qué le diremos al presidente", la respuesta de Zapata fue terminante: "díganle que él vaya para La Habana, pues dentro de un mes estaré yo en México con veinte mil hombres, y he de tener el gusto de llegar hasta Chapultepec y sacarlo de ahí para colgarlo de uno de los sabinos más altos del bosque".

Hace un siglo no había televisión ni radio, pero las noticias también llegaban y preocupaban a nuestros bisabuelos, como ahora nos preocupamos nosotros.

¿Presidente lector?

El traspié monumental de Peña Nieto en la FIL en Guadalajara no causó la misma conmoción que otras noticias preocupantes en el ámbito nacional: la incertidumbre en meses preelectorales, y sobre todo, la inseguridad y la violencia; pero nuestros bisabuelos, a principios de diciembre de 1911, estaban peor. Para ejemplificar, al leer la crónica de *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)* de Alfonso Taracena, revisemos los hechos ocurridos el 8 de diciembre:

> Cortan los zapatistas la vía del ferrocarril interoceánico. Amagan a Huejotzingo, Puebla, 300 agraristas y un número menor asalta y entra en la hacienda de Treinta, Morelos. Amanecen coronadas de soldados y ametralladoras las alturas de Mérida, Yucatán, por temerse un ataque de los alzados. Atacan a Cuautla los zapatistas y toman Ticumán. En los municipios de Cárdenas y Huimanguillo, Tabasco, unos sujetos, entre quienes se encuentran Pedro R. Gutiérrez y Armando Morales Sánchez, se sublevan y cometen fechorías con la bandera reyista. Un núcleo de zapatistas al mando de Amador Salazar se posesiona de la hacienda de Atlihuayán, mientras otros rodean Yautepec y son amagados los pueblos de Jojutla y Tlaltizapán.[12]

Por si esto fuera poco, sabemos que el 8 de diciembre de 1911 los exploradores de la guardia fiscal avistaron en la frontera al general Bernardo Reyes con gente armada, dispuesto a invadir el país. Esta noticia era la más alarmante, ya que implicaba un serio problema para la incipiente administra-

[12] Alfonso Taracena. *La verdadera revolución mexicana (1910-1911)*. México, p. 429.

ción de Francisco I. Madero: la amenaza de un movimiento armado importante. No olvidemos que Bernardo Reyes fue el gobernador ideal del régimen porfirista, y que el dictador, en una de sus visitas oficiales a Monterrey, le había dicho aquella famosa frase: "general Reyes, así se gobierna". Resultaba, pues, que el brillante gobernador porfirista amenazaba con tomar el poder por las armas, descalificando así la lucha armada que había encabezado Madero. Adelantándonos a los acontecimientos, digamos que en las semanas siguientes Reyes incursionó con su gente en diversos lugares de Nuevo León y el gobierno federal tuvo que perseguirlo. De tal manera, el día 25 el propio Reyes se entregó en el Cuartel de Rurales de Nuevo León, después fue trasladado a la prisión militar de Santiago Tlatelolco en la ciudad de México, y finalmente, en febrero de 1913, fue acribillado frente al Palacio Nacional.

Lo que quiero indicar con esa lista de acontecimientos considerados por Taracena es que nuestros bisabuelos, si bien no padecieron los excesos de Los Zetas, de los Caballeros Templarios y otros grupos, tenían sin duda más preocupaciones de inseguridad que nosotros. Una vez más es oportuno decir que no es cierto aquello de que "todo tiempo pasado fue mejor". Por otra parte, como siempre ocurre, la vida en el país siguió su curso: en la capital, la élite curra y catrín seguía disfrutando de la opereta y la revista musical; los políticos, hacendados, industriales y banqueros continuaban con su vida refinada en los restaurantes caros de la ciudad de México, saboreando los platillos de la cocina francesa, y las señoras ricas capitalinas seguían vistiendo a la última moda de París. Hablando de restaurantes, hay que decir que en la provincia eran prácticamente desconocidos. Por lo que se refiere a Guadalajara, no he encontrado ninguna referencia a algún restaurante, y los tapatíos adinerados siempre comían en su casa particular y solamente tomaban el aperitivo en algún negocio de los portales, como la Fama Italiana del italiano José Rolleri. Hasta donde sé, solamente había merenderos y algo así como comida rápida y antojitos en el mercado Corona y en el Alcalde, pero no hay noticia de algún restaurante. En los años 30 y 40 sólo existían los restaurantes de los mejores hoteles.

En cuanto al pueblo llano, durante la presidencia de Madero, la vida seguía igual. Guadalajara había sido muy reyista en 1908 y 1909; no obstante, ante la indefinición y el poco arrojo de Bernardo Reyes, los tapatíos se habían hecho maderistas, sin olvidar que la capital tapatía nunca fue porfirista y reclamaba al anciano dictador que, aunque cada año pasaba sus vacaciones en Chapala, sólo en 1908 se dignó visitar Guadalajara. De cualquier forma, los tapatíos de principios de diciembre de 1911 vivían mucho menos preocupados que los capitalinos, temerosos de Zapata.

V. 1912

9 de marzo de 1912

La competencia entre los senadores Ramiro Hernández y Alberto Cárdenas, el repunte de Josefina Vázquez Mota, las divisiones y acuerdos entre jerarcas del PRD y asuntos semejantes nunca estuvieron en las conversaciones de nuestros bisabuelos y tatarabuelos, en aquellos años felices en que no había ni campañas ni precampañas, cuando tampoco se usaban las encuestas. Su Alteza Serenísima don Antonio de Padua López de Santa Anna llegó a la presidencia de la república once veces, y en ninguna hubo encuestas sobre los candidatos y precandidatos; más aún, tampoco hubo otros candidatos. Casi lo mismo ocurrió con el Héroe del 2 de Abril, Porfirio Díaz, en sus seis reelecciones. Tampoco existían los noticieros, ni las redes sociales, ni la televisión, ni la radio; y los mexicanos, de los cuales más de 90% no sabía leer, con trabajos sabía quién ocupaba la presidencia y nadie tenía la menor idea de quién era su diputado y quiénes ocupaban los diversos cargos en el gobierno.

Con Panchito Madero ya en la silla presidencial tampoco hubo encuestas, aunque sí muchas caricaturas burlescas, fruto de la libertad de expresión que propició el chaparrito coahuilense. A los cuatro meses de su presidencia, es decir a principios de marzo de 1912, el termómetro de su popularidad seguía bajando. El 9 de marzo, ya con Zapata levantado en armas, Madero tuvo que enfrentar otra rebelión peor: la de Pascual Orozco. Entre los personajes de la historia mexicana, tal vez Madero tiene el primer lugar en rebeliones en su contra; algunos ejemplos son las de Zapata, Orozco, Bernardo Reyes y los hermanos Vázquez Gómez, sin contar a todos los antiguos maderistas quienes, uno a uno, lo fueron abandonando.

Las luchas y divisiones entre los diversos partidos o las componendas y compromisos entre gente del mismo partido no tienen comparación con el resquebrajamiento de los maderistas a principios de marzo de 1912, cuando el pobre Panchito apenas se estaba acomodando en la silla presidencial. Hacía un año casi exacto, el 6 de marzo, Pascual Orozco había publicado un plan revolucionario en el cual, para comenzar, manifestaba su rechazo a Madero y a los hermanos Vázquez Gómez. En ese plan no había acusaciones específicas contra Madero ni los programas de reforma. Según Orozco, Madero era incompetente e indigno de confianza, como lo demostraba la forma en que había combatido en la revolución y cómo había subido a la silla presidencial. Se le acusaba de haber financiado la insurrección contra Díaz con "dinero de millonarios norteamericanos", de haber permitido que la bandera fuera profanada por sacrílegas manos yanquis y de haber sustituido el águila de la bandera por el buitre devorador de Hispanoamérica.

> La Revolución de Madero había nacido en el deshonor y se había completado con la traición, pues los principales elementos de su victoria habían sido el dinero yanqui y las falanges de mercenarios que asesinaban a los mexicanos. Es por lo menos muy extraño que Orozco descubriera de repente, un año después, que la Revolución en que había participado como líder reconocido había estado tan sometida a la influencia norteamericana. Además de esas pruebas de la perfidia de Madero, los orozquistas acusaron a Madero de haber utilizado fuerzas armadas en las elecciones que elevaran a él y a Pino Suárez a sus cargos, de haber violado la soberanía de los estados imponiendo gobernadores interinos por la fuerza de las armas, y de haber hecho en forma perjudicial y humillante de la ciudad de México una mera dependencia del gobierno de Washington.[13]

El panorama nacional hace exactamente un siglo era bastante más desolador y angustioso que el actual, a pesar de la inseguridad, los secuestros y otras urgencias. Una gran diferencia consiste en que, por la carencia de medios de información, los bisabuelos no se preocupaban como nosotros, que estamos bombardeados día y noche por noticias trágicas y aterradoras. Dejo a los sociólogos, politólogos, comunicólogos y demás especialistas en estos temas la pregunta ¿qué es mejor, la ignorancia de lo que ocurre o la angustiosa información que ahora padecemos? Hace años, no soportaba a mis alumnos que no leían el periódico, ahora pienso que son más sabios quienes renuncian a informarse de todos los chismes municipales, nacionales y mundiales.

[13] Charles E. Cumberland. *Madero y la revolución mexicana*. México: Siglo XXI, p. 222.

Desde nuestro primer presidente constitucional, después de la independencia, hasta el presente, ninguno había tenido un panorama tan nublado como el que tendrá Enrique Peña Nieto si se oficializa su triunfo. Don Guadalupe Victoria, su excelencia Antonio de Padua María Severino López de San Anna y Pérez de Lebrón, el Benemérito, mi general don Porfirio Díaz, los caudillos, los primeros mandatarios de los 70 años del PRI, Fox, Calderón, etc., ninguno de ellos asumió la primera magistratura con una oposición tan clara como Peña Nieto.

En contraste, ningún presidente subió a "la sillita" –como decía Pancho Villa– como lo hizo Panchito Madero: con una aceptación universal y tajante. Su elección fue prácticamente por unanimidad, sin la menor oposición. Todos los partidos o todas las planillas en la elección de 1911 postularon al chaparrito de barba de candado. Hubo discrepancias en la elección del vicepresidente, pero no hubo un solo voto para nombrar al primer mandatario que fuera en contra del coahuilense. Curiosamente, ningún presidente ha tenido tanta oposición y tan fuerte en los primeros meses de su administración como la tuvo Madero. No se olvide que Panchito subió a la silla presidencial después de su triunfo sobre Porfirio Díaz, gracias al apoyo militar de Emiliano Zapata, Pancho Villa y Pascual Orozco, quien el 6 de noviembre de 1911 escoltó a Madero para su toma de posesión: "el carruaje ocupado por Madero era escoltado por fuerzas revolucionarias al mando de los generales Pascual Orozco y otros jefes revolucionarios y, al final, otra sección de guardias presidenciales […] de los balcones caía copiosa lluvia de pétalos, de confetti y aplausos atronadores; por doquier estallaba el júbilo popular".

Sin embargo pocas semanas después, para ser exactos el 25 de noviembre, Zapata publicó el Plan de Ayala:

> El llamado jefe de la Revolución libertadora de México, Francisco I. Madero, por falta de entereza y debilidad suma, no llevó a feliz término la Revolución que gloriosamente inició con el apoyo de Dios y del pueblo, puesto que dejó en pie la mayoría de los poderes gubernativos y elementos corrompidos de opresión del gobierno dictatorial de Porfirio Díaz […] teniendo en cuenta que el supradicho señor Francisco I. Madero, actual presidente de la República, trata de eludirse del cumplimiento de las promesas que hizo a la nación en el Plan de San Luis Potosí […] teniendo en consideración que el tantas veces repetido Francisco I. Madero ha tratado de acallar con la fuerza bruta de las bayonetas

> y de ahogar en sangre a los pueblos que le piden, condenándolos a la guerra de exterminio […] declaramos al susodicho Francisco I. Madero inepto para realizar las promesas de la Revolución de que fue autor, por haber traicionado los principios con los cuales burló la voluntad del pueblo, se le desconoce como jefe de la Revolución y como Presidente de la República por las razones que antes se expresan procurándose el derrocamiento de este funcionario.

El otro gran partidario de la revolución maderista, Pascual Orozco, semanas después se levantó también en armas contra el presidente de la más democrática, clara y aplastante elección, y el 25 de marzo de 1912 lanzó el Pacto de la Empacadora:

> Francisco I. Madero, el fariseo de la Democracia, el Iscariote de la Patria, por ambición y por herencia de raza –pues es retoño de casta maldita de hermanos en lucha contra hermanos–, ha arrastrado por el fango la vergüenza y la honra de la Patria, ha manchado la historia de nuestra raza procreadora de héroes, y ha vendido la dignidad y la Independencia nacionales […] se declaran nulas las elecciones de Presidente y Vicepresidente y se desconoce por tanto el carácter de Francisco I. Madero como Presidente.

La historia nos ha convencido de que la conducta humana nunca deja de sorprendernos por sus paradojas y acciones inesperadas. Sin embargo, no deja de ser interesante el comparar una presidencia que comenzó con total acuerdo y la que estamos a punto de iniciar con oposición y dudas como nunca ha habido en México. Sin olvidar que en tiempos de Madero 90% de nuestra población era analfabeta y desinformada de la vida política, mientras que ahora los mexicanos desayunan y se acuestan oyendo noticias y son críticos desde que tienen uso de razón.

Fatiga de los diputados

Los diputados salientes de la legislatura estatal de Jalisco, con toda justicia, han sido los más criticados de nuestra historia local; no obstante, nada hay nuevo bajo el sol. Al leer la prensa de hace un siglo, uno se topa con la noticia de finales de agosto de 1912 de que en el estado de Morelos, en plena rebelión zapatista, los diputados "visiblemente agotados, entraron en receso". Llama la atención eso de "visiblemente agotados". Primera vez que me encuentro con diputados tremendamente dedicados a su extenuante trabajo. Como se ve, es factible que el mosquito portador del virus de la fatiga legislativa esté

volviendo a sus fueros después de un siglo. Nuestros bisabuelos en 1912, al reunirse a tomar el café, no se quejaban de la elección ilegitima del presidente de la república, ni se preocupaban por las objeciones. Con excepción de la gente de Pascual Orozco en Chihuahua y de Zapata en Morelos, la prensa de esos días no mostró mayores inconformidades en el mundo político, más bien manifestó cierto optimismo con el régimen del presidente Madero después de los interminables años del gobierno de Porfirio Díaz. En cuanto al estado de Morelos, durante los últimos meses había estado la insurrección zapatista, después de la promulgación del Plan de Ayala. Para reprimir a los campesinos morelenses, el gobierno federal había comisionado a Juvencio Robles quien, a sangre fría y sin la menor consideración a la población civil, estaba imponiendo la paz de los sepulcros en tierras zapatistas. Por fortuna, el gobierno regresó a Robles a la capital del país y en su lugar envió a Felipe Ángeles, mejor militar y mucho más humano, quien siempre respetó a los civiles. El 12 de agosto, en Ticumán, entre Yautepec y Jojutla, el zapatista Amador Salazar atacó un tren y mató a 36 federales y a 30 civiles, entre los que había dos periodistas. Obviamente, en la ciudad de México se levantaron voces airadas exigiendo represalias; pero Felipe Ángeles se negó a aceptar tales sugerencias. Poco después,

> los diputados abordaron directamente la cuestión agraria. El fruto de sus esfuerzos fue el parto de tres ratones. El treinta y uno de agosto, reanudando sus funciones, el jefe de los legisladores revolucionarios recomendó un aumento del 10% en los impuestos de las haciendas. Su motivo, como explicó, no era ejercer presión sobre los hacendados para que vendieran tierras nacionales a los campesinos necesitados, sino simplemente proporcionar rentas a los gobiernos municipales. Otra proposición de solución al problema agrario la hizo un diputado que representaba al distrito de Tetecala, Antonio Sámano. Quería que "por los medios que legalmente procedan en derecho" el estado adquiriera en dominio público los terrenos del mercado de diversas haciendas. Esa proposición merecía elogios de que redundaría en bien de los pueblos y en beneficio del comercio libre. Finalmente, otro atrevido diputado propuso la fundación de una escuela estatal de agricultura y mecánica. Las tres proposiciones fueron aprobadas formalmente y se dejaron para la consideración de la siguiente legislatura.[14]

Womack concluye con el párrafo ya citado: "visiblemente agotados, entraron en receso". Como se ve, el cansancio de nuestros legisladores es endémico

[14] Womack, *op. cit.*, p. 147.

y hereditario, sin olvidar que años antes, durante todo el régimen porfirista, los diputados se limitaban a levantar la mano para aprobar todas las iniciativas propuestas; empero, no pocos no levantaban la mano, sino que con la cabeza hacían una señal aprobatoria, aunque historiadores malpensados como Luis González dicen que los legisladores, en su mayoría ancianos, se pasaban las horas de los debates cabeceando ininterrumpidamente.

Aquello de "ganarás el pan con el sudor de tu frente" no parece algo que haya distinguido a nuestros legisladores de todos los tiempos. En el *Diario de los debates del Congreso Constituyente* de Querétaro está registrado que años después, en 1916, las sesiones no podían comenzar por no haber quórum, o "quórum suficiente" como dijo un legislador, y era necesario que el presidente del Congreso comisionara a varios diputados para que fueran a las cantinas cercanas y trajeran a los legisladores para que la sesión pudiera comenzar. Esperemos que esto no ocurra con las legislaturas entrantes.

Reforma laboral

En el apogeo porfirista, en 1892, los obreros del Valle de México buscaron al presidente para pedirle ayuda. En esos tiempos, los trabajadores de una empresa hicieron una huelga en la que solicitaban que su jornada de trabajo fuera "nada más" de 16 horas, cuando no había descanso dominical ni salario mínimo. El señor presidente respondió manifestando su preocupación y lamentando la situación, "pero hay males privados que están fuera de mi administración y tal es el caso que ustedes manifiestan". El Ejecutivo federal se declaraba incapaz de intervenir en "asuntos privados". La reacción en contra la encabezaron dos grupos: el de los hermanos Flores Magón, *comunismo rojo* según Bernabé Navarro en *El Porfiriato: la vida social*, y el *comunismo blanco*, es decir los católicos. El comunismo blanco fue tomando fuerza y en 1913, en la Dieta de Zamora, pidió al gobierno federal

> la fijación de un salario mínimo correspondiente a un obrero adulto, en condiciones normales de vida. Una sabía reglamentación del trabajo de mujeres y niños […] dando sólidas garantías de higiene, moralidad y seguridad al de las mujeres casadas. La adquisición de un bien de familia inembargable e indivisible, consistente no solo en la pequeña finca rural, sino también en la pequeña habitación urbana y taller del artesano. Instituciones que aseguran al obrero contra el paro involuntario, los accidentes, la enfermedad y la penuria en la vejez. Consejos permanentes de arbitraje obligatorio para resolver pacíficamente

> los conflictos entre el capital y el trabajo. Facultad de participar de los beneficios y aun de la propiedad de las empresas. Protección contra el agiotaje y la especulación que concentran en pocas manos las riquezas nacionales. Facilidades para la organización y protección de la clase media. Protección eficaz del trabajo a domicilio, fundándose obras de asistencia y defensa profesional (sindical). Representación legal ante los poderes públicos de los intereses de los trabajadores, por medio de delegaciones profesionales corporativas. En especial pedimos a los poderes públicos que reconozcan la personalidad jurídica de los sindicatos. Que reconozcan a los sindicatos, cámaras sindicales y asociaciones privadas semejantes el derecho de fijar una tarifa de salarios sobre la base de un salario equitativo en sí mismo y socialmente conveniente. Que dicten y sancionen eficazmente la ley del descanso dominical. Que repartan equitativamente las cargas fiscales […] estableciendo un sistema de contribuciones tal que el gravamen de los pobres y el de los ricos sea proporcionado a sus fuerzas relativas.

Como indicó Berta Ulloa, prácticamente es lo que luego se legisló en el artículo 123º de la Constitución de 1917, aunque no se pueda probar que lo acordado en la Dieta de Zamora haya influido directamente en el pensamiento de los constituyentes.[15] El gobierno de Francisco I. Madero respetó el triunfo del PCN en Jalisco en 1912, que promulgó las primeras leyes laborales en México: descanso dominical, salario mínimo, jornada laboral, patrimonio familiar y la famosa Ley de la Silla, que obligaba a todas las fábricas y comercios a que facilitaran una silla a todas las obreras y empleadas. Por cierto que no hace muchos años se obligó en Guadalajara a una empresa japonesa que pusiera sillas para sus trabajadoras.

El artículo 123º de la Constitución de 1917 fue sin duda en su tiempo uno de los más adelantados del mundo, si no es que el más. Posteriormente, la Ley Federal del Trabajo fue también un documento preocupado en verdad por el mundo laboral. No soy experto en historia laboral y sindical, pero es indudable que tenemos por lo menos medio siglo en que la protección de los trabajadores se ha ido deteriorando lamentablemente.

El PAN en sus orígenes, con Gómez Morín y Efraín González Luna, el PRI de mediados de los cuarenta con su "democracia y justicia social", Demetrio Vallejo, Heberto Castillo y otros líderes se deben estar revolcando en sus tumbas al enterarse de la reforma laboral; ni qué decir de Alfredo Méndez Medina y su gente de la Dieta de Zamora, de Arnulfo Castro y Miguel Palomar y Vizcarra, pioneros de la legislación laboral jalisciense de 1912 y 1913.

[15] Berta Ulloa. *La Constitución de 1917*. México: El Colegio de México, p. 337.

No sé qué sea "más peor": si Porfirio Díaz y sus positivistas o la actual reforma laboral. Cómo añoro al comunismo rojo y al comunismo blanco.

De Madero a Ebrard, Moreira y Peña Nieto

Faltan 13 meses para que el sucesor de Felipe Calderón se siente en "la sillita", como decía Villa. Nadie sabe quién será el elegido, tampoco sabemos en qué contexto y en qué enredos llegue a la presidencia. Los pleitos de Cordero con Moreira y Peña Nieto, las diferencias entre Ebrard y AMLO, la competencia entre Josefina Vázquez Mota y los otros posibles precandidatos del PAN son sin duda hechos que, en el próximo julio y el primero de diciembre del siguiente año, estarán en las pláticas de café de los mexicanos. No sabemos en qué ambiente tomará posesión el próximo presidente, en un México donde nos estamos acostumbrando a llevar estadísticas de muertos y "matados" en el mundo de la delincuencia y entre policías, marinos y federales. En todo caso, no creo que el próximo primer mandatario tenga que vivir las comedias y sainetes que tuvo que sufrir Felipe Calderón para salir avante de todas las argucias y complicadas trampas que le tendió AMLO para evitar que llegara al Congreso y tomara posesión de la presidencia.

Hace exactamente un siglo, el 6 de noviembre, Francisco I. Madero se ciñó la banda presidencial, a pesar de que los zapatistas seguían rebelados. La toma de posesión de Calderón, creo yo, ha sido la más complicada de nuestra historia; algo totalmente diferente a lo que le ocurrió a Panchito Madero: fue la única vez que un presidente electo llegó al edificio del Congreso para su toma de protesta acompañado de jinetes, pues Pascual Orozco y otros quince a caballo precedían la carroza en que iba Madero. Las elecciones se habían efectuado el 1 de octubre y en la ciudad de México la votación fue así: 801 votos a favor de Madero, 7 para León de la Barra, 3 para Francisco Vázquez Gómez, 1 para Emilio Vázquez Gómez y 1 a favor de García Granados. En toda la república, Madero recibió 19 997 votos y León de la Barra 87. En la capital se instalaron ocho colegios electorales, y el cómputo final se realizó en la oficialía mayor de la Cámara de Diputados. Al parecer no hubo medidas de seguridad ni escolta alguna para proteger a Madero mientras iba a tomar posesión de la presidencia, puesto que los jinetes de Pascual Orozco tenían un carácter más bien festivo que de protección. Después de la protesta, el presidente regresó al Palacio Nacional acompañado por los miembros de su Estado Mayor y elementos del ejército federal. Al llegar al antiguo Palacio de los Virreyes, Madero se dirigió al Salón Verde, donde recibió las felicitaciones

del cuerpo diplomático encabezado por el embajador estadounidense Henry Lane Wilson, quien en 1913 sería un personaje fundamental en la caída del presidente.

El regreso de Madero al Palacio Nacional fue entre muchedumbres que lo aclamaban, casi igual que en los tiempos del apogeo priísta, con la diferencia de que esa vez, en 1911, no eran acarreados que esperaran su torta y su refresco como premio. Madero no tuvo la experiencia que tendría *El Nopalito* Ortiz Rubio quien, después de protestar como presidente, al llegar al Palacio Nacional recibió un balazo que le rozó la mandíbula. Ciertamente la elección de Madero y su toma de protesta han sido las más pacíficas y ordenadas. Claro está que, aunque la elección fue "aplastante", según las crónicas de entonces, no todo el país estaba con él porque la gente de Zapata seguía molesta e indignada por la campaña de exterminio que Victoriano Huerta había librado en tierras morelenses durante todo septiembre. No es fácil concluir cuál toma de posesión fue más complicada: la de Felipe Calderón tuvo páginas de comedia e intriga; y la de Madero, en apariencia, fue extremadamente tranquila, aunque en el fondo existía una rebelión que pronto se manifestaría con el Plan de Ayala, en el cual Zapata desconocía a Madero. Nada por el estilo le ocurrió a Calderón, ni creo que le ocurra a su sucesor. La historia futura nos aclarará las dudas y nos comprobará que aunque hay acontecimientos que se repiten, cada día y cada época es diferente.

Los 100 días

Cuando falta poco para que Peña Nieto cumpla 100 días en la silla presidencial, estamos conmemorando los últimos 15 días de la presidencia de Panchito Madero, a un siglo de distancia. El buen hombre, idealista y patriota que era Madero nunca derrotó del todo a Porfirio Díaz, o mejor dicho, al régimen o sistema porfirista en su idea de lo que debía ser el gobierno. El coahuilense trató de gobernar con porfiristas dirigiendo la vida política y económica del país; en otras palabras, nunca tuvo el control absoluto del gobierno, y fue hasta las elecciones de 1912 cuando pudo reunir a la mayoría en la Cámara de Diputados, y esa mayoría nunca pudo imponer su peso. Madero nunca pudo ser ni revolucionario ni ser capaz de moderar. En algunas páginas de *Ulises criollo* se afirma que en enero de 1913 Madero planeaba reconstruir su gabinete con gente joven y resuelta, con ideas liberales; pero el tiempo se le había agotado. Después de la represión porfirista de la prensa, la libertad que le dio Madero resultó desbocada e hipercrítica y nunca se informó a los mexicanos

de los logros del gobierno maderista. Con la excepción de Molina Enríquez y de Sánchez Santos, director de *El País*, diario católico, nadie hablaba de la urgente reforma agraria y laboral, sin olvidar, claro está, a Flores Magón.

Durante las últimas semanas de 1912, los extranjeros residentes en México mostraban preocupación por lo que, según Cumberland, Madero tomó "la desusada y desde el punto de vista político posiblemente riesgosa medida de solicitar a todos los sacerdotes de México que oficiaran simultáneamente una misa por la restauración del orden".[16] El embajador estadounidense Henry Lane Wilson arreciaba sus ataques al gobierno maderista. Las insurrecciones de Zapata y Orozco y las fracasadas rebeliones de Bernardo Reyes y Félix Díaz eran manifestaciones claras de la debilidad del régimen maderista. Apoyados por la prensa, los enemigos de Madero disimulaban sus actividades ilegales propagando un rumor que muchos periódicos reproducían como información verídica, en el cual acusaban al gobierno de planear alguna acción dudosa.

Mi maestro Daniel Olmedo, quien hace un siglo era un adolescente capitalino, me contó que entre las amistades de su familia nadie imaginaba que después de la *pax porfiriana* la ciudad de México regresaría a los tiempos de Guerrero, Santa Anna, Arista y Paredes y Arrillaga. Los capitalinos continuaban degustando la repostería de El Globo y las delicias del Café Concordia y del restaurante Gambrinus. La capital todavía saboreaba el esplendor de las fiestas del centenario, pues la aventura maderista no había producido mayor impacto en la rancia sociedad porfiriana habituada a aplaudir al héroe del momento: el virrey en turno, a don Agustín de Iturbide, a Su Alteza Serenísima, a Maximiliano y Carlota, a don Benito y a don Porfirio.

El ambiente que se vivía a principios de febrero de 1913 en la capital lo describe muy bien Cumberland en la obra ya citada:

> con un fondo de opinión pública inflamada por una prensa incapaz de distinguir entre la libertad y el libertinaje, rumores malignos y difamatorios sobre miembros del gabinete de Madero, vagas e infundadas acusaciones de fraude y corrupción en círculos gubernamentales, e inquietud provocada por la incapacidad de Madero para resolver los principales problemas a que se enfrentaba su administración, era inevitable que se produjera otro intento de desplazar al gobierno. Pero los acontecimientos del año anterior habían demostrado en forma concluyente que no había esperanza de derrocar al gobierno por medio de una revolución iniciada en una zona alejada de converger luego sobre la capital; sólo

[16] Cumberland, *op. cit.*, p. 264.

un cuartelazo podía triunfar, y los elementos para un cuartelazo se concentraron en la ciudad de México a comienzos de febrero de 1913.

Hace exactamente un siglo, el 15 de febrero, la capital padecía una incertidumbre mayor que ahora con las interrogantes sobre la explosión en el edificio de Petróleos Mexicanos (Pemex).

VI. 1913

22 de febrero de 1913

Hay que recordar que hace exactamente un siglo Francisco Ignacio Madero fue asesinado, después del cuartelazo de la Decena Trágica. Los pronunciamientos, que son lo mismo que los cuartelazos, se remontan a tiempos muy antiguos y fueron el deporte predilecto de los mílites mexicanos del pasado. En el mundo occidental, el más sonado fue el de Julio César cuando se proclamó cónsul vitalicio, después de que atravesó el río Rubicón y pronunció su famosa frase "La suerte está echada". El generalísimo conquistador de las Galias, con sus tropas invictas, tomó el poder supremo de la república romana; sin saberlo, su audaz maniobra lo llevaría pronto a la muerte y propiciaría el surgimiento del imperio romano, que muy pronto, después de Nerón, desencadenaría el poder de los militares: los pretorianos.

La lista de pronunciamientos en toda la historia sería interminable. En América Latina, el último más memorable fue el de Pinochet. En el México independiente, desde el Plan de Casamata de don Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna y Pérez de Lebrón contra Agustín de Iturbide, ocurrieron muchos alzamientos que culminaron con el Plan de Tuxtepec de Porfirio Díaz contra Lerdo de Tejada. Después vinieron los de Obregón contra Carranza y De la Huerta contra Obregón, por sólo mencionar los más importantes. De suerte que el cuartelazo ha sido un deporte casi tan mexicano como la charrería.

Hace un siglo, del 9 al 19 de febrero, la ciudad de México sufrió la agonía y muerte de la presidencia de Francisco I. Madero. Desde el 13 de febrero, los capitalinos vivieron días y noches de terror: los restaurantes de las calles

Plateros y 5 de Mayo casi no tenían clientela; el restaurante Gambrinus estaba casi desierto, lo mismo que el famoso bar Las Mulas de Don Cristóbal, rebautizado así porque el nombre original Los Caballeros de Colón había sido censurado por distinguidos capitalinos.

El 18 de febrero Victoriano Huerta invitó a desayunar a Gustavo Madero y, abusando de los buenos modales del coahuilense, lo desarmó para luego apresarlo. El infeliz Gustavo fue vejado y luego cruelmente asesinado en la Ciudadela. Después, Francisco Madero, preso en el Palacio Nacional, aceptó renunciar a la presidencia. El día 22, junto con Pino Suárez, fue arteramente asesinado al llegar a la penitenciaría, aunque la versión oficial fue que un grupo de leales trató de liberarlo. Márquez Sterling, embajador de Cuba, fue quien más luchó para proteger y liberar a Madero, pero nada pudo hacer contra la traición de Huerta.

En plena tragedia

Acabamos de recordar la famosa Decena Trágica de febrero de 1913. Para aminorar la tragedia, se me ocurre que no todo fue funesto, también hubo rasgos de dulzura. Al segundo día, el 10 de febrero, Félix Díaz invitó a un enviado de Victoriano Huerta a desayunar en la pastelería El Globo y ahí trazaron el plan para derrocar a Madero. Después del Plan de Iguala se escribieron decenas de planes, sin olvidar los de San Luis y Guadalupe; los libros de historia deberían añadir el "Plan de El Globo" realizado entre los sinvergüenzas de Félix Díaz y Victoriano Huerta. No obstante, sería más coherente con Huerta que el plan se hubiera emitido en alguna de las cantinas céntricas de la capital, como la de Los Caballeros de Colón. Otros hechos importantes de la Decena Trágica tuvieron también lugar junto a una mesa. Por ejemplo, el 17, en un comedor improvisado del Palacio Nacional, desayunaron Huerta y Blanquet (a Huerta todos lo conocen, y Blanquet, según las malas lenguas, fue quien dio el tiro de gracia a Maximiliano en el Cerro de las Campanas). En ese desayuno, terminado con el infaltable coñac, se decidió la suerte de los hermanos Madero, y al día siguiente, en un restaurante cercano, el troglodita Huerta se aprovechó del fino y educado Gustavo Madero para desarmarlo y luego apresarlo.

Larga sería la historia de los desayunos, cenas y comidas en relación con toda la revolución mexicana; sin olvidar que durante un banquete en La Bombilla el invicto militar que fue Obregón resultó abatido por un tímido dibujante quien unos días antes había aprendido a usar una pistola, y eso que León

Toral nunca leyó las *Notas de cocina* de Leonardo da Vinci, donde en la página 207 se habla "De la manera correcta de sentar a un asesino a la mesa" ("si hay un asesinato planeado para la comida, entonces lo más decoroso es que el asesino tome asiento junto a aquel que va a ser el objeto de su arte, y que se sitúe a la izquierda o a la derecha de esta persona dependerá del método del asesino").

A Toral no le hizo falta leer a Da Vinci. Tampoco creo que Vicente Fox lo haya leído, y no sé de dónde sacó aquello de "Comes y te vas", o qué se imaginó que podía suceder en una mesa donde estaban Fidel Castro y el primer mandatario estadounidense.

Casi tan trágica como la comida en La Bombilla fue la que ofreció a sus amigos Francisco Serrano, el compadre de Obregón, en su casa de Cuernavaca para celebrar su cumpleaños el 3 de octubre, víspera de la fiesta del señor san Francisco de Asís, puesto que Pancho Serrano, émulo de Huerta en eso de la bebedera, a la hora de los coñacs fue apresado para luego ser asesinado como un perro en Huitzilac.

En Tepatitlán hubo un banquete, en plena euforia de la Guerra Cristera, cuando más bocabajeado estaba el gobierno, en el que se reunieron los aguerridos generales Aristeo Pedroza y Reyes Vega, quienes decidieron reprender al legendario Victoriano Ramírez, El Catorce, por insubordinación y lo desarmaron para luego juzgarlo. Mientras conducían al prisionero al calabozo, el infeliz cristero pasó entre las mesas preparadas para el banquete. Como se sabe, el prisionero luego fue ejecutado.

Remontándonos en nuestra historia, falta un estudio minucioso acerca de los banquetes que tenía el señor cura Hidalgo, quien durante su estancia en Guadalajara a finales de 1810, dio muestras de su amor por la buena vida; sin olvidar que en la madrugada del 16 de septiembre, cuando Aldama y Allende le dijeron que la conspiración había sido descubierta, lo primero que hizo fue ordenar que les sirvieran chocolate. Un dato importante es que la acción inicial de la guerra de independencia fue pedir que les endulzaran la vida con la bebida de los dioses y el día en que el Padre de la Patria fue fusilado, al desayunar en la mañana, se quejó de que le habían servido menos chocolate que de costumbre.

Como dijo Fuentes Mares: la gastronomía es esencial para entender la historia.

VII. 1914

El reloj agujereado

En mis andanzas por el centro he oído varias veces la pregunta ¿por qué ningún gobernador ha "tapado" el agujero junto al número v del reloj del Palacio de Gobierno? Cualquier verdadero tapatío sabe que es un agujero histórico que ayer día 30 de enero de 2014 cumplió 99 años, porque en la madrugada de ese día, pero de 1915, un excelente tirador de las tropas de Julián Medina, apuntando su rifle 30-30 al reloj, dijo "quiero que los tapatíos nunca olviden a qué hora las tropas de mi general Pancho Villa tomaron Guadalajara". Jalisco, a diferencia de los estados norteños, tuvo poca participación en la revolución, aunque la inmortalizó en la literatura, en la pintura y en la música. La revolución jalisciense fue la Cristiada. El 8 de julio de 1914, los tapatíos vieron azorados cómo entraban a la tranquila Perla de Occidente las tropas de Obregón y Manuel M. Diéguez, quien luego luego se carranceó la bella mansión de cantera gris de doña Dolores Somellera, viuda de Orendain, que está casi en la esquina de la calle Placeres (actual Madero) y avenida Federalismo. Por cierto, no sé en qué se funden los que dicen que por la calle 8 de Julio entraron los carrancistas, ya que dicha calle va de norte a sur y la batalla de Orendáin, rumbo a Tequila, fue al poniente. Yo sostengo que las tropas carrancistas debieron entrar por la actual avenida Vallarta o por la calle Hidalgo, porque Obregón y Diéguez llegaron por el poniente de la ciudad.

A partir del 8 de julio, los tapatíos tuvieron que soportar los desmanes de los carrancistas, quienes se apoderaron de las mejores residencias, de los edificios públicos y de los templos y demás propiedades de la Iglesia. El bello y señorial edificio del Seminario Mayor se convertiría con el tiempo en la

xv Zona Militar; el papá del Instituto de Ciencias, el Instituto de San José, se convertiría en la Escuela Preparatoria de Jalisco, y así ocurriría con otros edificios. Las soldaderas emplearon los libros de la catedral para hacer fuego y cocinar.

La segunda mitad de 1914, como bien recordaba mi mamá, quien vivía junto al Templo de Santa María de Gracia, fue de continua angustia: "tu abuelo –decía mi madre– tenía que estar escondido por miedo a que se lo llevara la leva, y tu tío Cuco, joven pero tan joven para la leva, tenía que madrugar todos los días para irse a Analco a buscar algo que comer". El 17 de diciembre de 1914, Villa arrebató Guadalajara a los carrancistas, con alegría de los tapatíos porque El Centauro del Norte abrió los templos que los "carranclanes" habían cerrado. A mi madre, de 6 años de edad, le tocó ver, en los árboles que había frente al Teatro Degollado, algunos ahorcados por Villa: a don Fulano, el panadero; a don Perengano, el carnicero, y a varios vecinos conocidos de la familia. La visión de los tapatíos acerca de esos meses la resumiría después Anacleto González Flores al referirse a los norteños, villistas y carrancistas, como "los intrusos, que llegaron a saquear, a destruir lo que habíamos construido". A principios de enero de 1915, Diéguez y sus hordas recobraron Guadalajara; se impuso el toque de queda y nadie salía, porque al grito de "¿quién vive?" no sabían qué responder. El 30 de enero, el gobernador villista Julián Medina se propuso recobrar la ciudad. En la madrugada, su caballería llegó por el poniente, por las calles Hidalgo, Juan Manuel e Independencia, mientras otra columna atacaba desde el norte, por Santa Mónica y Pedro Loza, al mismo tiempo que una tercera columna llegaba desde el sur, por Colón, 16 de Septiembre y Corona, y otro contingente llegaba desde el oriente, por la calle de San Andrés que después, con gran disgusto de mi madre, cambiaría su nombre por el actual de Álvaro Obregón. Fue en esa madrugada cuando un villista, en la euforia del triunfo, apuntó su carabina al reloj del palacio y estampó su bala cerca del número v: las 5 de la madrugada. Ése fue el "albazo de Medina". Al volver, los carrancistas fusilaron salvajemente al padre David Galván por el crimen de auxiliar a heridos y moribundos villistas.

Espero que ninguna autoridad cometa el error garrafal de querer "tapar" el agujero del reloj del Palacio de Gobierno más hermoso del país.

Memorable centenario

Me temo que en este país desmemoriado, el próximo lunes 23 de junio de 2014, en plena enajenación del Mundial, nadie recordará el centenario de la

toma de Zacatecas por Felipe Ángeles y Pancho Villa, que significó la caída de Victoriano Huerta, porque, como consecuencia lógica vino, como fruto maduro que cae, la toma de Guadalajara el 8 de julio y el triunfo de los constitucionalistas. En Zacatecas se dio la batalla más memorable de la revolución. Con la toma de Torreón el 12 de abril, el ejército federal quedó muy golpeado, al mismo tiempo que Carranza entendía que la columna dorsal de su ejército no era ni el ejército del noroeste, de Obregón, ni el del oriente, de Pablo González, sino la División del Norte del insubordinado Pancho Villa, y tuvo que firmar con éste los Pactos de Torreón.

Volviendo a Zacatecas, uno se solaza leyendo las memorias de Felipe Ángeles, antiguo maestro de estrategia en el Colegio Militar en tiempos de Porfirio Díaz. Ángeles, como George Patton en la Segunda Guerra Mundial, era un ávido lector de autores militares clásicos. Recuerdo que Patton, contra lo ordenado por Montgomery, para tomar Sicilia desembarcó en Siracusa porque "así lo hizo Alcibiades en la Guerra del Peloponeso de Tucídides". Ángeles, lector de César y Tito Livio, tuvo semanas de obligada inactividad porque Carranza ordenó que no dieran combustible a los villistas para que no avanzaran y fuera Obregón quien llegara primero a la capital. Ángeles, al merodear en Zacatecas, pudo estudiar perfectamente la topografía que rodeaba a la ciudad minera. Planeó la batalla con mapas detallados y valiosa información que fue recogiendo. Claro que también los federales tuvieron tiempo de planear la defensa de la ciudad, protegida ya por las montañas circundantes. Con toda calma y exactitud, fue colocando la artillería dirigida contra las posiciones vitales de los federales y trató de dar una batalla al estilo de Napoleón, con su etapa de preparación, acercamiento y cálculo de la función de la artillería, de la caballería y de la infantería; además de la fase de debilitamiento del enemigo, ataque frontal y por los flancos, su remate y conclusión. Para esas fechas, mediados de 1914, la División del Norte estaba perfectamente uniformada, ordenada y disciplinada con el trabajo de meses del antiguo director del Colegio Militar. El 20 de junio Zacatecas estaba prácticamente sitiada y con las baterías villistas debidamente apuntadas contra los blancos principales. El 23 por la mañana, muy temprano, Ángeles reunió a todos los jefes y luego desayunó con Villa y su Estado Mayor. A las 8 de la mañana, en pleno desayuno, se disparó un cañonazo para iniciar la batalla sobre los cerros que protegían a la ciudad. La certera artillería fue barriendo las fortificaciones federales, y a las 10 de la mañana la infantería fue subiendo por diferentes veredas, de suerte que hacia las 12 la caballería con el Siete Leguas a la cabeza fue avanzando

sin piedad sobre los cerros circundantes y comenzó a bajar a la bella ciudad minera. Los federales, reclutados por el odioso sistema de la leva, no tenían la mística y convicción de los norteños de Villa y fueron cayendo. Hacia las 6 de la tarde Zacatecas era una desolada población cubierta de cadáveres. Ángeles, siguiendo sus lecturas militares, había previsto el final: dejó libre un corredor de Zacatecas a Guadalupe, porque lo demás eran montañas, y fue obligando a los despavoridos federales a huir por el único lugar posible, sin saber que Ángeles había dispuesto a ambos lados del corredor tiradores escogidos: fue una matanza terrible. Ángeles declaró que, al mismo tiempo que le apesadumbraba ver la matanza inmisericorde, sentía un profundo placer al ver que había sido una batalla perfecta, la cual incluía el remate y el colofón. El maestro de estrategia del Colegio Militar de Porfirio Díaz había puesto en práctica lo mejor de sus lecturas respecto de las tácticas de Aníbal, Julio César y Napoleón.

Años después, Carranza preparó un jurado amañado para fusilar en Chihuahua al vencedor de Zacatecas y ordenó que no le tiraran al corazón, sino al vientre para prolongar la agonía. Luego, la revolución fue devorando a sus propios hijos: Villa, Carranza, Zapata y, al final, un dibujante tímido le disparó a quemarropa a Obregón, quien murió sobre un plato de mole poblano.

8 de julio de 1914

No he logrado ver una descripción pormenorizada de la toma de Guadalajara por las tropas de Obregón el 8 de julio. Lo más completo que he leído es la narración que hace El Manco de Celaya en sus *Ocho mil kilómetros en campaña*, pero me deja con no pocas dudas. Según una carta en mi poder del padre Daniel Lowere al arzobispo Francisco Orozco y Jiménez, el 8 de julio por la mañana salió huyendo el jefe militar José María Mier hacia Puente Grande y en El Castillo fue derrotado. Eso confirma la versión de que las tropas carrancistas entraron por el sur, por la calle 8 de Julio; pero sigo sosteniendo que el grueso de los revolucionarios, con Obregón a la cabeza, por venir de Tequila y La Venta, debe haber entrado por el poniente, por las calles de Vallarta y Juárez. Transcribo de la carta de Lowere lo siguiente: "cerca de las diez a.m. llegó en automóvil Obregón, acompañado de uno de sus cónsules; le repicaron al entrar y le disgustó el sonido de las campanas. En el palacio lo recibió Castellanos y lo presentó al pueblo en el balcón principal". Aquí fue donde el cerril norteño pronunció su famoso insulto a Jalisco: "por fin me encuentro en el gallinero de la República". El ignorante revolucionario no entendía que

Sonora es Sonora y que Jalisco, y el resto de la república, no son Sonora. Años después, en 1923, Obregón había cambiado y hablaba de Jalisco como "mi segunda Sonora". En 1924, al dejar la presidencia, vino a Guadalajara a descansar y apadrinar a Esther, la recién nacida hija de su amigo José Guadalupe Zuno, en una ceremonia que ofició en la casa de los Schneider en avenida Vallarta el arzobispo Francisco Orozco y Jiménez, a quien en el fondo apreciaba. En Ocotlán, la familia Cortés tenía una propiedad, El Fuerte, donde el arzobispo pasó unos días de descanso, y en una ocasión en que Obregón fue ahí a vacacionar, pidió dormir en la misma cama donde había descansado "el obispo muy macho".

Regresemos al 8 de julio y a la carta de Lowere:

> Cerca del mediodía y parte de la tarde llegó el grueso de las tropas, ocupando los cuarteles del Carmen, Capuchinas, Colorado, de la Gendarmería del Estado, de Artillería, la vecindad del Coloso […] y no recuerdo qué otras fincas que tenían de cuarteles los generales los últimos días […] la toma del Seminario fue como a las 6 p.m. y nomás llegaron, dijeron al portero que iban por el superior y que sólo ocuparían el primer piso unos días […] dos días después siguieron invadiendo la casa y después Buelna, el jefe de esas tropas, pidió la finca para Liceo.

Esto último se refiere al magnífico edificio que todos conocemos como la XV Zona Militar. Continuando con la citada carta:

> el mismo día ocho empezó el robo de automóviles […] el día 9 se apoderaron del Colegio de los Padres Jesuitas [la actual Preparatoria de Jalisco], y esa tarde del Colegio de las Damas […] Desde que llegaron las fuerzas de Obregón los soldados andaban todo el día en los tranvías, por supuesto sin pagar, y el 8 y parte del 9 además ebrios […] El 11 apareció un decreto de Obregón imponiendo un préstamo al estado […] El lunes 13 empezaron las cuotizaciones, señalando a la caja del Arzobispado una fuerte suma […] El 16 ya se habían adueñado del Seminario y allí habría puesto su cuartel general el llamado General Buelna, uno de los jefes principales; es un muchacho de buena familia de Mazatlán, tendrá a lo sumo 25 años, antiguo estudiante del Liceo de Varones […] Todas las iglesias quedaron con guardia y aun de algunas se posesionaron, como de la Catedral y el Santuario; luego comenzaron a saquearlas. En la Catedral haciendo excavaciones, dizque para encontrar las armas […] A caballo entraban los soldados a la Catedral y los vieron con sus mujeres tocando guitarra y bebiendo y durmiendo. Trataron de quemar la imagen de Nuestra Señora de Zapopan; pero contaban que uno propuso rifarla para saber si era Huertista o Carrancista, y que salió

carrancista y que por eso no la quemaron; después una joven penetró en la Catedral y la sacó.

Mi mamá, entonces de sólo 6 años, durante toda su larga vida se estremecía de coraje y terror con los nombres de "los matones" Obregón y Diéguez.

Los vándalos del 8 de julio

El mes de julio de 1914 fue terrorífico para Guadalajara. Lo que me contaron mis padres y lo que he leído al respecto son historias de angustia continua, de sobresalto, de azoro ante los norteños desbocados llegados con Obregón y Diéguez el 8 de julio. Mi papá decía que "fueron como los vándalos de Alarico, como los hunos de Atila". Siempre me ha llamado la atención que, como me contaba mi mamá, los repiques de las campanas molestaban a Obregón: lo que para los tapatíos era señal de alegría tenía otro sentido para el sonorense. Decididamente los norteños no entendían a los tapatíos.

Guadalajara nunca fue porfirista, y la única visita del oaxaqueño a la Perla Tapatía fue en 1908; y aunque con frecuencia descansaba en Chapala y Tapalpa, lo hacía casi sin pisar el suelo tapatío. La afrancesada capital de Jalisco nunca mostró especial afecto al presidente vitalicio; en cambio, hacia 1908 y 1909, fue entusiasta reyista y antirreeleccionista. Cuando Bernardo Reyes renunció a sus aspiraciones presidenciales, Guadalajara en bloque pasó a ser un importante bastión maderista. Desde los tiempos de la Nueva España, la Nueva Galicia trató de mantener su distancia: Jalisco siempre ha tratado de mostrar su independencia del centro, de la capital. Después de la revolución, los norteños, en especial Plutarco Elías Calles, vieron a Jalisco como gran enemigo, aunque, como más de una vez lo he señalado, Obregón en 1923 y 1924, durante la rebelión delahuertista, recibió apoyo de Jalisco y, por esas fechas, mandó fusilar al jalisciense Manuel M. Diéguez, que tanto lo había auxiliado en su campaña militar desde Sonora.

Volviendo a la Guadalajara de julio de 1914, digamos que los norteños se habían adueñado de la ciudad y todos los automóviles habían pasado a ser propiedad de los generales triunfantes, lo mismo que las casas de los más prominentes tapatíos. El padre Lowere escribió al arzobispo Francisco Orozco y Jiménez lo siguiente:

las casas habitación de D. Jesús Larreátegui [esquina Palacio y López Cotilla], de D. Miguel Ahumada [Placeres], lic. Corvera [contraesquina del Santuario], Lic.

Pérez Verdía [avenida Vallarta, casa entre egipcia y *Art Nouveau*], una de los Gómez, la de Cuesta en la calle Tolsa no la pudieron tomar porque ahí vivía el cónsul del Japón, la casa de López Portillo la tomó para sí el general Obregón […] La lista general de los edificios que ocuparon tanto como cuartel propiamente como para los jefes, llevando o no tropa, según recuerdo, son los siguientes: Arzobispado, Seminario, colegio de los jesuitas, colegio y huerta de las Damas del Sagrado Corazón, parte del colegio de la Luz, Escuela de Artes del Espíritu Santo, Casa de Ejercicios de Analco, aunque dudo algo. Tengo alguna idea de que también los conventos de Zapopan y Visitación, parte de la casa de las Siervas, aunque luego la dejaron. Liceo del Estado con la escuela de la espalda, Liceo de Niñas [esquina de San Felipe y Belén] […] Al llegar el Diéguez, se cogió para su uso la casa de doña Dolores Somellera viuda de Orendain [actual Madero, casi esquina con Federalismo].

Con razón años después Anacleto González Flores escribiría que

Los advenedizos norteños del 8 de julio de 1914 han jurado demoler nuestra casa […] y es necesario que de una vez por todas se diga toda la verdad. Nosotros nos hallamos en nuestra propia casa. Los innovadores, impotentes para edificar hasta la más infeliz de las cabañas, han invadido nuestra casa. Y tras de invadirla se han entregado a la tarea de mandar despóticamente, absolutamente en ella. Ellos son los que han invadido con sus banderas políticas todos los templos, hogares, escuelas, talleres, conciencias, pensamiento, palabra, todo. Ellos son los invasores, ellos son los intrusos. Nosotros nos encontramos en nuestra propia casa. Nosotros la edificamos con lodo y argamasa regados con nuestro propio sudor y con nuestro pensamiento. Ellos, los innovadores, nunca han podido edificar nada. Nunca han hecho otra cosa que entrar a saco nuestra casa y nuestras casas. Y siempre que han intentado alcanzar la gloria de arquitectos no han provocado más que derrumbes […] nuestra primera palabra para los innovadores, para los intrusos, será esta: estamos en nuestra casa; vosotros sois los invasores. Vosotros sois los intrusos.[17]

Guadalajara: 18 de julio de 1914

El 18 de julio de 1914, aniversario de la muerte del Benemérito, en plena ocupación de Guadalajara por Obregón y Diéguez, los tapatíos desayunaron con la novedad de que iban a cambiar el nombre de algunas calles: la de Placeres

[17] Anacleto González Flores. *El plebiscito de los mártires*.

sería Madero y Porfirio Díaz cambiaría a Belisario Domínguez. El padre Daniel Lowere escribió que

> en la fiesta a Juárez hablaron Miguel Medina Hermosillo, me parece frente al monigote en el jardín de Escobedo […] En la velada la vieja Atala Apodaca se desató en verdaderas blasfemias y en atacar al clero con toda saña, pidiendo su exterminio; al terminar la aplaudieron mucho y la abrazaron en señal de aprecio en público Díéguez y Buelna […] y el día 21 en la mañana firmó Diéguez la orden de prisión para todo el clero; yo lo supe al medio día y me escondí; luego empezaron a tomar presos a todos los sacerdotes […] Muchos nos escondimos y algunos emprendieron la salida de Guadalajara […] Pasados algunos días de tener incomunicados a los padres presos, cerca de cinco días, les quitaron la incomunicación y como a los ocho o nueve días los empezaron a dar libres, pero dejándoles la ciudad por cárcel y con obligación de presentarse periódicamente en la comandancia militar. Antes de salir de la penitenciaría, un pseudo tribunal hacía un remedo de juicio reduciéndose ordinariamente a estas tres preguntas: ¿conoce al cura Correa?, ¿es su amigo íntimo?, ¿qué noticia o participación tiene del complot por él fraguado?

El señor cura Correa, párroco del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, desde 1910 había sido el gran promotor de los sindicatos obreros. Añade el padre Lowere:

> Mayor fue el temor cuando se supo que el Diéguez prometió a los masones acabar con el clero: se supo que les dijo que mandaría a todos a las Islas Marías, a trabajar para que vieran que no era lo mismo comer de flojos; que dejaría a tres o cuatro de los más viejos que pronto se irían muriendo, y así se acabaría la raza […] Por diversos conductos supe que próximamente se procedería a la reaprehensión de los padres que habían salido de Escobedo y seguían buscando a los otros, para lo cual harían un cateo general, y castigarían fuertemente a las familias que tuvieran ocultos sacerdotes. En vista de esto, el P. Ramos Chávez y yo resolvimos salir de Guadalajara al extranjero. Parece que en esos mismos días otros salieron de Guadalajara para distintos rumbos. Nuestro plan fue salirnos en tren, porque partiendo de día y en lugar concurrido menos se sospechaba la fuga y menos temíamos la vigilancia. Saldríamos en tren hasta Ocotlán; de allí en vapor a La Palma y a caballo a Sahuayo, con la familia [ilegible] nos iríamos luego, y allí esperar que estuviera al corriente el tren al norte.

Me llama la atención que si bien Diéguez cerró los templos de Guadalajara, no lo hizo con los de San Pedro Tlaquepaque, como relata Miguel Palomar y Vizcarra:

> Un mundo de gente iba a San Pedro Tlaquepaque a oír misa los domingos, y con eso hicieron su agosto los señores de la Hidroeléctrica de Chapala: se llegó a asegurar como cosa indudable que Pinzón, representante de la compañía y cónsul francés (cuya conducta dejó que desear en el desempeño de su cargo, no así los cónsules japonés e inglés), había entrado en tratos con Diéguez para hacer negocio con la clausura de los templos. Será o no esto cierto, pero el caso es que se hizo saber por medios particulares el deseo que la Autoridad Eclesiástica tenía de que no se fuera a misa a San Pedro, pues no incurrían en falta los que no la oyeran. Los sectarios entonces dieron otra vuelta al dogal: se ejecutaron algunas violencias en las casas donde se celebraba el Sacrificio de la Misa […] Hubo entre los sicarios algunos que conocieron lo duro de los puños de los católicos y lo punzante de la lengua de las católicas. Una señora se encaró a los soldados y a su jefe y les dijo que no iban a impedir que se celebrara la misa, sino que iban en busca de cosas que robar.[18]

Se inventó para entonces la palabra *carrancear*, verbo regular y frecuentativo.

26 de julio de 1926

Mañana, 26 de julio de 2014, será el aniversario número 88 del mismo día de 1926. Guadalajara ya no padecía las iras antirreligiosas de Manuel Macario Diéguez, porque dos años antes su antiguo jefe y "amigo" Álvaro Obregón lo había mandado fusilar. Ahora el que mandaba era otro sonorense, compadre del Manco de Celaya, el cerril Plutarco Elías Calles quien, a falta de méritos militares, quería ganarse prestigio de revolucionario librando al país de todo lo que oliera a católico. Dado que los obispos no habían podido negociar con Calles, se decidió, como medida desesperada, cerrar los templos como protesta. El 31 de julio fue el día en que ya no se oirían las campanas y los templos permanecerían cerrados sin posibilidad de celebrar cultos: la administración de los sacramentos en casas particulares se consideraría un crimen contra el Estado. Durante las últimas semanas de ese julio de 1926, los templos estuvieron concurridos como nunca: buscaban la confesión, la

[18] Archivo Cristero del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), *Carta al arzobispo Francisco Orozco y Jiménez*.

comunión, el bautismo y la confirmación, y muchísimos novios y novias, ante la amenaza del cierre de los templos, decidieron adelantar su boda religiosa. Entre las novias que decidieron adelantar su matrimonio estaba la jovencita Francisca Fregoso Preciado, atractiva vendedora del mostrador de una de las dos joyerías que había en Guadalajara, El Cronómetro, en la avenida 16 de Septiembre, a media cuadra al sur de Juárez. La jovencita había hecho todos sus estudios en la recién fundada Escuela Anexa a la Normal, y entre sus maestras había tenido a Irene Robledo; en esa fecha estaba por terminar su carrera de maestra en la misma escuela normal. Vivía esta muchacha en una casa contigua casi a Santa María de Gracia y desde hacía varios años era catequista en dicho templo. En 1915, niña aún de 7 años, le había tocado ver, en los árboles que había frente al Degollado, ahorcados por órdenes de Villa: al panadero, al carnicero y a otros conocidos del barrio; era una muchacha del pleno centro de aquella Guadalajara que olía a tierra mojada y de mujeres de ojos tapatíos. El novio, un joven nacido en El Rincón, en el sur de Jalisco, se llamaba Manuel Gómez Bonales y era hijo de uno de los muchachos de la región que un francés instruyó en los secretos de la caña de azúcar y la fabricación de alcohol y que recorrían los ingenios de la comarca en tiempos de la zafra. Cuando tenía 14 años vivía en Zapotlán, y un mal día de 1913 se despertó con la noticia de que el volcán de Colima estaba arrojando lava y renegrida arena. Era huérfano de padre, así que la madre lo tomó, junto con su hermano y hermana, y a pie salieron huyendo hacia Guadalajara para no morir sepultados por la erupción. Para esas fechas de 1926, en Guadalajara no había universidades ni tecnológicos, por lo que Manuel había estudiado en la única institución posible para los pobres que no podían ir a Francia, y sobre todo a Inglaterra, a cultivarse: el seminario conciliar. Sin embargo, ante la invitación del arzobispo Francisco Orozco y Jiménez de sacar un doctorado en Roma, le dijo abiertamente que su vocación no era el sacerdocio y que pensaba casarse en un futuro.

Volviendo al 26 de julio de 1926, vísperas del cierre de los templos, la jovencita Francisca Fregoso y el joven Manuel Gómez se casaron en la capillita que está a la izquierda del Templo de Nuestra Señora del Pilar en la calle Parroquia, llamada ahora González Martínez. La ceremonia fue casi en la madrugada y ofició el señor cura Figueroa, tío de la novia. Fueron de viaje de bodas a la ciudad de México, a Cuernavaca y a Cuautla. Al regresar, el joven Manuel invirtió parte de sus ahorros en contratar a un maestro de cocina y otro de repostería para que fueran a domicilio a instruir a su joven esposa

en las artes de la buena cocina y la buena repostería. Pocos meses después, con su esposa experta en artes gastronómicas, Manuel regresó a su lugar de origen, El Rincón, de suerte que los primeros meses de los recién casados fueron entre los sustos de la Cristiada. Tuvieron dos hijas, María y Teresita, y luego un varón, quien es el que esto escribe. Después llegarían otros nueve vástagos.

Guadalajara, agosto de 1914

"Guadalaxarenses, qui fere nascuntur acuto et praeclaro ingenio" (es decir, "los tapatíos, que por lo común nacen con agudo y notable ingenio") escribió Juan Luis Maneiro al hablar de los alumnos de Francisco Xavier Clavigero en la Guadalajara de 1766. Al año siguiente, el gran historiador con sus más de setecientos compañeros jesuitas fue expulsado de todos los territorios de la Corona española por el crimen de pensar y opinar: "sepan desde hoy y para lo venidero todos los súbditos del monarca que ocupa el trono de España que nacieron para callar y obedecer y no para opinar en asuntos de gobierno" fueron las palabras con las que terminaba el decreto de expulsión; y los jesuitas, en la madrugada del 25 de junio de 1767, fueron amontonados en carretas y conducidos a Veracruz para mandarlos a Europa. Sin embargo, hacia 1900 regresaron a Guadalajara y en 1906 volvieron a fundar un colegio: el Instituto de San José, en un edificio que habían construido los padres filipenses y que don Benito, el ídolo de Carranza, se carranceó hacia 1860.

El edificio se lo compraron al gobierno federal varias tapatías, encabezadas por doña Margarita Pérez Verdía, y se lo dieron a los jesuitas para que fundaran su colegio, el actual Instituto de Ciencias. En 1914, el colegio gozaba de muy buena fama por su nivel académico, sus *teams* de *football*, de *baseball* y de *lawn tennis*, sus laboratorios y su excelente biblioteca; pero, a los dos días de la entrada a Guadalajara de las tropas de Obregón y Diéguez, a las 10 de la mañana, el teniente Luis Piña, al frente de un piquete de soldados, se presentó en el colegio con la orden de ocuparlo. Los soldados y sus soldaderas se apoderaron de éste. Al día siguiente, todas las cañerías habían reventado porque los carrancistas y sobre todo las carrancistas habían echado sus vestidos sucios a los excusados y a los desagües de los baños. La exaltada Atala Apodaca exhortaba a las tropas y a la población al degüello de los jesuitas, y el día 21 de julio apresaron a los que quedaban en el colegio, la actual Escuela Preparatoria de Jalisco. El 24, Diéguez visitó a todos los sacerdotes y religiosos que habían apresado en la Penitenciaría de Escobedo, donde está ahora el

Parque Revolución, y exigió que los presos dieran pormenores del "complot clerical" contra la revolución. El día 27, al regresar Obregón de Manzanillo, se molestó por el tratamiento dado a los presos, y al día siguiente fueron liberados. El colegio había sido ocupado por el capitán Valenzuela, quien mostró benevolencia hacia los padres porque en Sonora había conocido al jesuita Manuel Piñán y guardaba muy buenos recuerdos de él, de suerte que el colegio, a diferencia del seminario (la futura XV Zona Militar), no fue saqueado; pero Obregón insistió al capitán Valenzuela para que el colegio no se devolviera. El 1 de agosto, por órdenes de Diéguez, se confiscó oficialmente el colegio. El 3 de agosto se dictaminó que todos los sacerdotes no mexicanos deberían abandonar el país por el puerto de Manzanillo. Dado que los extranjeros eran todos europeos, suplicaron que, en todo caso, se les expulsara por Veracruz o por el norte para de ahí regresar a sus países, pero Diéguez fue inflexible.

El 10 de agosto se citó a todos los sacerdotes y religiosos extranjeros en la estación del ferrocarril. Eran 17 maristas, 5 salesianos, 4 juaninos (dedicados a cuidar enfermos mentales), 3 sacerdotes seculares y 18 jesuitas. Tuvieron la crueldad de llevar a la estación bandas para tocar música chinaca (sobresaliendo el *Adiós, mamá Carlota*, y, al abordar el tren, *Las golondrinas*). Muchos tapatíos se agolparon en la estación para despedir a sus maestros. Los jesuitas se despidieron desde la escalerilla del tren con el repetido grito "¡Viva Guadalajara!", según me comentó el papá de Jesús Guerrero Santos, quien, al recordar la escena, se emocionaba mucho. No sé si era el padre Decorme o el padre De Grot quien repetía lo más fuerte que podía: "¡Volveremos, volveremos!" Y volvieron en 1920, con renovado entusiasmo, poco antes de que Manuel Macario Diéguez, en la rebelión delahuertista contra Obregón, fuera fusilado por órdenes de El Manco de Celaya.

La revolución: cien años después
se terminó de imprimir el 30 de junio de 2015
en los talleres de Fondos de Publicaciones
de Iberoamérica y Europa, S.A. de C.V.
Guadalajara, Jalisco, México

Cuidado de la edición
Iliana Ávalos González

Corrección
Janette B. Chávez Plascencia
Mariana Hernández Alvarado

Diagramación
Mariana Hernández Alvarado